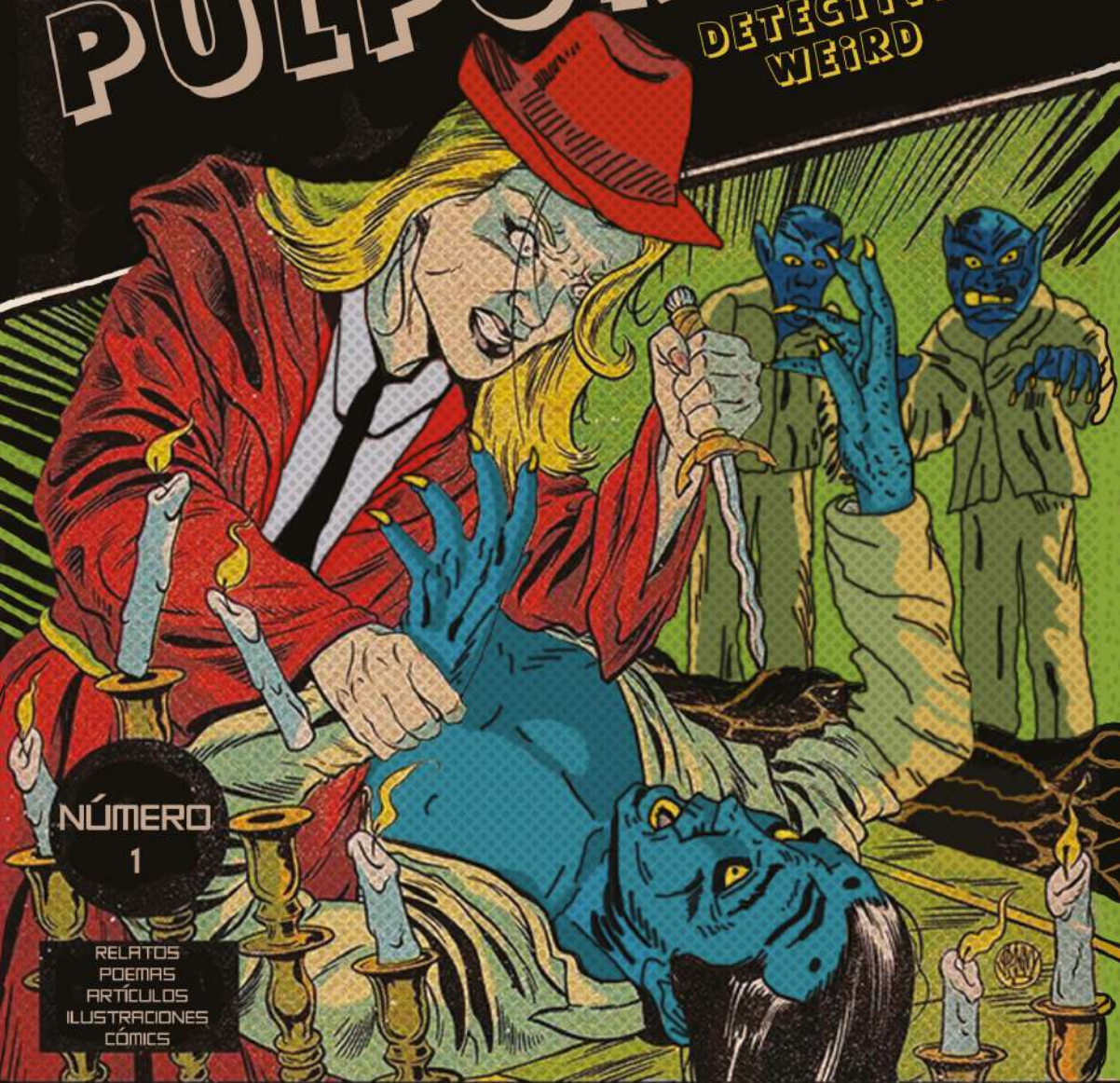


SEPTIEMBRE 2022

REVISTA PULPORAAMA

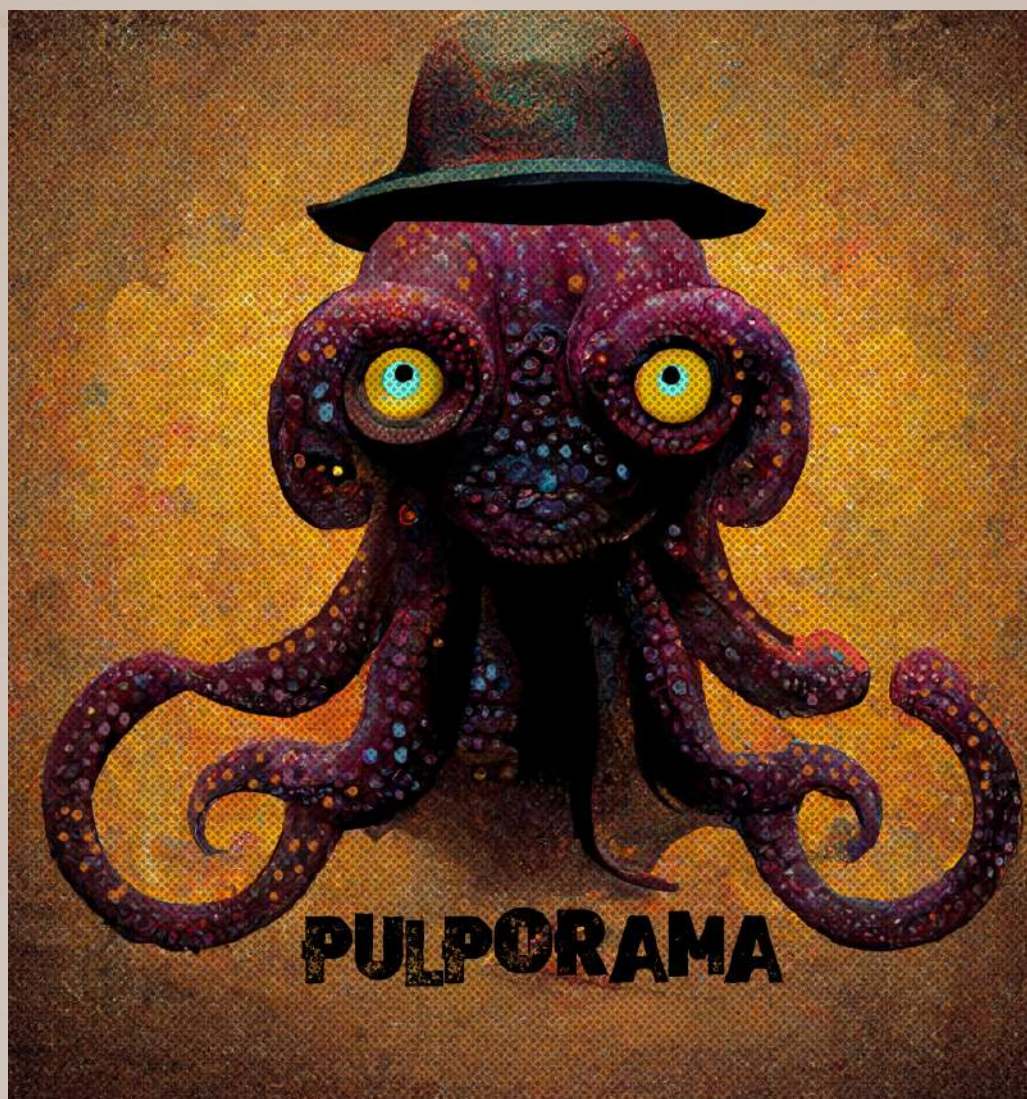
DETECTIVES
WEIRD



NÚMERO
1

RELATOS
POEMAS
ARTÍCULOS
ILUSTRACIONES
CÓMICS

JESÚS DURÁN, CARLOS PELLÍN SÁNCHEZ, IOSEBA VILAS,
ARNAU VENDRELL, JOSÉ GONZÁLEZ, BLANCA G., ORIOL VIGIL,
M. FLÓSER, JOSÉ LUIS ALONSO, PATRICIA RICHMOND,
ROMÁN SANZ MOUTA, YOLANDA FERNÁNDEZ BENITO,
IGNACIO J. BORRAZ, J.D. MARTÍN, JOSÉ LUIS PASCUAL,
LORENA ESCOBAR, C.G. DEMIAN, ANA SAIZ, CARLOS RUIZ SANTIAGO,
VÍCTOR S. DOMZ, KRISTINA YANAVICHYTE,
DAVID CORELLI, PACO ILLESCAS DÍAZ,
ROCÍO STEVENSON MUÑOZ, LUCYNA ADAMCZYK.



© 2022. Todos los derechos reservados

© de la presente edición y maquetación: Lucyna Adamczyk y Rocío Stevenson Muñoz

© de los textos e imágenes, los autores, 2022

Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

¿POR QUÉ DETECTIVES WEIRD?	3
DERROTA Y MIEL	Editorial de Rocío Stevenson Muñoz
EL CASO PRIIGENIO	Relato de J. D. Martín
RA-RA-RAPANUI	Relato de M. Flóser
FRINGILLA COELEBS	Cómic de Arnau Vendrell
EL DETECTIVE EXTRAÑO EN LA LITERATURA	Relato de Ana Saiz
EXPEDIENTE TORRES	Artículo de Rocío Stevenson Muñoz
TURBIO	Relato de Patricia Richmond
ORPHEUS	Ilustración de Oriol Vigil
PUERTA	Relato de David Corelli
EL MISMÍSIMO INFIERNO	Poema de Jesús Durán
VEHÍCULO MAL ESTACIONADO, EJECUCIÓN A LA CARTA, LA RUTINA MATA, PERRO MUNDO, DE COMPRAS, FIRST GRAVES, LOS MUNSTERS	Relato de Yolanda Fernández Benito
APUNTES SOBRE LA PROBLEMÁTICA DE LA NOVELA POLICIAL POALACA	Microrelatos e ilustraciones de Ioseba Vilas
EL PENÚLTIMO CASO	Artículo de Lucyna Adamczyk
LOVESONG	Relato de Román Sanz Mouta
ME HAS ENCONTRADO, DETECTIVE	Relato de Kristina Yanavichyute
CASO CERRADO	Poema de Carlos Pellín Sanchez
¿SUEÑAN LOS SINTÉTICOS CON GEOMETRÍAS NO EUCLIDIANAS?	Ilustración de Blanca G.
TÓPICOS	Relato de Ignacio J. Borraz
DETECTIVES DE ASUNTOS SOBRENATURALES EN EL MUNDO DEL CÓMIC	Relato de Víctor S. Domz
ADD COLOR	Artículo de Paco Illeascas Díaz
MALDITOS POR LAS ESTRELLAS	Tira cómica de Jesús Durán
EL LADRÓN DE ALMAS	Relato de Carlos Ruiz
DETECTIVE WEIRD	Relato de José Luis Alonso
CRY BABY	Cómic de José González
	Relato de Román Sanz Mouta, Lorena Escobar, C.G. Demian, José Luis Pascual

EDITORIAL

Cuando planteamos el tema para el número de esta revista, escogimos con mucho cuidado cómo denominarlo. Podríamos habernos quedado con el concepto de «detectives de lo oculto», o «detectives sobrenaturales», pero nos pareció que el «detective weird» se ajustaba mejor a lo que andábamos buscando. La palabra «weird» remite de inmediato a las revistas pulp de los años 30, a HP Lovecraft y a la definición que él nos legó de este tipo de literatura como «algo más que un misterioso asesinato, unos huesos ensangrentados y una forma cubierta con una sábana y arrastrando cadenas». Además, el adjetivo pospuesto al sustantivo ofrece una ambigüedad necesaria: ¿es lo extraño parte de la identidad del detective o esa extrañeza es lo que rodea sus investigaciones?

El tema de este número es especial para mí por varios motivos. De una parte, porque entronca con uno de mis géneros favoritos, que es la literatura de detectives en todas sus formas. Hay algo en su estructura formulaica, subvertida una y otra vez a lo largo de los años, que me fascina y todavía más interesante me resulta que fuera el subgénero del «hard-boiled», un tipo de literatura de detectives tan patriarcal e individualista, el que fuera escogido por la mayor parte de los movimientos minoritarios (feminista, LGBTI+, afroamerica-

no, chicano, nativoamericano y un largo etcétera) para reflejar un cambio de paradigma, el sentir de su época. De otra parte, el tema de los «detectives weird» reúne las características, o parte de ellas, de esa literatura extraña que sigue teniendo la facultad de sorprenderme y de mantenerme pegada a un libro durante horas.

Las historias, poemas, ilustraciones o cómics que hemos recogido para este primer número responden exactamente a lo que pedíamos en la convocatoria: en todos ellos hay una comunión perfecta entre el investigador y lo insólito, una simbiosis que se despliega aquí en una variedad de formas y tramas maravillosa.





J.D. Martín lleva escribiendo desde que descubrió en la literatura el mejor de los exorcismos. Sus relatos cortos, siempre en los géneros noir y terror, le han permitido ser seleccionado en varias antologías y ganar algunos premios. Colabora con sus artículos sobre literatura en publicaciones como *Círculo de Lovecraft* o *Dentro del Monolito*, y con su voz en podcast como *Terror y Nada Más*, *Orgullo Zombie*, *Territorio Extrañer* o el programa *Forjadores de Relatos* en Twitch y You Tube.

Por decisión de sus jefes, los lectores, ha publicado cuatro novelas protagonizadas por el detective Jonathan Silencio, el más popular de sus personajes, que ha vendido más de dos mil ejemplares y del que prepara una nueva aventura.

Seguirá escribiendo mientras los lectores le den la oportunidad de compartir con ellos sus historias y mientras queden ángeles y demonios por exorcizar.



Derrota y miel

Mi nombre es Jonathan Silencio y soy la solución a esos problemas que ignorabas tener.

Al ataque de esa frialdad de mortaja que, como una mancha de humedad entre dos paredes, crece invisible hasta que es demasiado tarde; a la umbría oscuridad de maldición antigua que convierte tu vida en una sucesión de desgracias incomprensibles; a la mala suerte repetida, sin sentido, que te hace pensar en el suicidio. A los gritos transparentes de la noche.

Soy un detective sobrenatural.

El mejor.

*

Entré en el bar una soleada mañana de miércoles veraniego, de sombras cortas y faldas cortas. De esas que te engañan haciendo que la vida parezca sonreír.

Antes de que mi bien torneado culo adornase una banqueta libre, Julián ya tenía un tercio de cerveza servido. Un buen tipo, este Julián. Cincuentón desgarbado, como hecho de raíces ansiasas y ramas sabias, parece tener un sexto sentido para saber cuándo ando falto de efectivo e invitarme a una o dos cervezas. Claro que es fácil pillar-me sin dinero. No sobra el trabajo

para los cazadores de espíritus.

—El sábado tuvimos karaoke —me dijo cuando me senté frente a él.

—Ya sabes que no me vas a convencer para cantar en público.

—Ya, hombre, ya lo sé. Es que pasó algo r-r-raro, y a lo mejor es algo de lo tuyo.

Alcé una ceja, interrogante, mientras daba un largo trago a la cerveza. Mi cartera estaba tan vacía que empezaba a absorber la luz de su entorno, así que estaba deseando encontrar un nuevo caso.

—Acabamos a eso de las dos de la mañana —me contó—, y yo me quedé un rato recogiendo, hasta y media o así. Dejé t-t-todo limpio y me fui a casa. Cuando vine a abrir el domingo me encontré una botella de whisky y un vaso sobre la barra.

—¿Y tú estás seguro de que no estaba ahí al irte?

—Seguro, seguro —dijo con vehemencia—. A ver, pensé que igual se me había pasado, estaba cansado al irme. Pero es que el lunes por la mañana volvió a pasar.

Remarcó su frase con unas palmas sobre la barra. Yo terminé mi cerveza y señalé con la botella vacía las dos cámaras que vigilaban el local. Una está al final del mostrador y la otra al fondo de la sala, así que la puerta, la misma barra y casi todo el local quedan cubiertos.

—¿Miraste las grabaciones?

—Claro, joder —se retiró para atender a nuevos clientes—, ahora te lo enseño. Buenos días, señores.

Me quedé con mi cerveza vacía en la mano, que es lo más cerca de la desesperación que puedo estar, hasta que Julián sirvió las comandas. Vino después con un nuevo tercio y su teléfono móvil.

—Echa un ojo.

—Voy a la terraza y lo veo tranquilo —dije señalando con la cabeza a los demás clientes—, y así echo un cigarro.

—Venga, ahora me dices.

Me senté a la sombra y puse en marcha la grabación. El bar estaba vacío como un agujero y la marca temporal indicaba que eran las cuatro de la mañana del domingo anterior. Durante medio cigarro no pasó absolutamente nada, tan sólo el contador de segundos se movía. Entonces la imagen se sacudió, fragmentándose y volviendo a la normalidad. Una interferencia electromagnética. Sonreí. Al regresar la imagen había una botella de Dyc sobre la barra.

—Aquí hay tema —me dije.

El ordenador situado al fondo de la barra se iluminó de repente, mostrando la pantalla de inicio. Quedaba casi debajo de la cámara y apenas pude ver la luz de la pantalla ni distinguir qué proceso se ponía en marcha. La imagen tembló de nuevo, volviéndose turbia, y permaneció así mientras yo acababa mi cerveza. Me mantuve atento, sin apartar mis ojos de la pantalla más que cuando pasó la vecina morena, que pasea a su perro en mallas ajustadas. Ella, no el perro. El caso no era aún mío, así que no lo

consideré una falta grave.

Cuando la imagen volvió a ser clara vi que la marca de tiempo señalaba las cinco y dos minutos de la madrugada. Enarqué una ceja. Avancé y retrocedí varias veces, pero la primera conclusión era la correcta. Se había perdido más de una hora.

*

Julián aprovechó que el bar estaba tranquilo para salir a traerme una cerveza y sentarse a fumar conmigo. Le devolví su teléfono.

—¿Notaste algo más que te llamase la atención? —pregunté—. ¿Puntos fríos en el local, manchas de fluido viscoso, olor a podrido o a flores frescas?

Reflexionó antes de contestar negativamente.

—¿Qué es eso del olor a podrido?

—Puede ser una señal de presencias preternaturales, o de que se te ha olvidado tirar la basura. También hay fantasmas que huelen a flores, y eso parece depender de la actitud del espíritu, de su bondad o maldad. El fluido viscoso o ectoplasma, que yo llamo «fantasmocos», es un rastro físico de su energía. Algo así como el sudor.

—Entonces, ¿crees que hay algo en el bar? —dijo, mirando al interior con preocupación—. ¿Qué hago, cierro? A ver si le va a pasar algo a los clientes.

—Lo peor que les puede pasar por ahora es que engorden con tus torreznos, y merece la pena el riesgo.

Pero convendría investigar, por si la presencia es real y se fortalece. Puedo pasar una noche aquí y hacerle un informe profesional.

Lo dije como si me diese igual, aunque ya estaba calculando la tarifa en mi mente.

—Sí, p—por favor.

—Vale, aparcaré el resto de mis casos, que para eso eres un colega. Te costará...

Hizo un ademán de rechazo con su gran mano nudosa, trazando jeroglíficos del humo que surgía de su purillo.

—Lo que sea, lo que sea, no quiero que le pase nada a nadie.

Sonreí. Qué bondadosa ingenuidad, gracias a la que el mundo sigue siendo un sitio soportable y los detectives sinvergüenzas pueden llenar sus bolsillos. Pero conviene llevarse bien con un tipo que maneja una provisión inagotable de cerveza, así que escribí mi tarifa habitual en una servilleta, aplicando el veinte por ciento de descuento, y se la pasé deslizándola por encima de la mesa.

—Esto y una botella de Jack.

—Trato hecho.

*

Eran más de las doce de la noche cuando nos quedamos solos, al irse el último grupo de currantes recién salidos de sus trabajos. Julián echó la verja y yo saqué de mi mochila un par de bolsas de sal, de un kilo cada una.

—Hombre, de eso tengo yo si te

hace falta —dijo él.

—Ya, pero así te lo pongo en la cuenta de gastos y te inflo la factura.

Le expliqué que la sal es una barrera muy efectiva para evitar el paso a los espíritus, así que sellamos puertas y ventanas con ella, trazando líneas delante. Mientras tanto, repasamos por enésima vez lo que había ocurrido en la noche del karaoke. Según mi cliente, asistieron los habituales. La única excepción que había alertado mi sentido arácnido fue la presencia de tres parejas de jubilados, que habían aprovechado una visita turística a Medina para pasarse por el bar y divertirse. Hablaron bastante rato con Julián y le contaron que las tres mujeres eran medinenses, emigradas a Madrid para trabajar en diferentes momentos de su vida. Allí se habían casado y hecho su vida, y ahora estaban celebrando la jubilación, esa antesala de la muerte que permite aburrirse oficialmente a gente que ha tenido una vida igual de tediosa antes.

Las tres mujeres habían cantado unas cuantas de Mocedades, y dos de los hombres estropearon la discografía del Dúo Dinámico. Me permití una sonrisa al imaginar a Batman y Robin cantando «Resistiré, erguido frente a todo...» mientras me lo contaba. Una de las mujeres, la jovencita del grupo, dejó callado al bar entero cantando «El hombre del piano» en la versión de Ana Belén, y Julián lo recordaba porque su mujer, que trabajaba en

la cocina, salió llorando a escucharla. No era del todo significativo, porque tal vez estuviese cortando cebollas, pero me lo apunté. Además, el grupo había quedado con Julián en que cenarían allí el sábado siguiente, así que la posibilidad de interrogarles quedaba abierta.

Tras sellar el local con sal y despedirme de Julián, que cerró la puerta y la verja por fuera siguiendo mis instrucciones, me quedé solo en el bar. Todas las luces estaban apagadas, excepto un par de pequeños focos sobre la barra que arrancaban lágrimas de luz a las botellas de las estanterías. Me senté al fondo de la sala, donde ninguna de las cámaras me veía, y empecé a fumar y beber para pasar el rato. Al tercer cigarro conocía por su nombre a cada sombra y me sentía como un personaje pintado por Edward Hopper. Nada se movía. Nada se escuchaba. Estaba suspendido entre dos latidos de enamorado.

Noté el frío al encender mi cuarto cigarro. El humo de la primera bocanada se convirtió en aliento condensado, y mi piel se erizó como si unos labios de mujer susurrasen secretos a cada poro. Cogí mi daga Matamuertos, que había dejado sobre la mesa, y la deslicé en el cinturón, a mi espalda, mientras me levantaba. El ordenador se encendió con un destello silencioso, acompañado de un leve parpadeo en los focos. Cuando las luces volvieron había un hombre en pie tras la barra.

Era de altura mediana, con un bi-

gotazo y unos pelos que, unidos a su camisa remangada y su pantalón de pana, parecían sacados de las primeras temporadas de «Cuéntame». El trapo colgando del cinto y el paquete de Ducados sobresaliendo del bolsillo izquierdo de la camisa me dijeron que era mi nuevo camarero; la transparencia palpitante de su cuerpo y el frío reinante, que estaba muerto.

Me acerqué despacio, la mano dispuesta a empuñar mi daga, mi rostro tranquilo.

Él me miró antes de girarse y coger una botella de Dyc.

—Estoy cerrado, pero da tiempo a una en lo que echa el cigarro —dijo con voz amable.

—Una y me voy, entonces —dije apoyándome en la barra—, y otra para ti si te apetece.

Colocó dos vasos de tubo y sirvió dos generosas raciones de whisky segoviano.

—¿Y qué haces aquí, si está cerrado? —pregunté para romper el hielo.

—Yo soy aquí —dijo, encogiéndose de hombros—. La pregunta es qué hace usted, aunque no me molesta la compañía.

El ordenador había arrancado. El programa del karaoke se había iniciado, o lo inició mi fantasmal compañero, y una música que no identifiqué sonaba en los altavoces. Tomé un trago mientras decidía cómo afrontar la situación. Su respuesta, «Yo soy aquí» en lugar de «estoy», era reveladora. Un espíritu suele estar atado a un lugar

o a un objeto, y casi nunca lo saben. Él parecía ser consciente. El plan A era cortarle en pedazos con mi daga antifantasmas, y el B, escucharle y enterarme de qué pintaba allí. Opté por el B. Quería descartar otras presencias fantasmales, asegurarme de que erradicaba el problema en origen y acabarme mi cigarro.

—Soy detective privado —le dije—, y estoy investigando un viejo asesinato relacionado con este bar. Seguro que tú llevas un montón de tiempo aquí y puedes ayudarme.

—¿Asesinatos, en este bar? Primera noticia que tengo.

—¿Llevas mucho aquí? —insistí—. Pasó hace tiempo.

Bebió un largo trago. Me fascinaba ver cómo el dorado licor iluminaba desde dentro su garganta semitransparente.

—Compré el local en el año setenta y nueve, me morí en el ochenta y siete, así que casi ocho años. Claro que en cierto modo hace mucho más tiempo, ¿no?

Encendió un cigarrillo y yo le imité. Nos miramos entre nubes de humo tan etéreas como él mismo.

—Y en todo ese tiempo no ha habido asesinatos, casi ni peleas de borrachos —siguió—, aunque a alguno he sacado a patadas en el culo.

El silencio se prolongó como una marea que crece, contenido apenas por la música. No logré reconocerla, pero me di cuenta de que terminaba y empezaba otra vez desde el

principio.

Me sorprendió que el fantasma fuese capaz de hablar de su propia muerte. Muchos de ellos ignoran que están muertos, y muchos otros reaccionan contra ese hecho con rabia, con dolor, con furia. Sin embargo, el camarero parecía ajeno a ello. O indiferente.

—Ha llovido desde el ochenta y siete —comenté.

—Ha llovido y ha escampado, sí. ¿Otra copa, no? Tiene que contarme eso del asesinato, detective.

Claro, me dije. Como si fuese yo el que tiene una historia curiosa aquí. Pero bueno, me dije mientras trataba de reconocer la música, mejor le doy palique antes de cargármelo. Parece tan peligroso como una aspirina. Y esta noche me pagan por saber qué pasa, no por liarme a cu-chilladas.

—Mi cliente piensa que ocurre algo fuera de lo normal en el local... y veo que tiene razón.

Sonrió mientras rellenaba los vasos.

—Así que me ha pedido que pase aquí la noche, que indague un poco. He de reconocer que ha sido más fácil de lo que me esperaba.

Miró a la pantalla del ordenador y el volumen de la música subió mientras las luces del techo se atenúan. Tal vez lo hizo porque le gustaba, tal vez para demostrarme su poder.

—Así que —seguí, tratando de colocarme en una posición de fuerza—, he sellado el local, de forma que ningún espíritu podrá salir de

aquí. Y he preparado algunas armas, por si el fantasma resulta ser violento.

—¿Y se ha encontrado usted muchos fantasmas violentos? A lo mejor quiere contarme alguna buena historia.

—Casi todos. Nos quedaríamos sin segoviano antes de que te contase la mitad.

Levantó la botella, observando su contenido con pericia de camarero viejo, del que sabe cuántos chupitos le quedan por servir sólo con tantear el peso.

—Pues es la última del almacén —se quejó—. Yo nunca me quedé sin Dyc en el almacén.

—Son otros tiempos, se vende menos. Supongo que en tus años no había tantas marcas.

—Supongo que no —rellenó los vasos de nuevo—, pero bastará hasta las cinco.

—¿Qué pasa a las cinco?

—Me retiraré a descansar. Es... fue mi hora, si entiende lo que quiero decir.

Murió a las cinco de la mañana. Seguramente, junto a la barra de aquel bar donde Julián ponía copas cada día. A mí me daba igual, llevo mucha tierra de tumba bajo las uñas, pero supuse que a mi cliente no le gustaría demasiado.



de nuevo, y el silencio se impuso. El humo de mi cigarro y las preguntas se me acumulaban en la boca, y empecé a soltar ambas cosas.

—¿Esa es la canción que sonaba cuando te mataron?

—¿Matarme? Nadie me mató, detective. Me falló la patata, así de simple —dijo dándose unas palmadas en el pecho—, mientras echaba cuentas aquí. Mientras pensaba en la próxima reforma, en la boda, en dónde ir de vacaciones o cuántas letras me quedaban para pagar el coche. Me morí mientras intentaba vivir.

—Y sonaba esa canción.

—Y sonaba nuestra canción.

Se giró y entonces ocurrió algo extraño. Una especie de niebla, una cortina vertical, acompañó su giro, modificando la imagen de lo que había frente a mí. La estantería de botellas cambió, convirtiéndose en un estante de madera. En los huecos libres había carteles de partidos de fútbol del Valladolid, de corridas de toros, y algunas fotos en blanco y negro de mi fantasma, acompañado de desconocidos que supuse fueron relevantes en su vida.

Dio dos pasos hacia la cocina, y la cortina de niebla antigua reveló un equipo de música que le habría parecido chulo a Marty McFly. Puso en marcha el reproductor de cinta y la música volvió a sonar, esta vez acompañada de la voz de Ana Belén.

«Esta es la historia de un sábado de no importa qué mes, y de un hombre sentado al piano,

de no importa qué viejo café»

La reconocí, claro. Lleva sonando desde los años ochenta, y creo que es a la música lo que un bocadillo de alquitrán caliente a la gastronomía. Oscura, pegajosa y triste. Miré a mi alrededor. Las sillas de haya y el moderno futbolín, el suelo de gres y la máquina de tabaco, todo había sido sustituido por mobiliario antiguo, tarima añeja y hasta una cortina de flecos de plástico en la puerta. De alguna forma, mi fantasma me había hecho viajar atrás hasta una época tan antigua que me extrañó no ver en blanco y negro. Atacarle quedaba descartado, al menos hasta que supiera cómo regresar a mis malos tiempos.

«Toca otra vez, viejo perdedor,
haces que me sienta bien.
Es tan triste la noche que tu canción
sabe a derrota y a miel»

—¿Estos son tus recuerdos? —pregunté.

Asintió con tristeza. Su mirada estaba clavada en una fotografía, en la que le acompañaba una mujer guapa, morena y espigada. Ambos vestían con elegancia de proletarios y sonreían a la cámara como dos estúpidos que creen que todo les saldrá bien, que todo está por venir. Como dos enamorados.

Reconocí el paisaje que había detrás. Era el paseo de Versalles, en la misma Medina, aunque los árboles parecían más abundantes y fron-

dosos que en la actualidad, y el río Zapardiel, al fondo, llevaba mucha más agua que ahora. La vegetación y el vello corporal eran mucho más frondosos en los años ochenta.

—Estos son mis recuerdos. Y pronto llegarán mis sueños. A las cinco. Por eso tiene que irse. Déjeme con mis cosas.

—Sueños. ¿Hay sueños más allá de la muerte?

—Claro. Hay sueños y esperanzas. Por eso no me fui nunca.

—Por eso volviste cuando ella cantó la canción el sábado por la noche —susurré. A esas horas era fácil de deducir.

—Siempre he estado por aquí, en cierto modo. Y estaré.

—Puedo ayudarte con eso —dije de forma impulsiva—. Ayudarte a cruzar del todo.

Jugó con su vaso, haciéndolo rodar entre las manos durante unos segundos.

«Toca otra vez, viejo perdedor,
haces que me sienta bien»

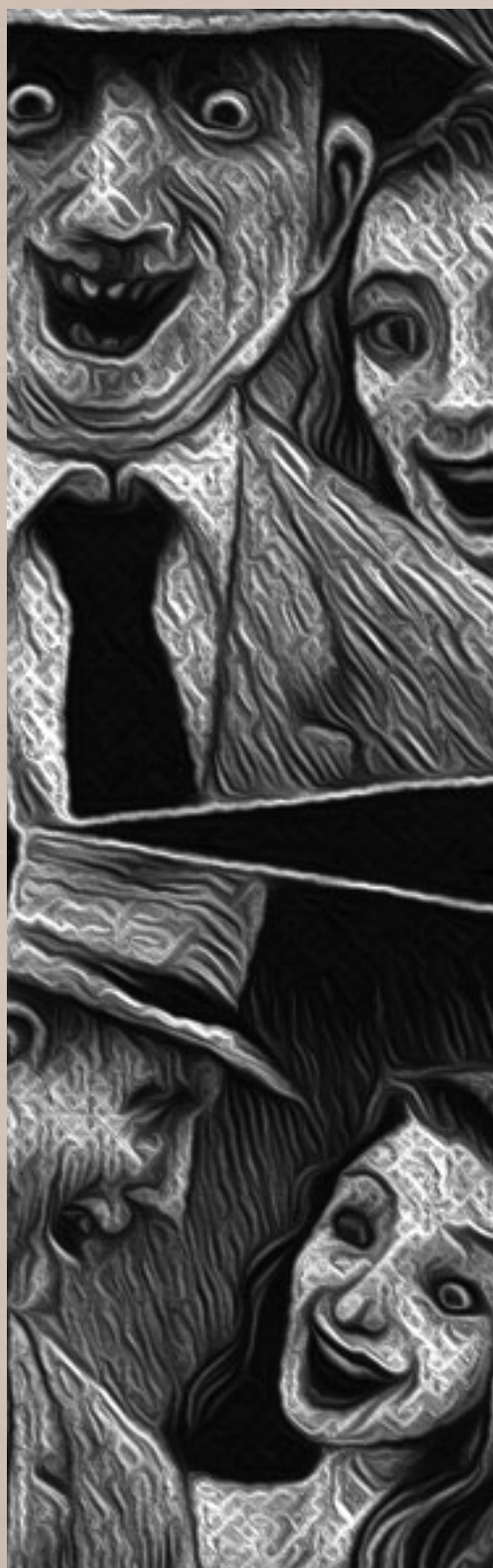
—¿Hay recuerdos al otro lado?
¿Vendrán conmigo?

—No lo sé —pensé en mi propia muerte, de la que había regresado sin recordar ni siquiera mi verdadero nombre—. Espero que haya paz, pero no lo sé a ciencia cierta.

—¿Lo ha hecho antes, verdad?

—Muchas veces. La gente se queda anclada. Muertes traumáticas, asuntos pendientes, magia negra, tragedias de todo tipo... y yo puedo solucionarlo antes de que pase

algo peor.



—No hacen falta asesinatos ni grandes cosas, detective. Ni... ni invocaciones ni crímenes ni magos. La gente vive y ama y muere y odia, y sueña y recuerda. Y es derrotada y a veces gana, pero sólo a veces. Las tragedias pasan todos los días, en todas partes. Eso es la vida, y es buena. Demasiado buena como para olvidarla. Demasiado buena como para irse y olvidarlo todo, sin más.

Asentí. No tenía mucho que decir a eso. No iba a irse voluntariamente.

—Y a usted, detective... ¿le quedan esperanzas? —preguntó mientras rellenaba el vaso.

—Ninguna —dije antes de apurarlo a trago duro—, pero me quedan peleas.

El whisky se me atragantó durante un segundo, haciéndome toser, abrasando mi garganta como una lágrima contenida. Cuando abrí los ojos, el bar era el que siempre había conocido y yo estaba solo. Solo, delante de una botella de whisky, dos vasos vacíos y una vieja foto enmarcada, de una pareja que sólo tuvo tiempo de soñar, que sólo pudo compartir recuerdos de derrota y miel a ambos lados de la muerte.

—Qué cabrón —le susurré al vacío.

*

Al día siguiente le conté a Julián todo lo ocurrido y le di la foto. La historia no daba para novela, desde luego. El dueño del bar tenía una relación con la chica de la foto, con la que compartía canción y esas cosas tan bonitas. Él murió de un poco emocionante infarto, y ella siguió adelante con su vida. Acabó trabajando y casándose en Madrid, y cuando regresó al pueblo para celebrar

su jubilación no resistió la tentación de volver al viejo bar, de sumergirse en los viejos recuerdos, de cantar la vieja canción.

Tal vez quiso hacer un homenaje secreto, privado, a ese amor que no pudo ser, tal vez incluso ese viaje tenía como objetivo sumergirse una última vez en la nostalgia, disfrutar de aquellos paseos por Versalles y aquellos proyectos compartidos que nunca fueron. La gente, a veces, encuentra consuelo y alegría en ese tipo de comportamientos, por mucho que yo no los entienda. Visitamos el cementerio de nuestra añoranza para dejar flores frescas de anhelo y sonrisa. Somos unos cretinos.

Explicué a mi cliente los pasos a seguir. Volvería esa misma noche, equipado para un exorcismo y una limpieza total. Después buscaría la tumba del camarero y quemaría los restos, evitando así que volviese jamás.

Él me miró, asintiendo vagamente, volviendo sus ojos a la vieja fotografía cada pocos segundos.

En ese momento, mientras yo calculaba mentalmente la tarifa a aplicar, su mujer salió de la cocina y colocó una bandeja de callos en la vitrina. Se miraron durante un instante, ella sonriendo con las mejillas sonrojadas por el calor y el trabajo, él serio y tranquilo.

—V-vamos a dejarlo, macho —me dijo cuando ella volvió dentro—, después de todo no hace daño a nadie. Y seguro que a la señora le gustará recuperar la foto.

Di un trago a mi cerveza, dispuesto a protestar. Se me escapaba un dinero fácil. Tenía que convencer a aquel idiota sentimental de que lo mejor para los

muertos es estar muerto. Recordé entonces la mirada del fantasma al ver la foto, tan parecida a la de Julián cuando su mujer salió de la cocina y sonrió. Supongo que hay cosas que yo no puedo entender, que hay vidas que merecen la pena aunque el dolor exista, que tal vez tengan sentido gracias al suave dolor del día a día, a los sueños que no pueden cumplirse, a los proyectos demasiado lejanos, sólo porque hay momentos, para mí aburridos y normales, que les dan sentido. Complicidades que duran el aleteo de una mariposa pero que son suficientes para llenar el aire de color.

Había perdido la oportunidad de ganar pasta, así que asentí y me pedí otra cerveza. Y una ración de callos.

—¿Y qué vas a hacer entonces, Julián? —pregunté mientras pringaba pan en la espesa y rica salsa.

—Voy a comprar una caja de Dyc —dijo sonriendo.

Después me entregó la paga por mi noche de vigilancia y se alejó para atender a otros clientes, mientras yo me dedicaba a disfrutar mis callos sin darle más vueltas al tema.

El caso estaba cerrado.





Mi nombre es M. Flóser. Vine al mundo en Barcelona, el 24 de enero de 1986, que coincidió casualmente con el día de mi nacimiento. Escribo comedia de fantasía, ciencia ficción y terror, aunque no siempre ha sido así. Empecé escribiendo cosas serias, pero cuando llegó la pandemia y nos tuvimos que confinar, decidí probar a hacer reír a la gente con mis historias. Por los jajás (nunca mejor dicho). Es una de las decisiones que más me han aportado y que más feliz me han hecho. Soy yonqui de la risa ajena. Tanto es así que, pudiendo hacer una biografía normal, como Diosa manda, no he podido resistirme a intentar que te rías, o que al menos sonrías, también con estas líneas.

El caso primigenio

Se llamaba Úrsula Jemisin y era detective privada. Nunca se consideró una buena detective —sea lo que las diosas quieran que eso signifique—, pero hacía ya unos años que resolvió un caso que le dio cierta fama. Posiblemente te acuerdes de él, salió en todos los periódicos, ilustrado con una foto suya en la que salía con los ojos muy cerrados y parecía que estuviera haciendo mucho esfuerzo, como el que intenta descifrar qué narices es aquello que oro parece y plata no es. Nessie, la monstrua del lago Ness, había desaparecido y Jemisin fue la única que se planteó la posibilidad de que la criatura simplemente estuviera hasta el coño de que debatieran sobre su existencia y se hubiera ido a algún sitio en el que a la gente le costara un poco menos creer en esas cosas. La investigación le llevó directamente a España. Joder, estaba claro que en un país en el que sus habitantes creen que la tortilla de patatas se come sin cebolla se puede creer en cualquier cosa.

Ahora la detective, vestida con una gabardina, una camisa, y unos tejanos y con su arma enfundada debajo de la chaqueta, se dirigía al club R'lyeh para ver a un posible cliente. Nunca le había gustado ese



sitio. Odiaba su ambiente, odiaba su música y odiaba su comida. Pero lo que más odiaba de ese antro era al dueño. Ese cabrón cabezapulpo le ponía de los nervios y siempre que ha-blaba con él acababa con un dolor de cabeza horrible.

En las puertas del club había dos gogos controlando que nadie se colara. Las criaturas parecían una especie de gorila —si los gorilas tuvieran una boca vertical llena de colmillos que iba del entrecejo a la barbilla y dos brazos que se bifurcaban a la altura de los antebrazos—. La detective se acercó a ellos y carraspeó.

—Vengo a ver a vuestro jefe.

Los porteros se miraron, uno de ellos sacó un walkie talkie de algún sitio que Úrsula no estaba dispuesta a investigar y habló en un idioma que se componía de chasquidos y pedorretas. Asintió, volvió a guardar el walkie, abrió la puerta hacia fuera y se apartó para dejar pasar a la detective.

El club era enorme, con suelo y techo de obsidiana. Había columnas de la-pislázuli de suelo a techo, como suele ocurrir con este tipo de cosas, y al fondo una barra de oro puro tras la que humanos con ropas ajustadas servían copas. El club estaba lleno de gente bailando, enrollándose y jugando a la oca en re-servados. Intentó caminar entre la muchedumbre, pero a los pocos pasos tuvo que detenerse para esquivar a un par de gules cargados con bandejas de alu-minio redondas. Uno de ellos la miró con aquellos ojos rojos incrustados en una cabeza que se acercaba más a la de un dóberman salido del infierno que a la de un humano. Tenían la

piel verduzca, aunque la luz azul de los focos se la teñía de amarillo. Iban desnudos, excepto por un taparrabos que Úrsula siem-pre agradecería. La detective detuvo a uno de ellos cogiéndole por el brazo. Un brazo extremadamente delgado y fibrado. Frío y seco. Suave y asqueroso.

—Busco a tu jefe —dijo Úrsula con una voz que no podía disimular la in-comodidad.

El gul la miró e hizo algo que sorprendió a la detective: habló.

—Claro, tronca. Tá ahí, en el reservao.

Úrsula miró hacia donde el gul señalaba con la cabeza.

—Gracias —le dijo la detective.

—Ná, mujé.

Úrsula se quedó mirando cómo la criatura se alejaba con la bandeja en al-to y un caminar que recordaba al de un pato con almorranas. Comenzó a ca-minar hacia donde le había dicho el gul, escurriéndose entre la gente que no se apartaba cuando notaba que la estaban empujando. «Así que esto es lo que hice cuando mi madre me trajo al mundo», pensó no sin cierta razón. La gente se acababa abruptamente alrededor de una zona, como si hubiera un campo de fuerza, igual que los árboles que rodean el claro de un bosque. Úrsula salió de entre el gentío como un hueso de aceituna sale disparado de entre los labios de un viejo y se quedó mirando a aquel ser enorme, intimidante.

—Cthulhu —dijo la detective Jemisin.

En un reservado en el que había un sofá en media luna rodeando una mesa de aluminio, había un grupo de dos mujeres y dos hombres que acababan

de interrumpir sus carcajadas al escuchar a Úrsula. Entre las dos parejas una criatura tan alta como un par de elefantes subidos uno a hombros del otro se sentaba espantado. Vestía camisa hawaiana abierta, que dejaba al descubierto una panza dura, abultada y sin ombligo. Sobre su pecho liso caían varias cadenas de oro. Sus manos estaban cubiertas de anillos, sus muñecas de pulseiras y su cabeza, como de calamar, tenía varios tentáculos donde cualquier criatura que se hubiera tomado la molestia de leerse el manual de las leyes de la lógica tendría la boca. Sus ojos eran rojos y brillaban en aquella semioscuridad. Tenía dos alas enormes, de murciélago, que rodeaban a los humanos igual que quien rodea a alguien pasándole un brazo por encima del hombro. Sus brazos, por cierto, eran fuertes y tenían tatuajes de hombros a nudillos. Uno de los tatuajes destacaba entre todos: el rostro de un hombre de cara alargada, expresión neutra y pelo repeinado con la raya al lado.

¡DETECTIVE JEMISIN!

La voz sonó en la cabeza de Úrsula sin molestarse en salir antes de la boca del ser, ni en pasar por los oídos de la mujer. Resonaron en su cerebro sin permiso.

¿QUIERE TOMAR ALGO?

—No, gracias. Estoy aquí porque usted me ha hecho venir, señor Cthulhu.

¡PERO TÓMESE ALGO, POR FAVOR!

Úrsula suspiró, miró a los ojos amenazantes del dueño del club y volvió a suspirar.

—De acuerdo. Un vaso de leche, por favor.

SOLO TENEMOS LECHE AGRIA, respondió Cthulhu.

—Me sirve. Agitada, no removida.

El primigenio alzó la mano y chasqueó sus gruesos dedos, provocando un sonido parecido al que haría un balón de baloncesto si lo dejases caer desde el último piso del Empire State para que rebote contra la acera —o contra la cabeza de un transeúnte despistado que no te ha escuchado cuando has gritado: «¡CUIDAOOOOOO!»—. Un par de gules corrieron hacia el reservado igual que dos perros falderos en busca de contentar a su amo.



—Mande —dijeron al unísono.

UN VASO DE LECHE AGRIA PARA MI INVITADA. AGITADA, NO RE-MOVIDA. ¿QUIERE ALGO MÁS, DETECTIVE?

Úrsula negó con la cabeza y el dios hizo un gesto con la mano para que los gules se esfumaran.

NO ESPERABA QUE VINIERA TAN RÁPIDO, DETECTIVE.

—No sabía que hacerle esperar era una opción —dijo Jemisin.

Cthulhu sonrió, lo cual es todo un prodigio en una cara que carece de boca y de sus respectivas comisuras.

ES USTED MUY INTELIGENTE. NO, NO ES BUENA IDEA HACERME ES-PERAR. TIENE RAZÓN.

En la barra los dos gules se peleaban por ver quién llevaba el vaso de leche agria. Uno de ellos levantó las manos en son de paz, empezó a hablar con el otro y parecía que le hizo entrar en razón, porque este asintió y se relajó, cosa que el primero aprovechó para coger el vaso de tubo de la barra y salir corriendo hacia el reservado mientras el segundo alzaba el puño y lo agitaba en el aire. El gul, cargado con la bebida, pasaba entre la gente como si no estuviera ahí y unos segundos después estaba junto a la detective y le ofrecía el vaso. Úrsula lo cogió y le dio las gracias. El gul miró a su amo, pero él no le devolvió la mirada, estaba concentrado en la detective, estudiándola.

—La nota que me llegó a casa... —dijo Úrsula.

AH, LA LEYÓ.

—Imposible, estaba en r'lyehense. Pero nada que Google no pueda traducir. «Rápido venir abajo del club,

correr en relación del caso de la primera dios del asesinato». —La detective miró al dios, que tenía una de sus peladas cejas alzada. Úrsula se encogió de hombros y añadió—: Es lo que tradujo.

NUNCA ME HAN GUSTADO ESAS TRADUCCIONES AUTOMÁTICAS. LA MAYORÍA DE LAS VECES TE DEJAN CON MÁS DUDAS.

—Deduzco que me quiere contratar —dijo la detective.

DEDUCE BIEN. Cthulhu hizo una pausa, miró a los humanos que se sentaban con él y carraspeó. SI NOS DISCULPÁIS, LA DETECTIVE Y YO TENE-MOS ASUNTOS IMPORTANTES DE LOS QUE HABLAR.

Los humanos miraron con odio a Úrsula, como si fuera culpa suya que tuvieran que largarse. Una de las mujeres caminó muy cerca de la detective y no se molestó en apartarse para que sus hombros no se chocaran. Úrsula sonrió, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

POR FAVOR, DETECTIVE, TOME ASIENTO.

Jemisin sabía que aquella amabilidad no era real. No la invitaba a sentarse, se lo imponía. Como tampoco la había invitado a ir allí. Si se hubiera negado, incluso si lo hubiera hecho amablemente, aquel cabrón cefalópodo del espacio exterior habría tenido uno de sus berrinches. La última vez que tuvo uno fue cuando la soberana de la Atlántida se negó a dejarle el cortacésped. Todo el mundo sabe lo que le ocurrió a la Atlántida. Así pues, la detective se sentó lo más alejada de Cthulhu que pudo, lo cual, por su ta-

maño absurdo, no fue gran cosa.

LE HE PEDIDO QUE VENGA PORQUE NECESITO SU AYUDA.

—¿El gran dios primigenio Cthulhu necesita la ayuda de una simple mortal?

La detective le dio un trago a la leche y su cara se arrugó. «Está fuerte y se te duerme la lengua, pero está buena».

TODOS NECESITAMOS LA AYUDA DE ALGUIEN EN ALGÚN MOMENTO, ¿NO ES ASÍ, DETECTIVE?

Úrsula se encogió de hombros y dio un segundo trago. Fue menos traumático, pero solo porque sus neuronas estaban en una esquina vomitando en una papelera y no estaban pendientes de lo que pasaba en el exterior.

—¿En qué puedo serle útil, señor Cthulhu?

El dios suspiró.

ALGUIEN ESTÁ MATANDO A LOS DIOSES PRIMIGENIOS.

La detective se atragantó con la leche agria y tuvo que escupirla en el vaso. Lo cual por un lado era un alivio, porque sus neuronas necesitaban unos segundos para recuperar el aliento, pero por otro creaba la incógnita nauseabunda de si más tarde le daría un nuevo trago a ese brebaje que ahora incluía sus propias babas.

—¿Están matando a los dioses primigenios? —preguntó la detective, que no era dura de oídos, sino que nadie se despierta una mañana pensando que va a escuchar algo así.

ASÍ ES. HA MUERTO HASTUR, MI MEDIO-HERMANO, DAGÓN Y... La voz de Cthulhu se quebró en

la cabeza de la detective y sus ojos se habrían humedecido si tal cosa hubiera sido posible. Al cabo de unos segundos se armó de valor y añadió: AZATHOTH.

De repente cada rincón de la detective se puso rígido. Las neuronas levantaron la cabeza de la papelera y se miraron como diciendo: «¿He oído lo que creo que he oído?». Úrsula miró al dios con la boca abierta de par en par. Azathoth, El Sultán del Caos, El que Roe, Gime y Babea en el Centro del Vacío Final. El dios primigenio más poderoso. ¿Cómo iba alguien a matar a una criatura como esa?

AHORA LO ENTIENDE. NECESITO QUE ME AYUDE A DESCUBRIR QUIÉN ESTÁ CAZANDO A LOS MÍOS.

A Úrsula le costó reaccionar, pero cuando lo consiguió solo supo preguntar:

—¿Por qué no ha salido en la prensa?

PORQUE NO LO HE PERMITIDO. CONOZCO A MUCHA GENTE, DETECTIVE. PUEDO CONSEGUIR QUE ALGO COMO ESTO NO SALGA NUNCA A LA LUZ.

La detective asintió. Claro que puede.

—¿Por qué no investigan ustedes mismos? —preguntó entonces—. ¿No se supone que son los seres más poderosos del cosmos?

LO SOMOS. NO OBSTANTE, ALGUIEN HA ENCONTRADO LA FORMA DE ANIQUILARNOS. LLEVO UNA SEMANA ENCERRADO EN ESTE CLUB. NO DEJO EN-

TRAR NI SALIR A NADIE. USTED ES LA PRIMERA QUE ENTRA EN TODO ESTE TIEMPO.

Úrsula miró a la gente que bailaba en la pista, a la que bebía en la barra y a la que tejía un jersey demasiado grande en un reservado.

—¿Ha retenido a toda esta gente durante una semana?

Cthulhu se encogió de hombros, lo que provocó un sonido parecido al si-lencio y a la vez completamente distinto.

HAGO LO QUE SEA NECESARIO PARA SOBREVIVIR, DETECTIVE.

—El gran Cthulhu escondido en su tugurio. ¿Quién se iba a imaginar algo así?

NO SE PASE DE LA RAYA, DETECTIVE JEMISIN. SÍ, TENGO MIEDO, ¿QUIÉN NO LO TENDRÍA? PERO SIGO SIENDO EL SEÑOR DEL OCÉANO ABISAL. AQUEL QUE EXISTÍA ANTES Y QUE VOLVERÁ A EXISTIR.

—Nunca he entendido por qué a ustedes los primigenios les gustan tanto los epítetos. Es como si yo dijera que soy Úrsula Jemisin, la Detective de lo Ignoto, Dueña y Señora del Sofá Rinconero de su Apartamento de Alquiler, Poseedora del Último Trozo de Pizza Hawaiana del Pedido de Anoche que Aguarda en la Nevera. —La detective se sentía cómoda incomodando a la gente, sobre todo a aquellos dioses cabrones que se creían que eran intocables—. Descuide, señor Cthulhu. Particularmente ustedes, los dioses primigenios, me repugnan, pero no dormiría a gusto sabiendo que hay alguien por ahí matán-dolos.

El primigenio suspiró en la mente de Úrsula, que justo se terminaba la leche agria y se sacudía por un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

GRACIAS, DETECTIVE.

—No me las dé. Si me negara seguramente usted arrasaría esta ciudad. Aunque ahora que lo pienso, también podría dejar que quien sea que está ca-zándoles viniera a por usted. Ahorraría mucho dolor a esta ciudad. ¿Cree que no sé nada de todas esas personas vírgenes que compra en el mercado negro para sus rituales?

CADA VEZ CUESTA MÁS ENCONTRAR PERSONAS VÍRGENES, dijo Cthulhu como si nada. DIRÍA QUE ES CULPA DE INTERNET.

—Dígame, señor Cthulhu, ¿dónde mataron a los suyos?

LA ÚLTIMA VÍCTIMA FUE HASTUR. SU APARTAMENTO SE ENCUEN-TRA EN EL DIEZ DE LA AVENIDA PRATCHETT. HACE ESQUINA CON LA CALLE ABERCROMBIE. APARTAMENTO 20A.

—Supongo que tendré que empezar por ahí. No se levante, seguro que consigo encontrar la salida yo misma. —Úrsula se levantó y empezó a alejarse del reservado, luego se detuvo y se giró hacia el primigenio—. Señor Cthulhu...

¿SÍ?

—Deje que esta pobre gente se marche, no tiene la culpa de que ustedes sean unos pedazos de mierda lo suficientemente grandes como para que alguien los quiera matar.

No esperó a que el primigenio respondiera, se alejó de él y salió de aquel maldito club.

El exterior la recibió con el frescor de la noche. Los porteros guggos la vieron alejarse por la calle iluminada por la luz amarillenta de las farolas. Echó la vista atrás solo para posar sus ojos en un taxi. Alzó la mano y el coche se detuvo a su lado. Se montó en el asiento trasero, echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—A la avenida Pratchett con calle Abercrombie, por favor —dijo sin abrir los ojos.

—Sí, señora.

El taxi enfiló la carretera y se alejó del club R'lyeh.

—¿Una mala noche, señora? —preguntó el taxista mirándola por el retrovisor.

«Así que eres de los que habla», pensó Úrsula.

—Surrealista, más bien —respondió la detective.

El taxista no respondió, estaba ocupado gritándole a un monovolumen que se le había cruzado. Luego volvió a mirar por el retrovisor y negó con la cabeza mientras bufaba, posiblemente buscando la complicidad de su pasajera. No la obtuvo.

—¿Viene del club ese?

Úrsula miró al conductor con curiosidad. «El club ese». Lo había dicho con un desprecio parecido al que se usa cuando alguien te pregunta si quieres ver las doscientas fotos del viaje al lago Hobb y respondes «Seh...».

—Así es, he ido a ver a una persona. ¿No le gusta el club R'lyeh?

—El club me la trae floja, la verdad. No me gusta quienes lo llevan.

—Los primigenios.

El taxista asintió. Úrsula sonrió y lo

miró, estudiando si podía sacarle algo de información. Antes de que se decidiera del todo, el conductor le dijo:

—Los están matando, ¿sabe?

La detective se removió en el asiento, como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaba sentada sobre brasas encendidas.

—¿Cómo ha dicho?

—Digo que los están matando. No espere que me den pena.

—¿Cómo sabe usted eso? —Úrsula decidió jugar—. Si fuera verdad habría salido en la prensa, ¿no cree?

El taxista bufó.

—Si esos aliens quieren que algo no se sepa, no se sabe. Son unos cabrones muy poderosos, señora. Los están matando. Yo mismo llevé a uno de esos engendros. Ese que se viste de amarillo.

—Hastur.

—Ese. No pude negarme a llevarlo. Estaba sangrando. Un líquido brillante y de color marrón. Era asqueroso. ¡OYE TÚ, MIRA POR DÓNDE VAS! ¿NO TE FUNCIONAN LOS INTERMITENTES O QUÉ? Perdone, señora. Le pregunté qué le había pasado y me dijo que me metiera en mis asuntos. ¡En mis asuntos! Hijo de una esponja espacial...

—¿Llevó usted a Hastur herido? ¿Dónde lo llevó?

—A ningún lado, señora. Me dijo que condujera, que nos perseguían. Vaya si nos perseguían. Un Barker negro, de esos todoterrenos. Me detuve. El engendro me amenazó, pero me importó una mierda. No voy a morir por esas cosas, ¿vale? ¡CABRONAZO, QUE CASI ME DAS! Disculpe, señora.

Es esta ciudad. La gente va como loca. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Me detuve y el Barker me adelantó, derrapó y se colocó delante de mí, cruzado en la carretera. Se bajó una tía vestida con ropa como de aluminio y un rifle de asalto con luces. Se acercó a nosotros apuntándonos. Yo tenía las manos levantadas, así.

—¡Por las diosas, coja el volante, hombre!

—¡Disculpe, señora! Cuando la tía esa estaba casi a nuestra altura, escuché cómo el engendro empezaba a gemir. Me giré para mirarle y vi que su cuerpo se estaba hinchando. ¿Sabe cuando se abre el grifo de una manguera, pero se pisa y el agua se acumula? Pues así. «¡Oye, tú!», le dije, «¿qué cojones te pa-sa?!». Pero no me respondió, explotó y me llenó el taxi de esa sangre marrón suya. ¡CUIDADO, GILIPOLLAS! ¿TE HA SALIDO EL CARNÉ EN UNA CAJA DE CEREALES?!

—¿Qué pasó con la mujer?

—Abrió la puerta de atrás, apuntó con el arma al asiento manchado, pero vacío, luego a mí y sonrió. Dijo: «Otro muerto», y se largó en el Barker.

Úrsula tenía la boca de par en par.

—¿Por qué no habló con las autoridades? —preguntó la detective inclinada hacia delante.

—Porque no me interesaba ni me interesa meterme en mierdas cósmicas. Si voy a la policía puede que el cabezapulpo se entere y venga a joderme. Señora, ¿sabe lo peligroso que es conducir un taxi? ¿Sabe que ese peligro se ha incrementado desde que esos primigenios llegaron para quedarse? No, no me voy a meter en ese tipo de cosas. Afortunadamente, fui a lavar el coche y seguí

con mi vida.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Pasado mañana hará una semana exacta.

El taxista se detuvo.

—Ya hemos llegado, señora. Pratchett con Abercrombie.

La detective pagó la carrera y le dio una propina generosa por la información. Se apeó del taxi y miró el edificio que tenía delante.

—El Rey Amarillo —dijo para nadie en concreto.

Subió al apartamento. La puerta estaba cerrada. No había cordón policial porque nadie más que ella estaba investigando aquellos asesinatos. Tenía que entrar y, como buena detective, tenía métodos para entrar con sutileza a cual-quier casa. Miró a lo largo del pasillo para asegurarse de que no había nadie y le dio una patada a la puerta, cuya cerradura reventó. La hoja de madera se estampó contra la pared y regresó a su posición sin poder cerrarse. No era uno de los métodos más sutiles para entrar en cualquier casa, pero sí que era uno de los más efectivos.

El apartamento era grande, de techos altos. La detective supuso que todas las viviendas de los primigenios tendrían los techos altos. Los muebles eran de esos que tienes que montar tú misma y le costó imaginarse al Innombrable montando una cómoda Stèphenking o un armario Ànnerice. Las paredes estaban llenas de telarañas y los sillones de una sustancia gelatinosa y verduzca que la detective no pensaba examinar. Si algo había aprendido de los primigenios era que tienen un abanico excesivamente amplio de fluidos corporales. Eso y que no son el tipo de

gente a la que le dejarías un libro —al menos si quieres que te sea devuelto—. Entró en un dormitorio en el que solo había una cama gigantesca, si podías llamar cama a un tablón lleno de púas de quince centímetros de diámetro en su parte más ancha y diez centímetros de alto. La detective supo que era una cama porque en las cuatro esquinas había unos barrotes y disponía de un dosel rosado. Las púas también tenían aquella gelatina verde. «No es la sangre de Hastur. El taxista dijo que su sangre era marrón». El suelo estaba lleno de pañuelos pringosos, de revistas todavía más pringosas y comida en descomposición con un nivel de pringue que sobrepasaba todos los límites de lo tolerable.

—Qué asco...

La detective escuchó un chasquido familiar a su espalda. Alguien había martilleado un arma. Alzó las manos por puro instinto y esperó a que le dijeran que podía darse la vuelta.

—Date la vuelta. Despacio.

Úrsula se giró poco a poco, asegurándose de que sus manos seguían en alto, a la vista, y de no hacer ningún gesto que pudiera invitar a la otra persona a volarle la cabeza. Le gustaba la disposición actual de su cuerpo.

La persona que le apuntaba era una mujer joven, con el pelo negro recogido en un moño trasero. Vestía un mono plateado que parecía hecho de papel de aluminio y sujetaba un rifle de asalto con varias lucecitas aquí y allá. Su cara le resultaba familiar a pesar de que no la había visto en su vida.

—¿Quién eres? —preguntó Úrsula.

La mujer la miraba de arriba a abajo. Sus ojos estaban humedecidos.

—¿De verdad eres la detective Úrsula Jemisin?

Úrsula alzó una ceja.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación responder a una pregunta con otra?

—Tú. Varias veces.

La detective bajó la ceja e hizo que la otra la sustituyera.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién eres?

La del rifle sonrió y sus mejillas quedaron surcadas por lágrimas.

—Mi nombre es Mary Rice Jemisin. Soy tu hija.

El sentido común de Úrsula lanzó una pedorreta y dijo: «Sí, claro, y yo soy Abdul Alhazred», pero había algo en el rostro de aquella mujer que hizo que Úrsula le pidiera calma a su sentido común y le dijera: «Vamos a escuchar lo que tiene que decirnos, ¿vale?».

—Yo no tengo hijas... ¿Mary?

Mary asintió.

—Todavía no. Naceré dentro de un año. Vengo del futuro, concretamente vengo de dentro de veinte años.

—Sí, claro, y yo soy Abdul Alhazred —dijo Úrsula, a lo que su sentido común añadió: «¡Eso!».

—Entiendo que no te lo creas. Es difícil aceptar que haya viajeras en el tiempo en un mundo en el que unos dioses del espacio exterior tienen acojonada a la humanidad.

El sentido común tuvo que admitir que en eso tenía razón la chiquilla.

—Pero no puedes ser mi hija. Quiero decir... ¿madre yo? ¿Cómo?

Mary pensó que, si tenía que explicarle el proceso a su madre, entendía que hubiera tardado tanto en tenerla.

—Escúchame, mama.

—Úrsula —corrigió la detective, pero solo porque era un poco pronto para esas confianzas. Podía ser que la tal Mary la conociera desde hacía veinte años, pero ella no tenía una relación tan estrecha con ella y le parecía que todo estaba un poco descompensado.

—De acuerdo, Úrsula. —A Mary no le molestó. Se le hizo raro porque su madre le había castigado en alguna ocasión por llamarla por su nombre de pila. «Yo no me llamo Úrsula, para ti soy mama», le había dicho varias veces, pero comprendía que aquello podía ser demasiado para la detective—. He venido para salvarte.

La joven bajó el rifle y relajó la postura.

—Salvarme, ¿de quién?

—De Cthulhu. Dentro de diez años, cuando yo tenga nueve, ese cabrón va a ordenar que te maten.

La verdad es que aquello cada vez era más... curioso. «Querrás decir absurdo», apuntó el sentido común, que llevaba un rato sin decir nada.

—¿Por qué iba a quererme muerta Cthulhu?

—Por enviarlo a una cárcel cósmica federal. —Úrsula iba a decir algo como que era un buen motivo, pero Mary le detuvo y siguió—: Dentro de tres meses resolverás este caso.

—¿Tres meses?!

Aquello a Úrsula le parecía intolerable.

—Tres meses. Descubrirás que ha sido él mismo el que ha estado matando al resto de primigenios. Le pillarás con las manos en la masa, a punto de matar a Nyarlathotep. Le detendrás, no sé cómo (eso no aparece en el in-

forme) y estará diez años encerrado. Luego escapará, te matará y gobernará el mundo. En mi época luchamos contra él y sus criaturas. Somos la resistencia.

—Es como en esa película... ¿cómo se llama? ¿Torrente?

—Creo que no es esa.

—¿Seguro? Me suena mucho...

—Mam... Úrsula, necesito que me creas.

La detective miró a su hija. «¿Será posible que la esté creyendo?», pensó.

—¿Has estado matando a los primigenios? —preguntó Úrsula.

—No, mi único objetivo es Cthulhu. Él ha matado a los dioses. Quiere ser el único en pie.

—Pero no tiene sentido, ¿por qué me ha contratado para investigar los asesinatos?

—Quiere verte muerta. Es por un caso que resolviste. Una monstrua que desapareció.

—Nessie...

—Él la amenazó, le dijo que si no desaparecía la mataría. Quiere ser el único primigenio de la Tierra.

Úrsula miró sorprendida a su hija.

—¿Nessi es una primigenia?

—Su nombre real es Pia-Saggorath, La que Nada en lo Profundo. La que Sabe la Verdad. La Hacedora del Hummus Perfecto. Hermana mayor de Shub-Niggurath. En mi época lidera la resistencia. Cuando la encontraste e hiciste que volviera se convirtió en un icono. La gente por fin creía en ella, no había debate posible. La idolataban. Por eso Cthulhu puso sus ojos en ti, quería qui-tarte de en medio, así que decidió empezar a asesinar a los

suyos y te metió en medio, para matar dos pájaros de un tiro (nunca mejor dicho). No esperaba que descubrieras la verdad.

La detective se sentó en la cama, sin recordar que estaba repleta de púas. Dio un salto, se acarició el culo y se sentó en el borde de la cama con mucho cuidado.

—¿Estás diciéndome en serio que un dios primigenio ha conspirado para matarme, no lo ha conseguido y lo va a volver a intentar dentro de diez años?

—Así es.

Úrsula miró a Mary de abajo arriba. No tenía pinta de ir vestida con ropa de la época actual, ni siquiera con ropa de una nueva moda que solo los jóve-nes de la fecha sabrían entender. El arma tampoco era de su tiempo. Su cara... no era que le resultara familiar sino más bien que, de alguna forma, le recor-daba a la suya.

—¿No es peligroso que me cuentes todo esto? —preguntó por fin.

—¿A qué te refieres, mam... Úrsula?

—No sé. ¿No pones en peligro el continuo espacio tiempo o algo así? ¿Al contarme esto no podrías provocar que no nacieras?

Mary miró a su madre con una expresión que, si hubiera habido algún in-térprete de expresiones faciales, licenciado en la universidad de Mis-katonic, habría traducido con las palabras: «¿Qué me estás contando?».

—¿Qué va! No, no, no. Eso solo pasa en el cine. Para nada, no hay ningún problema en viajar por el tiempo y arreglar algunas cosas. Hace unos años viajé al pasado y convencí al padre de Hitler de que se hiciera la vasectomía.

—¿El padre de quién?

—Exacto. De nada.

La detective no lo entendía, pero le daba igual.

—Y ¿ahora qué hacemos? —preguntó.

Odiaba sentirse tan perdida. Una detective no debería estar así de desubi-cada. Claro que teniendo en cuenta que iba a tardar tres meses en resolver ese puto caso. ¡Tres meses! Menuda lince.

—Debemos matar a Cthulhu —dijo Mary como quien dice: «Deberíamos pedir una pizza».

Úrsula se escandalizó, pero solo un poco. Los dioses primigenios eran una plaga, querían arrasarlo con el mundo y, si todo lo que le había contado aquella joven vestida como si la fueran a conservar en la nevera junto con el queso tierno y los aguacates era verdad, Cthulhu iba a conseguir dominar y aterrori-zar a la humanidad. ¿Era correcto matar a alguien que todavía no había hecho nada? Según su hija había matado a Dagón, Hastur y Azathoth y le había ten-dido una trampa a ella para quitársela de en medio.

—No sé si matarle es la solución —dijo, decepcionando un poco a su hija—, pero quiero decirle cuatro cosas a ese cabrón.

—Me vale.

Mary se acercó a su madre, le rodeó el brazo con el suyo, pulsó una serie de botones que había en su guante y tras un flip desaparecieron del aparta-men-to de Hastur, para aparecer en el club R'lyeh con un flop.

La gente se asustó, como suele ocurrir cuando dos extrañas aparecen en

medio de la pista de baile. Cthulhu estaba en el reservado, hablando acaloradamente con un ser alto, flaco y monstruoso, provisto de cuernos, de cola y de alas de murciélago. Un ángel descarnado.

—¿Le estás pidiendo que me mate, Cthulhu?! —gritó la detective mientras se acercaba al primigenio.

El dios se giró hacia ella y observó a Mary, confuso.

¡DETECTIVE! ¿QUÉ HACE AQUÍ? ¿HA DESCUBIERTO ALGO?

—¿Aparte de que eres un cobarde y de que has estado matando a tu propia familia?

El ángel descarnado miró a Úrsula y luego a su amo.

¿DE QUÉ ESTÁ HABLANDO, DETECTIVE?

El primigenio estaba incómodo y, si hubiera sido capaz de tal cosa, habría sudado a mares.

—¿Quieres que le preguntemos a Nessie? —La detective se golpeó la frente—. ¡Perdón! Qué tonta soy, ¿su nombre real es Pia-Saggorath? —Miró a Mary, que asintió—. No sé, es una buena amiga mía, quizá me cuente por qué cojones se largó realmente.

Cthulhu se rio y su risa fue peor que su voz. Resonó ensordecedora dentro de la mente de cuantos estaban allí.

¿TE CREES MUY INTELIGENTE, HUMANA? NO LO HAS SIDO TANTO SI HAS CREÍDO QUE ERA BUENA IDEA VENIR A MI CLUB A SOLTAR TODAS ESAS MIERDAS. ¿QUE HE MATADO A HASTUR, DAGÓN Y AZATHOTH? Cthulhu lanzó una carcajada mucho más fuerte y quienes estaban en el club se taparon los oídos.

Fue inútil, porque la risa ya estaba dentro de sus cabezas. ¡ASÍ ES! Y JORDER, CÓMO LO HE DISFRUTADO. MATARÉ A TODOS Y SERÉ EL DIOS PRIMIGENIO SUPREMO. ¡EL DIOS SUPRIMIGENIO! BUENO, TEN-GO QUE TRABAJAR EN EL NOMBRE...

Cthulhu miró al ángel descarnado con una expresión que, si de nuevo tuviéramos al experto de la universidad de Miskatonic, habría podido traducir como: «¿Tienes algún problema conmigo?», a lo que el ángel descarnado habría respondido: «Hombre, unos cuantos. Así que ahora, si no le importa, voy a proceder a atacarle, ¿vale? Pero no es nada personal. Qué cojones, es totalmente personal».

La criatura se lanzó sobre el primigenio con intenciones reales de hacerle daño, y cualquiera sabe que lo que importa en esta vida es la intención, aunque esta se quede en un intento inútil y bastante ridículo. Cthulhu lo cazó al vuelo con su manaza, se lo llevó a la boca, oculta bajo los tentáculos, semejante a un bigote muy poblado, y se lo comió.

¡MIRA LO QUE HAS CONSEGUIDO, HUMANA ASQUEROSA! dijo Cthulhu mientras masticaba. ¡MIS PROPIOS SIERVOS SE VUELVEN EN MI CONTRA! ¡TE VOY A MATAR!

El primigenio se abalanzó sobre la detective mientras gritaba que iba a acabar con ella, que se iba a arrepentir de todo y que, una vez muerta, buscaría las siete bolas mágicas esas, la resucitaría y volvería a matarla. Dijo todo eso en el trayecto que había desde el reservado a la pista de baile. Úrsula se preparó para morir, porque para esas

cosas tenía mucho instinto. Cerró los ojos, se encogió como quien se prepara para que su madre le dé un chancletazo, se dispuso a escuchar sus huesos romperse, pero lo único que escuchó fue un fluuuuuuuuzzzzzzzzzz muy agudo. Cuando la detective abrió los ojos se encontró frente a frente con la descomunal cara del primigenio, lo que hizo que, comprensiblemente, se cayera de culo al suelo. La cabeza tenía algo distinto, algo que la detective no había apreciado hasta el momento: un agujero en la frente del tamaño de un balón de playa bien hinchado. Un agujero humeante a través del cual podía verse lo que había al otro lado. La detective miró a su alrededor, hasta que sus ojos se posaron en su hija, que apuntaba a la criatura con el rifle de lucecitas.

—Gracias —dijo Úrsula, a lo que añadió—: hija.

Mary sonrió, pero la sonrisa le duró poco. Los gules y los gugos las rodearon. Úrsula sacó su pistola, guardada en el interior de la gabardina, se le-vantó y se puso junto a su hija. Espalda contra espalda.

—¿Habías contado con esto, Mary?

La hija negó con la cabeza.

Uno de los gules se acercó al cadáver del primigenio y, para sorpresa de madre e hija, le dio una patada.

Luego se giró hacia las humanas, con los ojos llenos de lágrimas y les dijo:

—Gracias...

Úrsula y Mary se miraron confusas. Se relajaron y preguntaron al unísono:

—Perdón, ¿qué?

—¡Gracias! Este cabronazo nos tenía explotados. Llevamos décadas trabajando para él. No nos dejaba ir al

baño y... ¡nos hacía trabajar en Navidad! Ha-ce ya treinta años que no veo a mi familia. Creo que mi marido se ha casado con otro porque me daba por muerto. Gracias por librarnos de él. ¡GRACIAS!

El gul se echó a llorar y el resto hizo lo mismo.

—De nada, supongo —dijo Úrsula.

Miró a su hija, le hizo un gesto con la cabeza y se largaron de aquel antro.

En la calle, refrescadas por la brisa nocturna, madre e hija se sonrieron.

—Ha sido raro —confesó la detective.

—¿Ah, sí? No sé, para mí ha sido un día más en la oficina.

—¿Ahora te irás al futuro?

—Sí, tengo que ver cómo es mi tiempo sin ese calamar.



Se quedaron un momento en silencio, incómodas. Entonces Mary hinchó los carrillos y soltó una pedorreta que quería decir: «Bueno, pues parece que ya he acabado aquí. Voy a tener que ir haciendo un pensamiento». Le dio una palmada en el hombro a su madre y se alejó de ella un poco, porque la explosión cuántica para viajar en el tiempo podía ser peligrosa —y olía un poco a pedo—. Apretó una combinación de botones de su guante.

—¡Espera! —dijo Úrsula.

—¿Sí?

—¿Estás segura de que todo esto no provocará que no nazcas? Quiero decir... creo que quiero que eso no cambie.

Mary sonrió.

—Estoy segura...

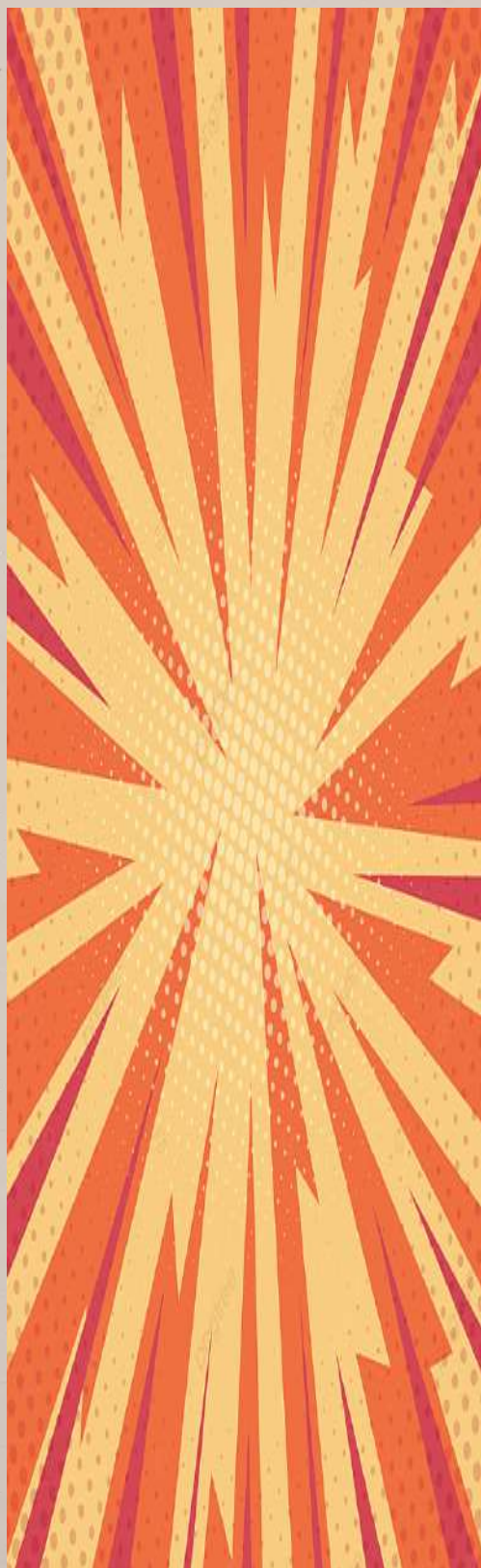
Pulsó un botón y se vio rodeada por un aura de luz.

—... mama.

Mary desapareció en una explosión luminosa, dejando a su madre sola en la calle, frente al club R'lyeh. La detective abrió mucho los ojos y resopló. No era un suspiro, quiero que quede claro que era un resoplido.

—¿Todo esto ha pasado de verdad o es producto de una pesadilla por esa puta leche agria? Qué locura. —Se subió las solapas de la gabardina y se alejó del club, negando con la cabeza. Se giró un momento para mirar el edificio y rio amargamente—. ¿Tres meses para resolver el caso? ¿En serio? Manda cojones.

— FIN Y ESAS COSAS QUE SE
SUELEN DECIR —

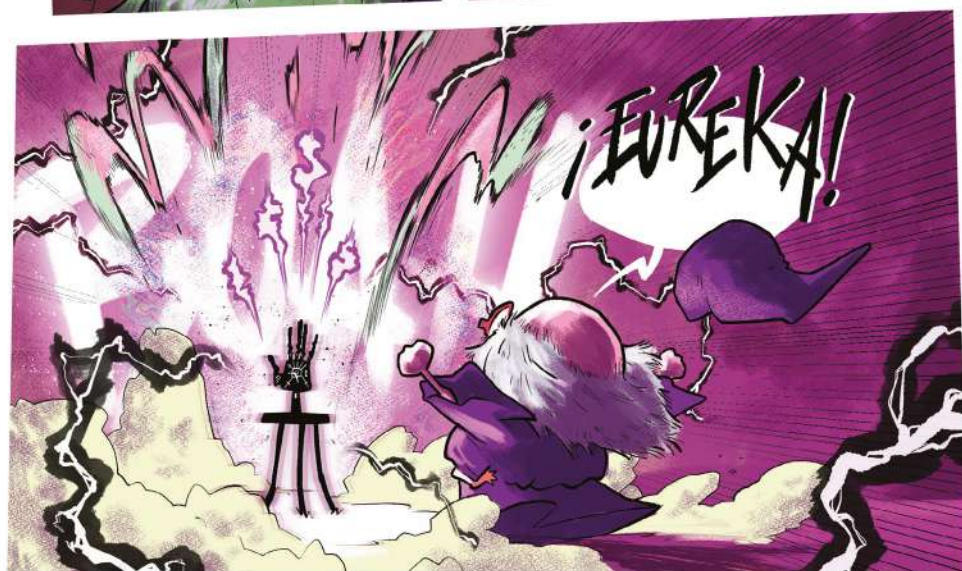




(Ordal, enero del 2000)

Lector y dibujante desde que tengo uso de razón, siempre he tenido claro que lo mío es contar historias. Después de salir del yugo del enseñanza convencional estudió en la Escola Joso para seguir haciendo lo que hacía de niño: leer, escribir y dibujar.

Ra-Ra-Rapanui











Con el corazón siempre dividido entre ciencias y letras, reparte su tiempo entre la consultoría informática y la escritura, y por culpa de ambas acaba pasándose la vida con un teclado en las manos y la cabeza en busca de soluciones imaginativas.

Ha participado en varias antologías de relatos, como Españapunk (Cazador), Érase otra vez... Entre Mundos y Orgullo Zombi 3, y en revistas como Generación Lectora y Droids & Druids. Engañó a la AEFCFT para ser seleccionada para la antología Visiones tres veces y a la revista Lite-entropía otras tres.

Le gusta creer que existe la magia en este mundo y cualquiera puede toparse con ella, y por eso su género favorito es la fantasía urbana. Sobre ella ha autopublicado varios relatos, como la antología Cara B: cuatro relatos descartados, o Huesitos de Santo para el alma.

Aficionada desde pequeña a los juegos de lógica, siempre le gustaron las historias de detectives. Pero no tiene ni idea de pájaros.

Fringilla coelebs



El hombre atravesó la puerta trasera de la oficina, la desconocida, la que daba directamente al despacho de Aquiles Pinzón, detective. Con la mirada perdida en el infinito, colgó el sombrero y la gabardina en la percha y se dejó caer en el cómodo sillón de cuero, que crujió con su peso. El pájaro sobre su hombro izquierdo voló rápidamente hasta situarse en el derecho, más cerca del aire fresco que entraba por la ventana.

—Demasiada envergadura, ya lo dije —enunció a la nada.

Pero no era la envergadura del cuerpo, ni la sed ni el hambre que tenía ya a esas horas, lo que le hacía sentir especialmente incómodo aquella tarde de abril, su mes favorito del año. No. Era esa vocecilla en su cabeza que, desde hacía un tiempo, estaba empeñada en susurrarle que quizá fuese siendo hora de retirarse. Que los tiempos que corrían ya no estaban hechos para él.

Y el barullo que se escuchaba en la sala de espera no ayudaba nada a calmar esa desazón.

Unos golpes en la puerta del despacho lo detuvieron justo cuando se disponía a buscar algún refrigerio que, si no sus entrañas, al me-

nos aplacase su estómago. Sin darle tiempo a contestar, Helena entró rápidamente y cerró la puerta a su espalda.

Helena llevaba trabajando con Aquiles toda la vida, desde que él empezó a tomarse en serio la investigación y ambos eran apenas unos adolescentes. Y, aunque Aquiles debía admitir que se había decidido a acercarse a ella solo por su nombre, el destino había querido que acabase siendo la cómplice perfecta.

Siempre sabía qué hacer y cómo hacerlo de la mejor manera posible: se encargaba de recopilar la información de los clientes con obsesiva atención al detalle, los mantenía a raya con firmeza cuando insistían en ver al detective en persona, y cumplía con infinita paciencia todos los caprichos y excentricidades de su jefe. Pero, sobre todo, Helena había sido la pieza clave para que pudiese convertirse en detective. Sin Helena, Aquiles Pinzón simplemente no existiría.

Por eso al detective le disgustó y le sorprendió en parte la cara, entre la preocupación y el enfado, con que Helena había irrumpido en el despacho. Solo en parte, porque su proverbial intuición ya llevaba rato advirtiéndole de que algo no marchaba bien.

Helena se acercó a su lado, haciendo vibrar el viejo suelo de madera con los tacones.

—Sabía que acabaría pasando algo así —le dijo, poniendo los ojos en blanco mientras le plantaba el

móvil delante de la cara.

En él se reproducía en bucle un vídeo en una conocida red social donde se veía al hombre de gabardina, sombrero y un pájaro en el hombro hablando con los que Aquiles reconoció como posibles testigos del Crimen de las Siete Esquinas. El caso que tenía entre manos, posiblemente el más complicado de su carrera. Sobre las imágenes, en tipografía muy sensacionalista, se leía: «El mejor detective de la ciudad... El más misterioso... Pinzón... PILLADO????».

A continuación, Helena puso otro vídeo de un chaval reaccionando a varias fotografías del hombre en distintos escenarios, con el subtítulo: «Descubrimos la identidad mejor guardada de las últimas décadas!!».

Aquiles resopló. Así que eso era.

—Te estás descuidando —le reprochó Helena.

—No me estoy descuidando —protestó—. ¿Cómo se supone que voy a evitar algo así en un caso tan mediático?

—¿Cómo llevas evitándolo treinta años?

—Hace treinta años era todo más fácil...

Eso. Eso era lo que la vocecilla en su cabeza intentaba decirle. Cuando empezó, todo era más fácil. No resultaba tan complicado pasar desapercibido, camuflarse entre la multitud. Con cambiar de portador cada varios meses solía ser suficiente para poder hablar con la gente sin que nadie supiera que

hablaba con un detective. Para que los periodistas creyesen que sabían quién era Aquiles Pinzón, y, de repente, ese Aquiles Pinzón hubiese desaparecido.

Pero, desde que había móviles, todo el mundo era periodista. Todo el mundo tenía demasiadas ansias de visualizaciones y seguidores a cualquier precio, y los cambios de portador se hacían necesarios con cada vez mayor frecuencia.

Y eso era incómodo para Aquiles, pero aún más para Helena. De ahí su enfado.

—Tengo la sala de espera llena de gente enseñándome vídeos como estos —le dijo, sacudiendo el móvil con saña.

El pájaro agachó un momento la cabeza y después levantó el vuelo, abandonando al hombre de gran envergadura. Este se desplomó sobre la mesa de madera con un golpe seco que crispó aún más los nervios de Helena y la hizo girarse, inquieta, hacia la puerta del despacho, como si temiera que la horda la echase abajo.

Aquiles se posó en el marco de la ventana y contempló la ciudad con nostalgia. Era apenas un polluelo cuando se dio cuenta de que había algo extraordinario en él, que no era como los demás pájaros. Investigar le resultaba sencillo, tenía un instinto natural para ello. Y, en el mismo momento en que descubrió al crío desgraciado que había tirado el nido de los vecinos, había decidido que emplearía sus capacidades en hacer el bien, en desenmascarar

criminales. Sería detective.

Sin embargo, para ser un detective de verdad y llegar hasta el fondo de ciertos asuntos, necesitaba hablar con las personas: entrevistar a los testigos, a los sospechosos e incluso a la policía. Y eso, para un pájaro, ya no era tan fácil.

Pero entonces había aparecido la joven Helena, que no se había asustado por que el pinzón que siempre cantaba junto a su ventana le hablase, y sus conocimientos —jamás cuestionados por Aquiles— sobre ciertas sustancias. Sustancias que habían conseguido potenciar las ya extraordinarias capacidades de Aquiles y tan solo a cambio de una ligera pérdida de memoria en los portadores, había llegado a poder controlar cuerpos humanos y hacerlos hablar para que pareciese que eran ellos el detective. Porque los testigos, los sospechosos, e incluso la policía, se suelen mostrar más dispuestos a hablar con otra persona que con un pájaro.

Especialmente si no se trata de una cotorra, un periquito o un exótico loro, sino de un pájaro tan vulgar como él. Y encima uno que, en lugar de repetir lo que le dicen los humanos como un disco rayado, se dedica a hacer preguntas incómodas.

—Quizá ya estamos mayores, Aquiles. —Helena se había sentado junto a él. En el cuenco de su mano traía unas pipas como ofrenda de amistad y su tono había pasado del enfado a la dulzura

—Quizá vaya siendo el momento

de retirarnos.

Aquiles refunfuñó con rabia. Aquello había funcionado. Había funcionado muy bien, durante muchos años. Se lo habían creído todos. Incluso se había permitido la gamberrada de pasear su verdadera identidad delante de todos en forma de apellido. Nadie, en todo este tiempo, se había percatado de la omnipresencia de un pájaro pinzón en todos los casos investigados por el detective Aquiles Pinzón.

En todos los casos investigados y resueltos. Que habían sido muchos. ¿Cómo iba a retirarse ahora? ¿Dejar sin resolver el Crimen de las Siete Esquinas? ¿El más complicado de su carrera? ¿Cómo iba a poder vivir el resto de su vida con esa espinita clavada que para él sería como un puñal?

Picoteó unas pipas de la mano de Helena y volvió a mirar la ciudad bajo sus patas, meditabundo. Era el mes de abril, su favorito del año, y, en las aceras, en los parques, los árboles recuperaban sus hojas y se cubrían de flores. Otros pájaros, más comunes que él, volvían para construir sus nidos: pronto empezaría un nuevo ciclo de cría.

Naturaleza fuera de la naturaleza. Naturaleza que se había hecho al asfalto, al ruido, a la contaminación. Cambiar para seguir viviendo. Adaptarse o morir.

—No.

Aquiles voló hasta el perchero, cogió el sombrero de detective y lo cargó con cierta dificultad hasta la ventana. Después, ante la mirada de curiosidad de Helena, lo dejó

caer sobre la ciudad. Su ciudad, en la que había nacido, la que lo había hecho quien era. Esa en la que llevaba tanto tiempo que había creído que ya no necesitaba adaptarse a nada nunca más.

—No —repitió con firmeza—. Todo el mundo tiene en la cabeza una idea del aspecto que debe tener el detective Aquiles Pinzón. También nosotros la teníamos. Una idea equivocada.

El pinzón picoteó un par de pipas más de la mano de Helena antes de pedirle, entusiasmado:

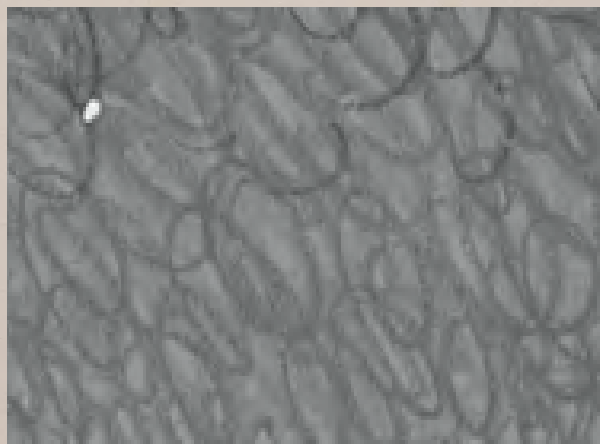
—Devuelve este a su casa y busca otro portador. O, mejor dicho, portadora. Y mejor aún si es joven. Y no descartemos cambiarnos a un despacho más moderno.

Helena abrió mucho los ojos, sorprendida, pero enseguida comprendió y asintió con la cabeza, sonriendo. Le dio una pipa a Aquiles y después cogió otra y se la acercó para chocarlas como si de un brindis se tratase.

—Por el nuevo detective Pinzón —dijo, antes de comérsela.

El pájaro guiñó un ojo y corrigió:

—Por la nueva detective Pinzón.







Rocío Stevenson Muñoz compagina su trabajo de profesora con la escritura. Tiene algunos poemas y relatos publicados en diversos libros antológicos (T.ERRORES, Una mirada al infierno, Orgullo zombi, Érase otra vez... Villanos, Dulce Hogar), revistas literarias (Quebrados, Revista Extrañas Noches, Opportunity, Mordedor) y antologías de certámenes literarios.

Tiene publicados un poemario: Cuando arrecie la tormenta y dos álbumes ilustrados: El elefante araña y Marte te necesita, mención de honor en el I Premio Internacional de Álbum Ilustrado Elia Barceló y publicado por la Editorial Premium.

Junto con Lucyna Adamczyk, ilustradora, ha coordinado las antologías Dentro de un agujero de gusano y Hay otros mundos y escrito el cómic «Cerebros. Ñam ñam» para la II Antología Orgullo Zombi.

Recientemente, han visto la luz el relato «Que viene El Coco» en la antología Esqueleto en el trastero, publicada por la Editorial Esqueleto Negro y «Una sombra color Carbón» en la antología Espiados, escrita a cuatro manos junto a Virginia Orive de la Rosa.

La antología solidaria La hermandad de la noche. Relatos de sangre y oscuridad, en la que se incluye su relato weird west «Rocky Salt Village» ha sido nominada a los premios Igotus 2021.



EL DETECTIVE EXTRAÑO EN LA LITERATURA

Mucho se ha discutido sobre a quién le corresponde el honor de ser el primer detective extraño. Algunos postulan que la distinción debería recaer sobre el Doctor K. de E.T.A. Hoffman, mientras que otros aseguran que el personaje que reúne todas las cualidades que definen al detective extraño no es otro que Martin Hesselius, de J. Sheridan Le Fanu. Sea como fuere, lo que es seguro es que el detective extraño no comenzó siendo detective, sino más habitualmente un doctor, un científico o, en ocasiones, ambos, como en el caso de Abraham Van

Helsing.

En la ficción moderna, el detective extraño asume una multiplicidad de espacios y roles y, aunque en muchas ocasiones su trabajo sí es el de detective, en otras transita otras esferas, como la del policía, el reportero, o incluso el mago. ¿Qué convierte entonces a estos personajes en detectives de lo oculto? Fundamentalmente, dos rasgos: un conocimiento especializado de las fuerzas sobrenaturales y la capacidad de utilizar esos conocimientos para la resolución de aquellos casos a los que se enfrentan.

Así pues, teniendo en cuenta el enorme desarrollo que la figura del detective extraño ha experimentado a lo largo de los siglos, catapultado primero mediante las revistas pulp, sobre todo por la clásica «Weird Tales», y más recientemente en las novelas e historias de fantasía urbana, este artículo no pretende ser un estudio exhaustivo de su cronología que sería enormemente farragoso, sino solo ofrecer algunas pinceladas de los detectives extraños más famosos en la literatura.

Ya hemos mencionado con anterioridad al **Dr. Martin Hesselius**, quien hizo su primera aparición en 1872 con *In a Glass Darkly*¹ de la mano de su autor Joseph Sheridan Le Fanu. La obra recoge cinco relatos, algunos lo suficientemente largos para ser considerados novelas cortas, entre los que destaca «Carmilla». Todos tienen como hilo conductor la narración del Dr. Hesselius, investigador de lo paranormal especializado en metafísica y que refiere estos casos a modo de anécdotas.



¹ Traducido al español generalmente como *En un cristal oscuro*. En España, las cinco historias protagonizadas por Hesselius han sido publicadas por Valdemar en: *Los archivos del doctor Hesselius* y *La habitación del dragón volador*.



El más conocido, quizá, de los primeros detectives extraños es el **Dr. Abraham Van Helsing**, que aparece en la novela *Drácula*, de Bram Stoker, en 1897 para diagnosticar y curar el mal que azota a Lucy West- enra. Cazador de vampiros, poseedor de un gran número de doctorados y titulaciones universitarias, Van Helsing representa al verdadero polímota, versado en casi cualquier disciplina y con una mente lo suficientemente abierta como para no descartar lo sobrenatural.

Flaxman Low, personaje creado por E. and H. Heron, seudónimos de Kate Prichard y de su hijo, Hesketh Prichard, apareció por vez primera en *Pearson's Magazine*, en 1898². Hoy considerado el primer detective extraño auténtico, Flaxman está especializado en la investigación de misterios sobrenaturales, con dedicación exclusiva a ello. A pesar de no poseer poderes psíquicos, el personaje cuenta con un conocimiento extenso de lo oculto y su capacidad analítica ha sido frecuentemente comparada con la de Sherlock Holmes.



² Las doce historias que protagoniza Flaxman Low están recogidas en la obra: *Ghosts Being the Experiences of Flaxman Low*, publicada por numerosas editoriales.

En el caso del **Dr. John Silence**, de Algernon Blackwood, que hizo su aparición en 1908 en la colección de relatos *John Silence: Physician Extraordinary*³ sí contamos con un detective extraño con verdaderos poderes psíquicos —es capaz de comunicarse telepáticamente, de desplazarse dentro del plano astral y de protegerse de ataques paranormales—, adquiridos tras cinco largos años de entrenamiento físico, mental y espiritual.



³ En España disponemos de la magnífica *John Silence*: investigador de lo oculto, publicada por la editorial Valdemar y con prólogo de Jesús Palacios.



Thomas Carnacki, de William Hope Hodgson, es el protagonista de una serie de aventuras publicadas inicialmente en las revistas *The Idler* y *The New Magazine* entre 1910 y 1912 y recogidas posteriormente en *Carnacki, the Ghost-Finder*, en 1913.⁴ En la línea de Flaxman Low, Carnacki es una especie de Sherlock Holmes que no teme aventurarse en la esfera de lo sobrenatural. Sin descartar el conocimiento científico, Carnacki no duda en hacer uso de instrumentos mágicos y de rituales arcanos entre los que destacan su pentáculo eléctrico, el manuscrito Sigsand, que emplea para protegerse de las influencias paranormales, o el ritual Saaamaaa.

⁴ Las aventuras de Carnacki han sido recopiladas por Valdemar en: *Carnacki, el cazador de fantasmas*. También resulta interesante la antología publicada en inglés en 2013, con nuevas aventuras del personaje escritas por doce autores bajo el título de *Carnacki: The New Adventures*.

Aylmer Vance, personaje creado por Alice y Claude Askew en 1914 y que apareció en varios relatos en la revista *The Weekly Tale-Teller*, recogidos en *Aylmer Vance: Ghost-seer* en 1998, sigue también la línea holmesiana, aunque en su caso, cuenta con la ayuda de su colega Dexter, un abogado con habilidades clarividentes.

En 1920 surgió la primera detective extraña femenina: **Shiela Creer**, de la pluma de Ella M. Scrymour. Protagonizó una serie de relatos que se publicaron en *The Blue Magazine* y que fueron recopilados mucho tiempo después, en el año 2006, bajo el título de: *Shiela Creer, Psychic Investigator*.

THE ADVENTURES OF SHIELA CRERAR, PSYCHIC DETECTIVE



ELLA M. SCRYMSOUR

A la estela de Shiela, nació **Luna Bartendale**, detective de lo sobrenatural y adivina que protagonizó la novela *The Undying Monster: A Tale of the Fifth Dimension*, escrita por Jessie Douglas Kerruish.

La lista de detectives extraños es extensísima y daría para llenar muchas páginas, así que cerraremos mencionando brevemente a **Jules Grandin**, de Seabury Quinn, **John Thunstone**, de Manly Wade Wellman, **Steve Harrison**, de Robert E.

Howard, **Dr. Alex Caspian**, de John Burke, **Dr. Owen Orient**, de Frank Lauria, **Lucius Leffing**, de Joseph Payne Brennan y los más actuales **Dirk Gently**, de Douglas Adams, **Miss Penelope Pettiweather**, de Jessica Amanda Salmonson, **Anita Blake**, de Laurell K. Hamilton, **Harry Dresden**, de Jim Butcher y **Lord Darcy**, de Randall Garrett.





Sombra que hurga en el doble fondo de la noche, en busca de palabras que profetizan los vértigos e incertidumbres del ocaso. Con ellas compone relatos que, tras escapar a través de las grietas de su escasa cordura, han acabado publicados en antologías como *Tales of Deception* (Ficción 140, 2015), *La última noche, la primera palabra* (Torremozas, 2015), *Cuerpos rotos* (Bitácora de Vuelos, 2017), *Melodías infernales* (Saco de Huesos, 2019), *Visiones 2019* (AEFCFT, 2020), *Reclusión* (Pulpture, 2020), *El despertar de las momias* (Saco de Huesos, 2021) y *Pánico* (La Imprenta, 2021). También ha publicado cuentos en revistas de género fantástico, como *Penumbria*, *Círculo de Lovecraft*, *miNatura*, *Entre Lusco y Fusco* y *Mordedor*.

Expediente Torres

Llovía. No ha dejado de hacerlo desde entonces, cada noche, en cuanto cierro los ojos y un rostro pálido escudriña mi interior, como quien se asoma a una casa que no es suya, esforzándose por mirar a través de unos cristales empañados.

Callé mucho en el informe sobre los hechos insólitos de aquellas semanas de marzo de 1984. ¿Me hubieran creído mis superiores? Los recuerdos siguen atormentándome desde el reflejo de unos charcos que no he dejado de sortear, sin encontrar nunca el modo de resguardarme de ellos.

Iba a ser una operación sin precedentes. Había pasado meses ganándome la confianza de los pequeños rateros del núcleo marginal de la Quinta Julieta. Gracias a sus soplos delimitamos el área más conflictiva del asentamiento y pudimos averiguar en qué casas se escondía el peligroso clan de los Tabares. Durante semanas observé los movimientos del suburbio, calladamente, sin llamar la atención. Me bastó con vigilar las entradas y salidas desde el otro lado del canal que atravesaba



la zona y que actuaba como línea divisoria entre nuestro mundo de orden y aquel universo regido por su propia ley.

El miércoles siete de marzo, a las ocho de la mañana, bajo una lluvia torrencial, di la señal. Cada miembro del operativo sabía adónde debía dirigirse y cuál era su cometido. Noche tras noche, aún sigo contemplándome como aquel día, reflejado en un charco que difumina mi rostro mientras, temblando a causa de los nervios, del frío y de la lluvia, pronunciaba por radio la palabra clave: «Niebla», el nombre elegido al azar para iniciar la operación. Nunca supe quién la había bautizado así ni por qué, pero acertó completamente. Invoqué a la niebla y el infierno abrió sus fauces ante nosotros para liberar una bruma que había estado agazapada bajo las sombras, preparada para dinamitar mi razón.

Amparados por la sorpresa, derribamos puertas, irrumpimos en las casas y detuvimos a hombres adormilados, entre gritos de mujeres y llantos de niños. Sin embargo, algunos miembros jóvenes del clan, los más peligrosos, lograron escapar por los tejados. Se reunieron desconcertados y se refugiaron en un barracón que cerraba una pequeña plaza. Desde allí nos hicieron frente a tiros, aullando desesperados, como si fuera posible vencernos a base de maldiciones.

Aunque el estrépito de la tromba de agua sobre el tejado de uralita nos impedía escucharles con clari-

dad, pasado el alboroto inicial, comenzaron a oírse también quejidos de mujeres. ¿Qué escondía aquella casucha destartada? Nadie nos había hablado de ella ni aparecía en los planos del barrio. Había previsto la posibilidad de un enfrentamiento con un grupo de atrincherados, pero no acompañados de rehenes.

Por un momento, el plan amenazó con ahogarse bajo el lodazal que inundaba toda la barriada. Ordené que rodearan el barracón y, mientras mis hombres respondían por delante a los disparos de los fugados, un par de agentes, con solo dos empujones de ariete, tiraron abajo parte del desvencijado muro trasero y redujeron a los tiradores.

Todo había terminado. Al desfile de furgones cargados de detenidos siguió otro de coches patrulla con los maleteros repletos del material requisado: pistolas, cuchillos, fajos de dinero y cantidades ingentes de marihuana y heroína, listas para su venta.

El pitido de la radio me sacó del trance en el que me había sumido el final de la operación: me necesitaban en el barracón. Al acercarme observé que era más grande de lo que me había parecido durante los tensos minutos de la refriega. Dos de mis hombres se afanaban por impedir que un grupo de mujeres accediera al recinto. Al verme, algunas de ellas se abalanzaron sobre mí, agarrándome, suplicando que no nos la lleváramos. ¿A qué se referían?

Me las quité de encima a empujones y conseguí entrar en la casucha. A la escasa luz que se colaba por el hueco abierto en la pared derribada contemplé el caos que se extendía en su interior. A un lado, sobre el suelo de tierra se amontonaban colchones mugrientos manchados de sangre, jeringuillas usadas, colillas, botellas rotas, un basurero de miserias humanas. Sentados sobre los cascotes del muro, dos yonquis de mirada perdida sonreían ajenos a nuestra presencia. En el otro extremo, varios agentes hacían fotos y uno de ellos me hizo una seña para que me acercara.

Media docena de sillas de enea actuaban como barrera para contener el avance de la marea de desperdicios. Un espacio limpio se extendía frente a ellas, cubierto por una alfombra rodeada de jarrones de flores frescas. Ninguno de los agentes había traspasado la frontera entre aquellas dos realidades que compartían las mismas cuatro paredes. Como ellos, quedé hechizado por lo que mi razón se negaba a admitir, aunque mis ojos no dudaran de la verdad de lo que estaban contemplando. El cielo frente al infierno.

Un camastro ocupaba el centro de la alfombra y sobre él, con la espalda apoyada contra almohadones pegados a la pared, una mujer joven miraba al infinito.

Me estremecieron tanto su quietud como su serena belleza. Estaba muy delgada, pero lo que más me impresionó fue su larga cabellera

rubia, casi albina, y también sus ojos, de un azul tan intenso que parecían iluminar por sí mismos su rostro pálido y perfecto. Era probablemente la mujer más hermosa que habíamos visto todos los que, en ese momento, la contemplábamos callados, rendidos a la majestad de su presencia. Vestía una túnica de raso blanco, sin adornos ni joyas, que solo dejaba al descubierto sus pies descalzos.

A su alrededor, invadiendo toda la pared, una profusión de estampas de vírgenes y santos despejaba todas las dudas sobre qué era lo que se alzaba ante nosotros. Se trataba de un altar consagrado a aquella frágil diosa de carne y hueso.

La contemplé un momento. No pestañeaba ni su pecho se movía. ¿Respiraba? Nadie se había atrevido a comprobarlo y también a mí me costó acercarme a ella, a causa de una mezcla de pudor y respeto, temeroso de que mi torpeza desbaratar la magia que desprendía. No quise reconocer esa debilidad ante mis hombres, así que, al fin, tras profanar la limpieza de la alfombra con mis botas cargadas de barro, coloqué dos dedos bajo su mentón y le presioné levemente el cuello.

Nada. Ni una sola pulsación. Accioné la radio y pedí que avisaran al forense. ¿Cuánto tiempo llevaría muerta? Por su aspecto, no podía ser mucho, acaso unas horas nada más. Tomé una de sus manos; estaba tan fría como la lluvia que seguía azotando la mañana. Sin embargo, su tacto me quemó por

dentro al sentir que uno de sus dedos acariciaba mi piel. Solo duró un segundo, eterno. ¿Me había dejado llevar por mi imaginación o había sido un último reflejo antes del rigor mortis?

Pregunté por ella a las mujeres congregadas. Desconocían el nombre de la joven. Habían comenzado a verla unos meses atrás, recorriendo la barriada por las noches, como una sombra, sucia y hablando incoherencias. La tomaron por una yonqui más en busca de su ración de veneno, y nadie le prestó atención. Hasta que uno de los despojos humanos que solían refugiarse en el almacén abandonado despertó una mañana a los vecinos de la plaza con sus gritos. ¡Podía ver! Llevaba ciego mucho tiempo y aquella chica le había puesto una mano sobre los ojos y le había devuelto la vista.

Varias mujeres se hicieron cargo del muchacho, mientras otras entraban recelosas en la casucha. Allí la encontraron, consumida, devorada por cucarachas y piojos, acurrucada entre otros infelices, pero tranquila, en paz. Era tan bonita que no pudieron abandonarla. La limpiaron, la vistieron con ropas nuevas y la obligaron a comer.

Algunas viudas intentaron hacerse cargo de ella, llevándosela a sus casas, pero cada noche regresaba a su rincón de la barraca. Comprendieron que ese era su lugar y decentaron un espacio para que, al menos, malviviera más cómoda.

La fama de su milagro se exten-

dió por el barrio y algunas mujeres comenzaron a visitarla, a rezarle, a pedirle favores. Desde entonces la velaban por turnos. Era la majarí de Quinta Julieta, la santa que Dios les había enviado.

Negaron que estuviera muerta. Estaba cansada, solo eso. Lo sabían bien, pues eran ellas quienes la cuidaban, la lavaban, quienes seguían cortándole el pelo y las uñas, las que recibían el regalo de su dulce mirada.

Nos enfrentábamos a un caso de alucinación colectiva que había estado a punto de afectarme a mí también. ¿Cómo podía transmitir un cadáver una ilusión de existencia tan vívida? A no ser que esas mujeres tuvieran parte de razón en sus fantasías y el fallecimiento se acabara de producir.

Llegó el forense. El doctor Luesma fue tan rápido como acostumbraba: certificó la muerte, ordenó que trasladaran el cuerpo al Instituto Anatómico Forense y se marchó.

Abandoné el barrio tras él, aterido por la humedad, el frío y la sensación de abismo que había precipitado el roce de la yonqui sobre mi piel.

*

Pasé el resto de la mañana en la comisaría, al tanto de la identificación y el fichaje de los detenidos antes de que fueran enviados a declarar ante el juez que había coordinado toda la operación.

Por la tarde, me acerqué al Bastero

Lerga, el instituto anatómico forense, donde esperaba que el doctor Luesma hubiera terminado la autopsia de la muchacha. No conseguía quitármela de la cabeza y necesitaba saber más sobre ella.

Lo encontré a punto de marcharse y, a pesar de que la lluvia que seguía anegando las calles no invitaba al paseo, aceptó mi propuesta para charlar en un lugar tranquilo. Nos dirigimos al cercano Café de Levante. A esa hora aún no habían comenzado las tertulias, lo que nos permitió sentarnos en una mesa apartada, a salvo de oídos indiscretos.

Me preguntó si seguía de servicio. Mi negación le animó a llamar al camarero y, sin consultarme, le pidió dos brandis. Permanecimos en silencio hasta que nos fueron servidos. Probé el mío; el calor me reconfortó por dentro y me envalentonó para interrogar al médico sin reparos sobre el contenido de su informe. Su respuesta me hizo apurar de un trago el resto del licor y él me imitó.

No había informe. No había cadáver. Le exigí explicaciones, pero calló. Hizo una seña al camarero para que nos trajera otras dos copas e inició el relato de lo que había descubierto en la sala de autopsias.

Impresionado por su belleza, había ordenado que la joven no pasara por las manos de ningún auxiliar. Quería prepararla él mismo para el examen. Tras buscar indicios en sus ropas, la despojó de ellas y lo primero que constató fue que se

trataba de un hombre joven cuyos genitales habían sido torpemente mutilados. Sin embargo, también poseía unos pechos femeninos que le desconcertaron, pues no escondían implante alguno ni parecían haberse desarrollado a causa de una terapia hormonal.

Pero todavía le aguardaba una sorpresa mayor. Dio la vuelta al cuerpo y el estupor le impidió comprender, en un primer momento, qué era lo que ocultaba su espalda. Dos extraños muñones a la altura de los omóplatos mostraban restos de hueso y de un tipo de membrana dérmica, casi transparente, que no había visto jamás en ningún ser vivo. Surgía del interior del hueso y en ambas protuberancias estaba rasgada. El borde del corte hacía pensar en un tejido más extenso que había sido arrancado.

Volvió a girar a la joven para observar su rostro. La intensidad de su mirada azul, impropia de una mujer muerta, infundía una paz que acentuaba el horror que suscitaba la contemplación de su cuerpo mutilado.

Mientras su mente se debatía en decenas de hipótesis sobre la naturaleza del ser maravilloso que se disponía a diseccionar, ocurrió algo inconcebible. Fue uno solo de sus ojos, el izquierdo. Parpadeó. Creyendo que era obra de su imaginación, fijó su vista en ella. Sucedió una vez más y ya no tuvo ninguna duda: acababa de parpadear.

Iluminó sus pupilas con una linterna y ambas reaccionaron. En

una muerte reciente aquello no era imposible, pero habían pasado demasiadas horas desde el levantamiento del cadáver. La falta de rigidez de los miembros tampoco era normal. Comprobó la temperatura: 29°, demasiado baja para la vida, pero demasiado alta para una fallecida que llevaba más de cinco horas en el depósito.

Le tomó el pulso, la tensión, escuchó su corazón con un fonendoscopio, realizó todo tipo de pruebas. No percibió signos vitales, pero tampoco los fenómenos cadavéricos que tenían que haber comenzado a manifestarse, como la lividez de la piel o la deshidratación de las mucosas.

Intrigado, recurrió a un electroencefalograma. Aplicó los electrodos al cuerpo y examinó perplejo el resultado. Las leves ondas registradas indicaban la existencia de actividad cerebral. ¡No podía estar viva! Nunca se había equivocado al certificar una muerte. O eso creía.

Conectó un monitor cardíaco a los electrodos que ya estaban adheridos a la mujer y observó la pantalla. Tras exactamente cuatro minutos, el aparato registró un latido. Y, pasados cuatro más, otro.

Aceptando lo inaceptable, aplicó las placas de un desfibrilador sobre su tórax. La primera descarga no tuvo efecto sobre el corazón, pero la segunda, lo reanimó.

La joven movió la cabeza de derecha a izquierda, observando despacio, como si se preguntara dónde estaba. Se irguió, se bajó de la cami-

lla y, tambaleándose, se dirigió a la puerta de la sala. Luesma se quitó la bata y corrió a cubrirla con ella.

La resucitada intentó marcharse, pero el médico se lo impidió. No consiguió que respondiera a sus preguntas y la obligó a acostarse de nuevo hasta que llegara la ambulancia que había pedido a gritos.



Tomó sus manos para tranquilizarla y entonces se fijó en que sus dedos carecían de huellas dactilares, no por la acción de quemaduras o cirugía, simplemente, no tenía.

No la dejó sola cuando apareció el personal de la unidad de emergencias. La acompañó al Hospital Provincial, donde quedó ingresada en la Unidad de Cuidados Intensivos y regresó a su despacho para reflexionar sobre los hechos inauditos que acababan de suceder. Pero no fue capaz de encontrar la lógica que necesitaba para redactar un informe.

No tuvo respuesta para ninguna de mis preguntas. ¿Era hombre o mujer? ¿Cuántos años tenía? ¿Corría peligro su vida?

Su vida. Después de tantos años de profesión, esa tarde se había enfrentado por primera vez a su ignorancia sobre la muerte. Me confió la locura que había pasado por su mente al examinarla. Aquellos muñones se asemejaban a los restos de dos alas arrancadas a tirones. La mutilación de sus genitales masculinos también parecía violenta.

Le hice notar que ambos nos referíamos a ella en femenino, pero ¿qué era realmente? ¿Hermafrodita? Me habló de casos documentados de personas con características cromosómicas de mujer y, a la vez, genitales de apariencia masculina. Se necesitarían muchos exámenes genéticos para determinar su verdadera naturaleza.

En cuanto a su supervivencia, a

pesar de la aparente inactividad de su organismo, tampoco tenía una explicación coherente. Nunca había creído en las supercherías de la medicina hindú, que admitía como reales los casos de letargo vital que se habían descrito en algunos santones. Tal vez estábamos ante el mismo tipo de fenómeno.

A la pregunta de cuánto tendría que esperar para interrogarla, me contestó con silencio. Al fin, me sorprendió con una prohibición. No debía molestarla; cualquier alteración podría echar por tierra su recuperación, que preveía larga.

En ese momento, dimos por finalizada la charla y nos despedimos. Seguía lloviendo y, ya en la calle, antes de separarnos, me pidió un favor. En el registro de entrega del cuerpo no constaba el nombre de la mujer. ¿Podía averiguarlo? Le aseguré que iba a intentar descubrir quién era, pero sería difícil. Las gitanas solo se habían referido a ella como la majarí, la santa, la obradora de milagros. No sabía por dónde empezar.

El médico se cubrió con la capucha de su impermeable y se alejó en la oscuridad, mientras el agua que escurría mi rostro aplastaba la incredulidad que pugnaba por gobernar mi razón bajo el peso de unos hechos ciertos imposibles de ignorar.

*

Ya era muy tarde cuando llegué a mi casa. Tras separarme de Luesma

había regresado a la comisaría para revisar el archivo de desaparecidos. Eran muchos los casos sin resolver, algunos bastante antiguos, y pasé más de dos horas descartando candidatos. Ninguno de ellos, hombre o mujer, niño o niña, encajaba con la apariencia de la muchacha de Quinta Julieta.

El piso estaba tan helado como yo y me acosté tiritando. Las imágenes del día se repetían en mi mente. La redada, el tiroteo... ella. Constantemente, ella. Su rostro flotaba ante mis ojos cerrados, estudiándome, revolviendo mis pensamientos. La dulzura de su mirada infundía la paz que había estado anhelando, sin saberlo, durante toda mi vida. Al encontrarla había comprendido que la búsqueda había terminado. Al fin estábamos juntos.

Incapaz de resistirme a su escrutinio, la invité a penetrar en mi interior. Estaba preparado para fundirme con ella. Y ella avanzó hacia mí.

Un grito la detuvo y desapareció. Era el teléfono. Había estado soñando. Descolgué el aparato y me costó entender lo que un agente de la comisaría trataba de comunicarme: la mujer ingresada en el Hospital Provincial había desaparecido.

Estaba demasiado agotado para atravesar la ciudad conduciendo. Pedí que una patrulla viniera a recogerme y me preparé para volver a salir bajo la lluvia que seguía sin darme una tregua.

Una monja me esperaba a la entrada del hospital. Me acompañó al despacho del responsable mé-

dico de guardia, quien me relató lo poco que sabía. La paciente no había respondido al tratamiento de choque suministrado para estabilizar sus constantes vitales, por lo que la habían conectado a un respirador artificial, además de a varios aparatos para vigilar su evolución. Era imposible que ella sola hubiera podido desconectar las máquinas sin activar su alarma. Sin embargo, se había desprendido de ellas y las había apagado antes de abandonar el recinto, sin que nadie la viera salir de la UCI.

¿Podía permanecer escondida en otra sala? Imposible, fue su respuesta. Él mismo había dirigido una batida por todo el hospital, sin éxito. No era un gran edificio para esa clase de establecimiento y le creí. Antes de irme le pregunté si habían conseguido que hablara, si habían descubierto algo sobre ella, su nombre, de dónde venía. No, había permanecido inconsciente hasta que algo la había despertado, provocando su huida, tal como iba, vestida únicamente con el camisón que le habían puesto las monjas al ingresar en Urgencias. A no ser que alguien se la hubiera llevado sin ser visto, aprovechando la falta de vigilancia a esas horas de la noche.

Abandoné el hospital. Fuera me esperaba todavía el coche patrulla. Recorrimos las calles próximas, pero no encontramos rastro de la joven.

Pasé por la comisaría y me hice cargo de la denuncia. Yo me encargaría de la investigación. La opera-

ción Niebla había terminado y los informes pendientes podían ser redactados por los subinspectores.

Aunque sabía que no podría dormir, regresé a casa y me acosté. La esperé toda la noche, en vano. No regresó.

Por la mañana, localicé a varios de mis soplones habituales y les pedí que abrieran los ojos y los oídos ante cualquier indicio que pudiera conducir a la paciente fugada. Después me dirigí, de nuevo bajo un fuerte aguacero, a Quinta Julietta. Estaba seguro de que las gitanas sabían mucho más.

Aparqué el coche antes de llegar al canal y, armado esta vez solo con un paraguas, recorrí las calles desiertas del poblado, convertidas por la lluvia en un cenagal. Un perro empapado se unió a mi deambular silencioso, ajustando su paso al mío.

Llegamos a la plaza y me detuve a contemplar el barracón. La fachada acribillada era el único vestigio de la acción policial de la mañana anterior. El perro ladró y se internó por una calle paralela. Fui tras él, sorteando los charcos, que eran allí más hondos, como un presagio del abismo que unos momentos después iba a abrirse ante mí.

El animal entró en una vivienda con la puerta abierta de par en par. Sin pensarlo, le seguí y accedí a un recibidor oscuro. Cuando me acostumbré a la penumbra, distinguí al perro, que me aguardaba delante de una habitación apenas iluminada. Al acercarme, una voz de mu-

jer me invitó a pasar y así lo hice, junto a mi guía, que se dirigió a un rincón y se echó sobre una manta deshilachada.

La anciana más arrugada que había visto jamás, sentada en una mecedora, me observaba con una sonrisa. Me esperaba. Desde el día anterior, sabía que regresaría. Me había visto en la plaza y había detectado algo diferente en mi mirada, algo que no mostraban otros payos: duda. Me senté junto a ella en una banqueta y le pedí que me contara todo lo que supiera de la majarí. Antes me preguntó por ella y, tras meditar sobre su desaparición, accedió a hablar, tras hacerme prometer que la encontraría.

Apareció en otoño, con la recolecta del escaramujo. Ella prefería salir a recogerlo durante las noches de luna, pues su luz directa sobre los frutos intensifica su sabor. Fue así como tropezó con ella en un pinar de los que rodeaban el barrio. Le llamó la atención su larga cabellera albina, de princesa, y, aunque en un primer momento no distinguió qué tipo de ser era, sí advirtió su estampa de espíritu malherido. Se apiadó de la hermosa criatura y le ofreció ayuda, pero ella la rechazó en silencio.

A la noche siguiente, volvió a hallarla en el mismo lugar, dormida bajo unas grandes matas de tomillo. La examinó y descubrió unas heridas infectadas en la espalda y en sus partes íntimas, que limpió con agua de rosas y sobre las que aplicó extracto de aloe vera. Re-

gresó durante el día, pero no la encontró. Sin embargo, al anochecer, la descubrió temblando, devorada por la fiebre, muy cerca de la barrada. Consiguió que la acompañara a su casa y la cuidó durante una semana.

Una noche se marchó. Sin despedirse. Pero le regaló algo: por la mañana, su hijo fue contratado como mozo de almacén en la harinera del barrio de San José, una colocación impensable para un gitano de Quinta Julieta. Y ella intuyó a quién se lo debía.

Descubrió que se había refugiado en un antiguo almacén. Allí, entre los desgraciados que dependían de las malditas drogas que habían malogrado el barrio, encontró su lugar. Nunca salía de día, solo por las noches se la podía ver paseando entre las sombras, donde únicamente los seres como ella encuentran consuelo.

Poco a poco, se fue apagando y, aunque era evidente que había renunciado a la existencia entre los vivos, la ley de la hospitalidad, sagrada para los gitanos, animó a un grupo de mujeres a organizarse para cuidarla y velarla. A cambio, la vida de sus familias comenzó a mejorar. Trabajos, buenos maridos para las hijas, mejores jornales y escuelas para los pequeños. Todo se lo debían a su santa, su majarí. Hasta que los payos se la llevaron, ¿qué iba a ser ahora de su espíritu, perdido entre la vida y la muerte?

Me explicó que ella, su pequeña santa, como se habían acostumbra-

do a llamarla, aun sabiendo bien que no lo era, pertenecía al mundo de la oscuridad. Cometió la torpeza de creerse invulnerable y fue aplastada por un odio salvaje contra lo incomprensible, que le extirpó su esencia, lo más valioso que poseía y que jamás podría recuperar. La pérdida la sumió en una apatía semejante a la de los yonquis, entre los que encontró un sentimiento lo más parecido a la hermandad que una criatura como ella podía experimentar. Dejó que las mujeres la cuidaran mientras escuchaba sus rezos y sus anhelos. Su espíritu conectó con ellas. Comenzó a salir por las noches, venciendo el miedo, y aquello que tanto deseaban sus cuidadoras empezó a hacerse realidad, un lugar en el que vivir en paz. Y se extendió la fama de sus milagros.

Recordé las extrañas protuberancias de su espalda, descritas por el forense, y, al hilo de todo lo que acababa de escuchar, me asaltó una idea. Las criaturas fantásticas que pueblan los cuentos infantiles, ¿son un reflejo de seres que nos negamos a comprender? ¿Hadas, magos, duendes?

La anciana calló y creí percibir un destello de piedad en sus ojos. Me despidió rogándome que hiciera todo lo posible por encontrar a su majarí. Estaba perdida en mi mundo y solo yo podría ayudarla.

*

Abandoné el barrio sumido en

pensamientos contradictorios. La razón me obligaba a desechar las fantasías de aquella mujer, seguramente senil. Pero, por otro lado, sus explicaciones encajaban dentro de la irrealidad que envolvía al fantasma que había traspasado mi ser. La confusión me atormentaba hasta un vértigo que era incapaz de soportar.

Volví a la comisaria. No había recibido ningún mensaje de los chivatos, lo que significaba que no se ocultaba en los barrios marginales de la ciudad. Sin

saber por dónde seguir, recordé de repente una hipótesis que había escuchado en el hospital. Podían habérsela llevado.

Un nombre me vino a la cabeza: Luesma. El forense había quedado tan impresionado como yo por la insólita criatura que había devuelto a la vida. Y conocía perfectamente cada rincón del hospital, por lo que podía haber entrado y salido con ella sin ser visto.

Corrí al instituto para interrogarlo, pero el conserje me informó de que estaba en casa, enfermo. Repasé mentalmente lo que sabía sobre él. Viudo, con un hijo adolescente, vivía en una parcela de la Ciudad Jardín.

Desde una cabina telefónica, llamé a la comisaría para que averiguaran su dirección. La anoté y me dirigí hacia allí en mi coche.

Encontré la casa enseguida y pude aparcar muy cerca. Se trataba de un chalet de dos plantas, con jardín y un patio cerrado en la parte trase-

ra, como muchos otros, levantado entre las humildes viviendas de los obreros que idearon el barrio. Me acerqué y lo contemplé bajo la lluvia que seguía constituyendo, implacable, el telón de fondo que desdibujaba en mi mente la realidad de los acontecimientos que me turbaban desde el día anterior.

Mientras intentaba encontrar una excusa que justificara mi visita sin despertar sospechas, un muchacho desgarrado y de pelo largo, con libros bajo el brazo, se paró junto a mí. Abrió la verja de entrada con su llave y me preguntó si quería algo.

Me identifiqué y le pedí que avisara al doctor Luesma. Tras confirmarme que su padre estaba en casa, me invitó a esperar en una sala de la planta baja, mientras él corría escaleras arriba. Al momento, bajó el médico.

No pareció sorprendido por mi visita ni mostró reacción alguna cuando le informé sobre la desaparición de la joven. Solo comentó que la impresión por todo lo sucedido en la sala de disección le había impedido dormir, por lo que no se había sentido capaz de acudir al instituto. En el café ya me había relatado todo lo que recordaba y no podía aportarme más datos para la investigación.

La capacidad de observación que había desarrollado tras tantos años de interrogatorios me confirmó que el forense mentía. Además, su falta de sorpresa al conocer la desaparición de la chica no era normal. Sabía más.

Me despedí de él y salí de la casa. En el jardín de la entrada, antes de salir a la calle, un presentimiento me indujo a mirar atrás. El hijo del médico me miraba desde una ventana de otra habitación de la planta baja. Me acerqué y lo contemplé durante un instante. Se había recogido el pelo, negro como el azabache, en una coleta, lo que me permitió advertir que la sensación de tristeza que transmitía no se debía solo a las gotas de lluvia que resbalan sobre el reflejo de su rostro en el cristal, como lágrimas liberadas por la otra cara de un espejo tal vez más vivo que él mismo.

¿Trataba de decirme algo? Así parecía asegurármelo una mirada profunda, directa y limpia, solo alterada por el toque de rebeldía que transmitía su cabellera larga y por una cicatriz que le partía una ceja, producto, seguramente, de un accidente infantil. Oí cómo le llamaba su padre y desapareció tras las cortinas.

Nada me retenía ya en ese lugar y salí al exterior. Una vez sentado en mi coche, intenté serenarme. Estaba seguro de que Luesma ocultaba algo. ¿Podía esconder a la chica en su casa? ¿Era eso lo que había tratado de decirme el muchacho?

Decidí vigilar el domicilio del forense. Desde mi posición podía observar la fachada principal y controlar las entradas y salidas tanto del padre como del hijo. Además, en una esquina, un bar estratégicamente situado para mi plan, con vistas a la vivienda, me serviría

como cuartel general improvisado. Allí me trasladé, pedí que me permitieran utilizar el teléfono y advertí de mis intenciones a la comisaría para que me avisaran ahí si se producían novedades sobre el caso.

No ocurrió nada en toda la tarde y, cuando el bar echó el cierre, regresé al coche. El golpeteo de la lluvia sobre el vehículo me adormiló. Estaba agotado, pero mi determinación era más fuerte que el cansancio.

Al rato, una figura que no había visto llegar, se paró entre dos árboles de la acera de enfrente. Trepó por el tronco de uno de ellos y se sentó en una rama. Desde allí, tomó impulso y saltó al capó de mi coche. Era ella, por fin. Había venido para consumar nuestra unión, mi único anhelo, lo que necesitaba para alcanzar la felicidad que merecía después de tantos años de privaciones. Extendí los brazos para recibirla y ella comenzó a traspasar lentamente el parabrisas.

Casi podía sentir ya su aliento sobre mi boca cuando un estruendo la fulminó, obligándome a salir del trance en el que me hallaba sumido. Era el camión de la basura recorriendo la calle en busca de su dosis diaria de desperdicios.

Avergonzado por haber sucumbido al sueño, salí del coche para intentar que la humedad me espabilara. Un basurero me adelantó y destapó el cubo depositado junto a la puerta del chalet. Sacó una bolsa de plástico demasiado llena que se rajó mientras la lanzaba al interior

del camión. Un pedazo de tela azul llamó mi atención y ordené a los operarios que se detuvieran. Con su ayuda recuperé la prenda completa: era un camisón de hospital.

Era la prueba de la culpabilidad de Luesma. Él había secuestrado a la joven y la tenía retenida en su casa. Sin una orden de registro no podía pedir refuerzos ni entrar por mi cuenta en la vivienda, así que decidí esperar hasta primera hora de la mañana para convencer a un juez de la urgencia y gravedad del caso.

*

En cuanto amaneció, me espabilé, consternado por efecto del cansancio y de la lluvia que seguía golpeando mi ánimo por tercer día consecutivo. Antes de dirigirme al juzgado, necesitaba pasar por mi despacho para redactar con tranquilidad un informe que persuadiera al juez de la veracidad de mis suposiciones. Pero no era precisamente tranquilidad lo que me aguardaba en la comisaría.

Mientras redactaba el informe, Luesma se presentó exigiendo, a gritos, verme. Lejos de calmarse al acercarme a él, se alteró todavía más y, con dificultad, fui entendiendo, poco a poco, lo que trataba de explicarme: su hijo había desaparecido durante la noche.

Después de registrar la casa infructuosamente, había salido a la calle a buscarlo. Nada. ¿Se habría escapado? Eso no era propio de él.

Era un chico responsable, a pesar de la rebeldía que le gustaba aparentar, como a todos los adolescentes. El presentimiento de que aquello pudiera estar relacionado con la mujer de Quinta Julieta le aterrorizaba.

Aproveché su nerviosismo para interrogarle sobre ella. Negó que la tuviera encerrada en su casa o que hubiera tenido algo que ver con su fuga del hospital. Sin embargo, yo poseía una prueba irrefutable que demostraba que la joven había estado en el chalet.

Al tratarse de un menor de edad, se dio prioridad máxima a su búsqueda. Mientras varias patrullas batían las calles de la ciudad, me desplazé con Luesma y algunos agentes a su casa. No quedó un rincón sin registrar, pero no aparecieron pistas sobre su paradero ni el de la majarí. Al fin, hubo que valorar la hipótesis del médico. El camisón demostraba que la extraña mujer había estado en la vivienda. Aunque yo no la había visto, si se había introducido en el interior, podía haberse llevado al chico bajo coacciones. ¿Dónde podría haberse escondido con él? Un único lugar saltó en mi mente.

Las influencias del forense nos brindaron acceso directo a un juez que firmó sin titubear una orden para desmontar Quinta Julieta si era necesario. Como dos días antes, tomamos el gueto por sorpresa y, una a una, todas las casas fueron registradas de arriba abajo. Pero no encontramos nada más que des-

precio.

Durante semanas, me dediqué en cuerpo y alma a rastrear el entorno de Enrique Luesma. Se dragó el canal, se interrogó a los delincuentes sexuales fichados, se emitió una orden de búsqueda internacional, pero no se obtuvo ninguna pista. No apareció.

Poco a poco, su caso fue perdiendo interés y tuve que ocuparme de otros asuntos, como el asesinato de su padre, un año después. El forense fue encontrado en su cama, víctima de una brutal agresión. Le habían cortado los pies y las manos con un hacha.

La sordidez del caso se relacionó con el de la extraña mujer encontrada en Quinta Julieta. ¿Realmente era ella la responsable? Me costaba aceptar que quien había sido benefactora, casi un hada para todo un barrio, hubiera podido causar algún mal, primero, a un muchacho tímido e inocente del que no podía obtener nada y, después, a su padre. No tenía sentido y estaba seguro de que el médico había fallecido sabiendo mucho más de lo que había reconocido.

Una cadena de crímenes en los barrios más próximos al poblado gitano me mantuvo apartado de mi obsesión por encontrar al muchacho. Las víctimas, de todas las edades, aparecían desangradas en los tejados, arrastradas inexplicablemente hasta ahí por un verdugo que nunca fue identificado.

No he abandonado el caso de Enrique Luesma. A pesar de los años

que han transcurrido desde aquellos días lluviosos, nunca he olvidado su mirada a través del cristal mojado. ¿Qué quiso decirme? Seguramente, aquellos ojos tristes pedían ayuda ante algo que él tampoco comprendía. Y le fallé.

Noche tras noche, interrogo, sin obtener nunca respuesta, al fantasma que sigue atormentando mis sueños. Ha cambiado; ahora intenta penetrar en mi mente por la fuerza, acosándome en cuanto me vence el cansancio, pero he aprendido a resistirme a su mandato. Ya no es la mujer de dulces ojos azules que me ofrecía su amor y, aunque la echo de menos, no dejaré que me arrastre su recuerdo. Estoy preparado. Aún no es tarde para salvar al chico y sé, por fin, cómo parar la lluvia.

*

El cuaderno que acompaña a este informe fue encontrado en el domicilio del inspector Torres tras su suicidio. Su contenido constituye una prueba inequívoca de su estado mental inestable, responsable, en última instancia, del horrible crimen que cometió.

La víctima, hallada en el dormitorio del inspector, una joven mujer transexual de pelo negrísimo y tez pálida, sufrió la mutilación de sus órganos genitales masculinos y su espalda fue salvajemente desgarrada con un hacha. Junto al cuerpo aparecieron dos extensas membranas oscuras, de apariencia similar a

las alas de un insecto, cuyo origen no ha podido precisarse.

La extraña ausencia de huellas dactilares ha impedido la identificación del cadáver, cuya única seña distintiva es una cicatriz que parte su ceja izquierda, producto, seguramente, de un accidente infantil.

El excelente estado de conservación del cuerpo no ha permitido calcular la fecha de la muerte. Solo la autopsia podrá determinarla.





Oriol Vigil Hervás nació en Terrassa en 1995. Desde pequeño se interesó por la literatura y, aunque no se formó académicamente en el campo, ha trabajado de librero y dinamizado varios clubs de lectura. Ha publicado cientos de reseñas en el blog *Un libro al día*, ganado el certamen *Transformación* de la editorial *Autografía* con su relato “Plano” (2018), escrito un artículo ilustrado para la revista *Preternatural* titulado “El fenómeno viral I’m Sorry Jon” (2020) y ejercido como jurado de la categoría Mejor Novela de los Premios Guillermo de Baskerville (2020).





David Corelli ha participado con sus relatos en las obras gratuitas: Antología elemental, Antología 7 pecados y Devoradoras. También ha publicado en diversas antologías benéficas: La hermandad de la noche: cuentos de sangre y oscuridad (Nominada a los premios Ignotus 2021), EspiaDos (Escribiendo a cuatro manos con Iván Mayayo), Dentro de un agujero de gusano, Wanderlust y Orgullo Zombi 2

En su faceta como editor es fundador y director de «El kraken Liberado» y codirige «Avenida Noir», con las que ha coordinado y publicado sendas antologías.



Orpheus

Orpheus Reeves le da un buen mordisco al generoso kebab que acaba de comprar en un local de baja estofa y laxas medidas sanitarias. Sentado en un banco del puerto, entre sorbos de Coca Cola Zero, observa el atardecer y el lejano perfil de los rascacielos de la ciudad, mientras a cada bocado la decepción se mezcla con el extra de salsa picante.

De niño, Orpheus soñaba con ser un detective. Mejor dicho: un auténtico detective, como los que salían en las películas que veía con su abuelo. Ahora, a sus cuarenta y muchos años, en momentos de calma como este, aún fantasea con tener un pequeño despacho con la puerta de cristal esmerilado, un perchero donde dejar los sombreros y un armario que parezca un archivador, pero en realidad sea un minibar en el que guardar la botella de bourbon para clientes especiales.

Ensimismado en las vistas, tarda unos segundos en darse cuenta de que su móvil está sonando. Se limpia las manos de forma apresurada en las perneras del pantalón a la vez que maldice no haber pedido un par de servilletas de papel más. Antes de desbloquear el móvil, ya

sabe que no se trata de ninguna felicitación de cumpleaños, sino de otro trabajo. De lo suyo, de detective de los otros. Sin femmes fatales, sin tugurios llenos de humo ni camareros que le sirvan «lo de siempre» y le pongan sobre la pista correcta. Tan solo una notificación en la app encriptada: dos frases, unas coordenadas y una foto del objeto a recuperar. Otro día en la oficina.

*

Orpheus tuerce la boca en gesto de disgusto cuando levanta el pie para pasar por encima del tentáculo humeante, que se sacude de forma espasmódica en el suelo de la cocina del Thai Palace. Deja reposar el arma aún caliente sobre la encimera, junto al bol de verduras ahora bañadas en sangre naranja de tentomorfo, arranca con un tirón el objeto que cuelga de lo que supone que debe ser el cuello del cadáver y busca en los bolsillos de su pantalón el móvil para documentar el encargo. Aunque odia dejar pruebas, los clientes cada vez son más desconfiados. Después de varios intentos y unas cuantas fotos parecidas a aquellas que una vez le mandó su madre desde una cena de amigas regada con mucho vino, finalmente consigue encuadrar una donde más o menos se distinguen los restos desparramados del tentomorfo, y otra donde se aprecia con cierta claridad el colgante con el medallón de marfil.

—Malditas cocinas modernas, un

puto fluorescente de toda la vida haría falta aquí. Así no hay quien haga fotos decentes —farfulla mientras se dirige a la salida del portal interdimensional en busca de cobertura.

A su espalda, un ligero movimiento le resulta suficientemente sospechoso como para ponerlo en alerta. La criatura, moribunda, trata de incorporarse y balbucea con un hilo de voz:

—Espera... no... —Uno de sus tentáculos trata de alcanzar el medallón mientras habla.

Orpheus reacciona con un movimiento de puro instinto, lanza el teléfono y agarra rápidamente de nuevo la pistola para dispararle hasta vaciar el cargador. Mejor gastar balas que años de vida.

En cuanto sale de nuevo por la brecha interdimensional, el Thai Palace sigue con su bullicio habitual, las manchas de sangre naranja han desaparecido de su ropa y el doble tic de las fotos enviadas se pone de color azul. Cruza el comedor con paso firme y, antes de salir por la puerta, asegurándose de que el medallón sigue en su bolsillo, rectifica su rumbo para acercarse a una de las mesas junto al enorme ventanal, perfecto para hacerse fotos y poder aparentar la felicidad eterna. Disfraza su boca de hiena tras su mejor sonrisa (sale mal), y en un intento de ser amable, señala el plato que acaban de servir a una joven.

—Yo esas verduras no me las comería. Consejo de amigo.

*

Desde el asunto del Thai Palace, hace unas semanas, la vida de Orpheus ha ido de mal en peor. Las ya de por sí recurrentes pesadillas ahora son una constante, y el cliente nunca se presentó a recoger el medallón ni realizó la transferencia prometida. Cada noche, el tiroteo se repite. Cada puta noche ha de terminar de nuevo con el tentomorfo. Una y otra vez, de diferentes maneras, cada vez más crueles, acaba con su vida. Ahora ya ni siquiera le permite hablar. Cegado por la rabia, la furia y el dolor, simplemente se lanza a por él en cuanto lo ve aparecer por el portal interdimensional. Su única obsesión es arrancarle el medallón lo antes posible.

*

Hace ya dos meses que al teléfono de Orpheus no llegan nuevos encargos. Dos meses en los que su obsesión por el medallón no ha dejado de crecer, hasta acabar por desquiciarlo. La idea recurrente de que es la causa de todos sus males ya ha anidado en su cabeza, y ahora pasa horas y horas con él en las manos. Lo observa, lo toca, lo sopea y se pregunta de dónde procederá. Ese nunca ha sido su trabajo. Él solo busca, consigue y entrega, sin preguntas ni problemas. O así había sido hasta ahora.

Suena la notificación en su móvil.

Durante unos segundos mira el espejo negro de la pantalla, como si no reconociera el sonido. Cuando por fin reacciona y lo desbloquea, ahí está el encargo, en una vieja ubicación conocida: el Thai Palace.

*

La falta de sueño y de cordura ha causado estragos en su salud. Después de tomar dos tazas largas de café solo y revisar tres veces todo el equipo, Orpheus se siente por fin preparado para el trabajo. Antes de salir de casa, decide llevarse el medallón. Quién sabe, quizás todo acabe en el lugar donde empezó. Se lo coloca al cuello, y siente como si todos sus huesos se rompieran en mil pedazos y él hubiera envejecido veinte años más.

*

En el Thai Palace todo sigue como siempre: la entrada de servicio abierta, y el portal interdimensional justo detrás de los cubos de basura, junto a la puerta de la cocina. En un metódico último repaso, Orpheus comprueba la carga del arma y revisa de nuevo las instrucciones del encargo. Con la pistola a punto y el dedo en el gatillo, cruza con decisión el portal, como ha hecho tantísimas veces en su vida desde que descubrió su poder y se convirtió (o no le quedó otro remedio que convertirse) en detective interdimensional.

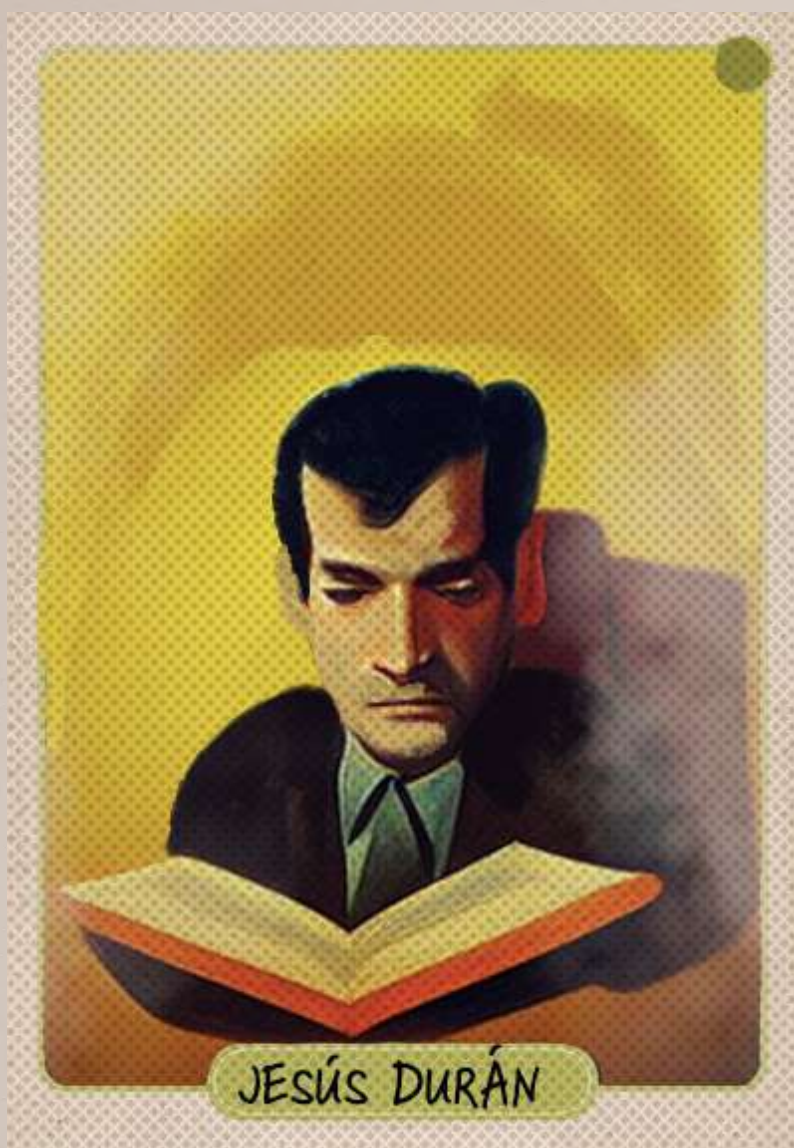
Sin embargo, sabe que esta vez

hay algo distinto. Lo puede notar en las vísceras. Apenas pone un pie al otro lado del portal siente su cuerpo diferente. No tiene tiempo para reaccionar, porque Orpheus Reeves se ha lanzado sobre él. Implacable, sanguinario, tal y como él siempre pensó que lo verían desde fuera. Trata de defenderse, de evitar que el otro Orpheus le quite el medallón, pero de repente, ya solo es un endeble y frágil tentomorfo. Sabe cuál es su destino, lo ha revivido una y otra vez durante los últimos meses. Y, aunque intenta evitarlo, cae malherido, salpicando todo de sangre naranja. Con un hilo de voz, trata de hablar, de estirar el brazo para recuperar el medallón, quizás aún esté a tiempo.

—Espera... no...

Una lluvia de balas le trae el descanso que nunca encontró en vida tras sus últimas palabras. Quizás ese otro Orpheus no cometa los mismos errores. Tal vez él pueda controlar la influencia del medallón. A lo mejor ese Orpheus Reeves sí es un auténtico detective.





Acérrimo lector de libros y cómics, fan de la música disco y del cine; de las manchas de la máscara de Rorschach, la lupa de Sherlock Holmes y los viajes interestelares. Friki que ha vivido de cerca la transformación digital.

Algunos de sus poemas y relatos han sido seleccionados para participar en varias antologías y revistas. Escribe también relatos que publica en el blog Relatos y mentiras.

Puerta

No encuentro la pista
no siento su cuerpo
no puedo seguir su estela
ni en este mundo
ni en el de los sueños.

Ha desaparecido su alma
—la que percibía—
cual ectoplasma tangible
porque la carne se descompuso
—devorada—
en esa fosa oscura
—consumida—
hasta los —mismísimos— huesos,
dejando algo sobrenatural
totalmente suelto.

Ella estuvo conmigo.
Me amaba sin tocar y, aún así,
provocaba desconsuelo y tormento.
Un fantasma que me acompañaba
en mis investigaciones.
Me enamoré —lo confieso—
desde el primer momento
siendo conocedora de mi futuro
—de pleno—
cambiante e incierto.

Investigo las causas.
Pregunto.
Como detective
busco fundamentos
que expliquen los motivos
de esta ausencia:
antes estaba y —ahora—
no la encuentro.

Sin embargo:
ya no veo mi cuerpo.
Siento mi alma
—no está ya en este mundo—
Viaja.

Ahora lo entiendo.
Tengo que buscar otra puerta
—salir—
porque
—sencillamente—
también estoy muerto.





Nací en Valladolid hace más de medio siglo. Ciudad en la que sigo anclada y trabajando como empleada de banca para pagar la hipoteca. Disfruto observando el anodino mundo que me rodea buscando caras, imágenes y sonidos que me sirvan de inspiración para crear mis realidades paralelas. Me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, pero reconozco que siempre, en mayor o menor medida, acaban teniendo un toque siniestro y oscuro. Varios de mis relatos han sido seleccionados para formar parte de diversas antologías o premiados en concursos. Entre ellos Aquellos ojos muertos ganador del Místico Literario (Algeciras Fantástica 2.021), Diez minutos de cortesía en la antología Hijos del Karma (Altavoz Cultural 2.021), Días de matanza en la Antología Apocalipsis (Revista Tártarus 2.020), El ERE ganador del I Concurso de relatos de 50YFN (Club de escritores 2.020) y La Ruta de la Plata en la Antología KALPA V, Relatos de Naves Nodrizas en Castilla y León (ACLFCFT 2.020). También he publicado en revistas como Literentropía, Droids & Druids, Mordedor, Entre Lusco y Fusco, Interesantes relatos, Relatos increíbles, Revista Weird Review, Teoría Ómicron o Tentacle Pulp y, aunque aún no tengo blog propio, podéis encontrarme en el blog Cylcon (ACLFCFT).

El Mismísimo Infierno

Aunque intuía que aquella historia se perdería en el olvido, no abandonaba la esperanza de que algún día acabaría viendo la luz y el gran Rodri Sanzoles renacería de sus cenizas. Carecía de medios para inmortalizar el resultado de la investigación que le había llegado hasta allí, pero no se resignaba y, día tras día, repetía en voz alta, una y otra vez, los detalles de aquella increíble historia.

*

Todo comenzó una fría mañana en el reservado de una cafetería. Un caballero vestido con un elegante traje y que escondía su mirada tras unas oscuras gafas de sol, le propuso un trabajo, argumentando que era tan bueno que no podría rechazarlo. Después de conocer la naturaleza del encargo, su sexto sentido le instó a levantarse e irse sin ni siquiera buscar la cámara oculta, pero la curiosidad pudo más. Intrigado por el caballero, la historia y el caro maletín de cuero que llevaba unido a su muñeca por unas esposas, se quedó a escuchar su propuesta.

—Señor Sanzoles, le estoy ponien-



do en bandeja el reportaje que relanzará su acabada carrera.

—Un momento caballero, por su acento, deduzco que usted no es de aquí y dudo mucho que sepa con quién está hablando —interrumpió airadamente el periodista.

—Rodrigo Sánchez. Valladolid 1.970. Encandilado por Bruce Willis en «Luz de Luna», soñaba con convertirse en detective privado, pero sus padres le obligaron a decantarse por algo más serio. Con la firme convicción de que podría mejorar el mundo poniendo al descubierto grandes tramas internacionales, se decidió por la facultad de periodismo de la capital y adoptó un nombre más glamuroso. Tras años persiguiendo a políticos y famosos en busca de jugosas declaraciones, saltó a la fama como colaborador en un matinal de una cadena privada. Un fortuito accidente de la presentadora principal le permitió hacerse con su puesto, pero sus anhelos juveniles le llevaron a ponerse en el punto de mira de la gente más influyente del país. Gracias a la difusión de una noticia no contrastada, perdió toda su credibilidad. Ahora sobrevive escribiendo artículos sobre fenómenos extraños para revistas y páginas web de dudosa calidad —recitó de corrido.

— Fue una trampa. Me dijeron que era una noticia contrastada —protestó—. No entiendo por qué me ha elegido si tan acabado estoy.

—Lo sabemos y por eso hemos pensado en usted —cortó secamente el caballero misterioso—. Como

sabrá por sus recientes trabajos, el bien y el mal, siguen en constante enfrentamiento. Los seres de luz hemos detectado la existencia de ciertos grupúsculos diabólicos que están atentando contra el orden del Universo. Necesitamos que alguien con su experiencia y valía se infiltre para facilitarnos toda la información posible —hizo una pausa ante los aspavientos del periodista.

—Pasar desapercibido. Imposible. ¿Quién no conoce a Rodri Sanzoles? —replicó el gran ego del periodista.

—Señor Sanzoles, el tiempo pasa para todos los mortales y, permítame que le diga que en su caso le ha arrollado. Sin ese ridículo bisoñé y esa faja nadie le reconocerá. No se moleste, le hemos elegido en base a sus trabajos más recientes.

—Un arduo trabajo de investigación, sin horarios y expuesto a mil peligros. El mundo paranormal es así —aprovechó para recomponer su orgullo.

—No se venga arriba. Sabemos que la mayoría de sus artículos no dejan de ser malas traducciones de revistas extranjeras aderezadas con grandes dosis de imaginación. Pero, aun así, sus artículos sobre el infierno y sus infames habitantes nos han hecho pensar que usted es el sujeto idóneo para esta investigación.

Aquellas palabras reforzadas por una caricia en la cerradura del misterioso maletín lograron convencer a Sanzoles.

—Está bien, ¿por dónde empiezo?

—preguntó intrigado.

—Por El Mismísimo Infierno, señor Sanzoles.

*

De vuelta a lo que le gustaba definir como su glamuroso y céntrico loft, que no era otra cosa que una antigua carbonera reconvertida en vivienda situada en una de las calles del centro que noche tras noche se llenaba de ruidosos fiesteros, tuvo que esperar a vaciar su vejiga antes de comenzar con el dossier que su benefactor le había facilitado. No fue fácil mear con una sola mano, ya que la otra la tenía cautiva con las esposas que protegían el maletín de cuero y que, contra todo pronóstico, no estaba lleno de billetes.

Una vez aliviado y liberado de ataduras, retiró los restos de su última comida y con un enérgico toque de bayeta transformó su única mesa en un escritorio digno de un periodista de su nivel. Abrió una lata de cerveza y después de tomar un buen trago se sintió preparado para desentrañar aquel misterio que le cubriría de oro y le encumbraría a lo más alto, según aquel cabrón estirado que se había empeñado en hablar en clave en todo momento. No quiso parecer estúpido preguntando quiénes eran los ángeles y quiénes los demonios, pues confiaba en que toda la información estuviese entre los papeles que aquel prepotente hijo de puta le había entregado.

Cinco cervezas y una pizza recalentada más tarde, había logrado hacerse una idea de la identidad real de los protagonistas de la trama. Con Los Ángeles se refería a la misteriosa agencia que le había contratado y que no le costó identificar. Rodri sonrió al constatar que aquel capullo le había subestimado y que no se había preocupado en ocultar el escudo que adornaba sus gemelos, un sello ovalado con una cruz en el centro flanqueada por una espada y una rama de olivo. Aquel estirado era miembro de La Santa Inquisición, una de las más antiguas facciones de la iglesia y que oficialmente estaba extinta. El periodista celebró su fortuna con otra lata de cerveza. Iba a conseguir todo un pelotazo desvelando la verdad sobre las sociedades secretas de la iglesia católica.

En el equipo visitante, el denominado Los Demonios, militaban los seguidores de una secta que, además de adorar al maligno, en sus ratos libres controlaban el cotarro de las drogas de diseño de la ciudad. Como hasta la fecha la policía no había podido pillar a ningún miembro con las manos en la masa, su olfato le hizo pensar en que había algo queapestaba.

Ya solo faltaba saber qué pintaba él en toda aquella mierda. Según el dossier, necesitaban a alguien con don de gentes, observador, camaleónico y con altos conocimientos del mundo oculto. Aquel trabajo era un traje hecho a su medida. Debía infiltrarse en la secta y descu-

brir quiénes movían los hilos y el alcance de sus acciones. El punto de arranque de la investigación era el club social de aquellas criaturitas descarriadas, un bar llamado El Mismísimo Infierno.

Entre la excitación provocada por aquel trabajo que le iba a sacar de la miseria y el ruido de los bares de su calle, decidió comenzar su investigación. Después de pasar toda la noche metido en su viejo coche delante de aquel antro, tenía claras dos cosas. Que su espalda ya no aguantaba semejante trote y que El mismísimo Infierno no era más que un sucio garito en el que el heavy no dejaba de sonar y donde la bebida más glamurosa que despachaban era cerveza servida en un vaso de plástico. La clientela era una mezcla de fauna diversa, pero quedaba claro que la mayoría solo iban a buscar chuches, ya que entraban y salían en un abrir y cerrar de ojos. Los habituales no eran lo que se dice satánicos de libro. En vez de túnicas negras y cruces invertidas, lucían chalecos de cuero y cuerpos totalmente tatuados y con algún que otro implante de esos que se habían puesto de moda. «Había que ser gilipollas para ponerse los cuernos uno mismo» pensó al ver a los porteros.

Al llegar a casa engulló una guarripasta de sobre con una cerveza. Un tranquilizante y dos ibuprofenos fueron su postre confiando en que le permitirían librarse de su dolor de espalda y dormir durante gran parte del día. Necesitaría estar

fresco para pasar a la fase II de su plan.

A las ocho de la tarde, el insistente timbre de la puerta le despertó. Por la mirilla vio a la señora María, la cotilla oficial del portal. No le hubiese abierto de no ser por el sobre que le mostraba.

—Vaya pinta tiene, señor Sanzoles, aunque sabiendo a la hora que llegó no me extraña —fue el saludo de su vecina.

—¿Qué quiere? Tengo mucho que hacer —contestó con resignación sabiendo por experiencia que era la mejor forma de librarse de ella.

—Un hombre muy elegante ha dejado este sobre en su buzón. Ya sabe que en el vecindario hay de todo y al ver que no bajaba a recogerlo, lo he sacado y custodiado hasta ahora. Qué extraño envoltorio —comentó la mujer mientras le entregaba el sobre e intentaba entrar en la vieja carbonera.

—Muchas gracias y buenas noches —contestó mientras hacía una rápida finta que evitaba que la vecina se colara en su casa. Al palpar notó que aún estaba húmedo por el vapor que había usado la buena samaritana al intentar abrirlo.

En el sobre había un par de billetes de quinientos y un teléfono desechable para ponerse en contacto con sus patrocinadores. Sonrió al ver que estaba en el buen camino, era el primer pago por sus servicios. Una breve llamada le bastó para saber que solo debía contactar cuando tuviese algo interesante y para cambiar el lugar de envío de

los sobres evitando que alguno se despistase en manos de la señora María.

Después de despachar a la entrometida vecina, decidió que era el momento de empezar a disfrutar de sus emolumentos y darse un homenaje antes de pasar a la fase II, la de infiltración. Media hora más tarde, estaba en La Mejillonera dando cuenta de un bocata de calamares bravos regados con una gran jarra de cerveza. Una vez se vio satisfecho y feliz por el cambio de su suerte, se encaminó hacia donde había aparcado su destartelado coche.

Aunque hubiese podido aparcar en la puerta de El Mismísimo Infierno, decidió dar una vuelta a la manzana en busca de un sitio más discreto. Bajó del coche, no sin esfuerzo, la edad y la falta de deporte le estaban pasando factura. En la puerta del garito, dos descomunales individuos, sin un pelo de tontos ni un milímetro de piel libre de tinta y con unos curiosos implantes en la frente, le interceptaron.

—¿Dónde vas abuelo? ¿Te has perdido? El bar del jubilado está tres calles más abajo y no abre hasta las nueve de la mañana —dijo la torre de la derecha con bastante sorna.

—Mira polluelo, solo vengo a buscar las gominolas que mi geriatra no quiere recetarme —contestó el periodista con más retranca si cabe.

Su intención era hacerse pasar por uno de los pijos de mediana edad que frecuentaban el garito y, aunque le jodiese que le echasen más edad, gracias a su desparpajo

logró entrar. Dentro hacía un calor asfixiante. El ambiente estaba excesivamente cargado y el hedor a humanidad era insoportable. Se alegró de no haber perdido el tiempo en darse una ducha. Una neblina invadía toda la sala, en un principio lo atribuyó al humo del tabaco, hasta que se dio cuenta de que allí nadie fumaba.



Dejó de pensar en el extraño ambiente, ya que, para no despertar sospechas, su visita debía ser de las de cash and carry. Haciendo gala de su profesionalidad solo le bastó un

vistazo para saber lo que se cocía en aquel garito. Una barra abarrotada de tíos duros, un rincón donde un grupo de melenudos seguían el ritmo de la estridente música dándose más empujones que abrazos y dos puertas al fondo. Una de ellas rodeada por un grupo de impacientes jovenzuelos ansiosos por entrar a los baños y no precisamente a mear. Y la otra, flanqueada por otras dos torres similares a las de la entrada y decorada con un enorme cartel en el que se leía «PRIVADO».

Después de comprar unas coloridas pastillas con bonitos dibujos y un par de preguntas aquí y allá, recabó toda la información que pudo sin perder el anonimato. Quince minutos más tarde, estaba sentado en su coche contando sus impresiones a su vieja grabadora. Había vuelto a los métodos más clásicos, ya que su desgracia se había debido a un descuidado uso de aquellas tecnologías del diablo y su falta de privacidad. Pasó el resto de la noche atrincherado en su coche, observando el movimiento del garito. Cuando los más rezagados abandonaron el local y las dos torres echaron la verja, pensó que era hora de irse. Otra vez la suerte estaba de su parte. Al rodear el edificio para poner rumbo a su casa pudo advertir un extraño movimiento en la parte trasera del local. Aunque el callejón apenas estaba iluminado, distinguió a media docena de figuras que se afanaban en cargar pesados bultos en la caja de un camión de pequeñas dimensiones.

No se lo podía creer, le había tocado la lotería. Aquello no iba de drogas. A tenor del peso de los bultos dedujo que el verdadero negocio era el tráfico de armas o algo peor. Se maldijo por no disponer de una cámara de video y se conformó con estudiar los movimientos de aquellos colosos tatuados mientras movían las cajas de un lado a otro sin apenas esfuerzo. Cuando todo estuvo cargado, hizo presencia el que debía ser el jefe, ya que aquellos tiarrones se postraron ante él sin ningún reparo. Por un momento creyó ver que el mandamás tenía adornada la cabeza con unos enormes cuernos rojos y que por debajo de su guardapolvo de cuero negro asomaba un largo flagelo rojo que parecía tener vida propia. No pudo evitar soltar una carcajada al ver el efecto que le estaba provocando la pastilla roja con el dibujito de un pequeño diablo. Era hora de volver a casa, no podía seguir al camión en aquel estado.

Pasó el resto de la semana investigando y diseñando la estrategia idónea para integrarse en aquella organización criminal. Tenía claro lo que debía hacer para conseguir el dineral que le habían prometido, pero por encima de todo deseaba volver a ser el número uno de su profesión. La espalda le estaba matando, no en balde pasaba las noches dentro de su destartelado coche grabando todo lo que en aquel garito pasaba. A decir verdad, gracias a las pastillas naranjas con el dibujo de una sonrisa se sentía más

vivo que nunca y las noches se le hacían más amenas.

El viernes por la mañana, después de una noche poco fructífera, decidió pasarse por el bar de Paco a darse un homenaje antes de irse a la piltra. En esta ocasión, Toñi cambió su bufido habitual por una engolada bienvenida. Rodri pensó que la mujer se había dado un golpe en la cabeza hasta que vio al hombre que le hacía señas desde la mesa más discreta, por decir algo. Encargó un chocolate con churros y un orujo blanco mientras se encaminaba a su encuentro.

—Buenos días, caballero. ¿A qué debo la visita? —intentó sonar tranquilo.

—Señor Sanzoles, le podría decir que esto es una coincidencia, pero creo que no se lo iba a creer. He venido a interesarme por sus avances y a traerle el segundo pago. No se molestó en preguntar si le estamos siguiendo —le contestó su patrocinator sin un ápice de emoción.

—Creí que no querían perder el tiempo con mis pequeños avances —comentó con un tono cargado de cansancio y fastidio.

La cháchara de Toñi les interrumpió y esperaron a que sirviese el desayuno de Rodri para continuar con la conversación.

—Un poco feo que no me advirtiesen de la magnitud de la mierda en la que me estoy metiendo, ¿no cree? —reprochó mientras mojaba un grasiento churro en el chocolate aguado—. Ustedes saben que no se trata solo de drogas y sectas satá-

nicas.

—No sé por qué se ofende, señor Sanzoles. Ya le habíamos advertido que tendría que tratar con demonios de la peor calaña —contestó el caballero del traje.

—Sí, es verdad, estamos hablando de Los Ángeles y Los Demonios.

Decidió seguirle la corriente, mientras despachaba la ración de churros grasientos, el chocolate aguado y el orujo, relató lo que había averiguado, por supuesto solo lo concerniente a Los Demonios. Contó lo de las drogas, lo del tráfico de armas y su intención de infiltrarse adoptando el deplorable aspecto de los gregarios de la secta para llegar hasta el gran jefe. Aunque el trajeado se limitaba a asentir, a Rodri le empezaba a molestar el no poder ver sus ojos, ya que el tipejo no se había dignado a quitarse las gafas oscuras. El incipiente cabreo se mitigó al recibir un sobre blanco con un grosor muy sugerente y que le convenció de dejar la lección de normas básicas de educación para la siguiente entrevista.

—Señor Sanzoles, tenemos que neutralizar a esos hijos de Satán, haga lo que considere necesario sin reparar en gastos. No se preocupe por su caracterización, algún milagro podremos hacer para devolverle su aspecto actual, e incluso mejorarlo. —Sin esperar respuesta se levantó y salió del local.

Emulando a los detectives de las películas, guardó el sobre en el bolsillo de su gabardina sin comprobar su contenido. Con su mejor

cara de póker, pagó a Toñi y siguió los pasos de su ángel de la guarda particular. Dentro de su lotf, protegido de miradas indiscretas, abrió el sobre. Contenía tal cantidad de dinero que estuvo tentado de largarse, pero sus ansias de fama no se lo permitieron. Ahora sí podría investigar como los mejores.

La espalda le quemaba y la cabeza le iba a estallar. No debía haberse metido tanto en el papel, pero por la profesión se hace cualquier cosa. Iba camino de convertirse en el mejor periodista de investigación de la historia. Si creasen un Pulitzer a la mejor caracterización le llamarían el «Premio Sanzoles». A pesar de las advertencias de El Tintas decidió completar su transformación en un par de sesiones. No quería que la investigación se enfriase y estaba convencido de que la única forma de pasar desapercibido entre ellos era lucir su peculiar aspecto. La idea se le ocurrió el día en que descubrió que no todos los gregarios eran torres humanas, también había tipos, igual de desagradables, pero con una complexión similar a la suya.

Después de tres días de recuperación, por fin se encontraba en disposición de infiltrarse entre aquel atajo de locos. Cuando se miró al espejo no se reconocía, tres días tomando calditos le permitieron embutirse en sus viejos pantalones de cuero. Los cuernos de la cabeza le daban un aspecto brutal, su sonrisa, entre los dientes tallados y la lengua bífida, aún hinchada, era re-

pugnante. Remató el look diabólico con el chaleco de cuero lleno de tachuelas que compró en una tienda de segunda mano. El plan era simple, esperaría a que aquellos gorilas empezasen a cargar las cajas de armas y se colaría en el corazón de El Mismísimo Infierno. Envalentonado por el cambio de rumbo que iba a dar su vida y por el coctel de pastillas que le había, digamos, recetado El Tintas, no se lo pensó dos veces.

El rock and roll no se hizo esperar. A eso de las doce de la noche, las puertas traseras del garito se abrieron. Una docena de sectarios, muy similares a él, comenzaron a mover las pesadas cajas y a cargarlas en el camión entre broncos gruñidos. Los efectos de las dos últimas pastillas se tradujeron en un chute de adrenalina que le dio el último empujón para llevar a cabo su desquiciado plan. No con todo el sigilo que hubiese querido, abandonó su escondite y se mezcló entre aquellos desgraciados. Supuso que tenía algo de fiebre, ya que al deambular entre ellos notó un aumento de temperatura. Tuvo que luchar para reprimir varias arcadas hasta que se acostumbró al hedor que desprendían. Eufórico logró escabullirse y llegar hasta el interior del local que ahora estaba vacío. Sin perder tiempo corrió hasta la puerta que lucía el cartel de «privado».

Entonces la noche se abatió sobre él.

—Bienvenido, Señor....

—Sanzoles —contestó con un hilo

de voz mitigado por la capucha que cubría su cabeza.

—Le felicito, lleva días aparcado en la puerta de mi local, intentando entrar y por fin lo ha conseguido. Por cierto, me llamo Aostrak, demonio de quinto nivel y perteneciente al cuerpo diplomático infernal. Por mis credenciales supondrá que estoy acostumbrado a tratar con humanos de todo pelo, pero lo suyo es demencial —comentó con un tono condescendiente—. Ahora, señor Sanzoles, vamos a quitarle la capucha. Por la buena marcha del negocio, le recomiendo que no intente ninguna tontería más, que por hoy ya tiene el cupo hecho.

Al ver a aquel ser carente de toda humanidad estuvo a punto de pedir que le pusieran de nuevo la capucha. Aquel ente no podía ser real: de cuerpo antropomorfo, pero de unos dos metros y medio de altura, áspera piel roja y cuernos que no tenían pinta de implantes baratos como los suyos. Al cruzar la mirada con aquellos fieros ojos rojos, contra todo pronóstico, percibió un cierto aire divertido. No sabía qué era más insoportable, el calor o el desagradable olor a huevos podridos. «¡Qué cabrones, ¡cómo se lo han montado!» pensó mientras buscaba la cámara oculta y esperaba que sonase la música y le coronasen como el pardillo del siglo. Pero aquello no pasó.

—Soy periodista y la policía tiene que estar a punto de llegar. En lo de las drogas no me meto, allá cada uno con sus vicios, pero lo de

las armas no lo podía pasar. Aún está a tiempo de desmontar el chiringuito y largarse o se le va a caer el poco pelo que tiene —comenzó su discurso intentando aparentar tranquilidad para ganar algo de tiempo.

—¿De qué está hablando? Usted sí que se ha pasado con las pastillas de colores —le cortó el imponente demonio.

—No se haga el tonto, cree que no sé lo qué trasportan en esas cajas tan pesadas.

—Es usted muy curioso. Si se porta bien le dejaré que acompañe a mis chicos en el reparto de esta noche.

Una hora más tarde, Rodri Sanzoles estaba de vuelta en El Mismísimo Infierno, esta vez por voluntad propia. En mil vidas no hubiese adivinado lo que contenían las cajas: estufas de hierro fundido.

—Tome asiento señor Sanzoles. Ahora le traerán un refresco. ¿La excursión ha sido de su agrado? —preguntó Aostrak.

—Pero...

—Aunque los humanos lo intuyen, no son totalmente conscientes de nuestra presencia. Llevamos tutelando sus vidas desde que el jefe tuvo la ocurrencia de crearles. Sí, ya sé que no es la idea que su especie tiene de nosotros, pero se fían demasiado de las mentiras que nuestros hermanos alados han logrado imponer generación tras generación. Nuestra misión es la misma, solo cambia nuestro aspecto —explicó pacientemente el de-

monio que manejaba aquel antro.

—Admitiendo que ustedes sean lo que dicen, no acabo de entender su negocio —titubeó el periodista.

—Lamentable costumbre la de medir todo en términos de rendimiento económico. Podríamos decir que somos una ONG. Las estufas que ha visto son fabricadas por las almas, digamos, descarriadas, en lo que ustedes llaman infierno. Nos regimos por un sistema de equilibrio: compensamos el mal creado por los que penan en el infierno, distribuyéndolas entre los más necesitados. En su interior, dejamos un rescoldo del infierno para que la estufa sea sostenible y no necesite energía alguna.

—Pero él me dijo que eran una secta satánica que cometía todo tipo de tropelías. ¿Y las drogas? —preguntó atropelladamente.

—Lo de las drogas es una distracción para que Lufther no nos localice y nos deje tranquilos. Perdón, ¿ha dicho que él le dijo? —contestó el diablo contrariado al darse cuenta de que algo no iba bien.

—El caballero trajeado que me encargó destapar su negocio, yo solo soy un periodista en busca de gloria. Me ofreció fama y fortuna por descubrir qué se cocía aquí.

De repente, el estridente sonido de una alarma inundó toda la instalación. De manera ejemplar, todos los demonios formaron ante una gran pared de piedra donde comenzaba a abrirse una gran grieta de la que emanaba un calor y un hedor más insoportable aún. Ató-

nito, Rodri Sanzoles fue testigo de cómo uno a uno iban siendo engullidos por la gruta. Aostrak se despidió del periodista con una última advertencia:

—Señor Sanzoles, lo siento por usted. Como otros muchos de su calaña, ha elegido el bando equivocado. Espero que Lufther, uno de los ángeles caídos, no sea demasiado cruel con usted —se despidió, pero antes de terminar de desaparecer dentro de la grieta se volvió para darle la exclusiva de su vida—. Ese amigo suyo quiere destronar al Gran Creador. Su plan es simple: pretende hacerse con el control de todas las energías del planeta y con ello apropiarse de la fe de los humanos tan necesaria para reinar en lo más alto. Por eso nos persigue, quiere evitar a toda costa que regalemos la llama eterna del infierno. No se moleste, el Gran Creador todavía confía en que volverá al redil.

La luz roja que emanaba de la grieta fue eclipsada por un potente destello blanco. Cuando sus ojos se acomodaron pudo ver ante él tres seres alados que conversaban ignorando su presencia.

—Señor, se nos han vuelto a escapar. Solo ha quedado este desecho. Podemos torturarlo para que nos diga dónde se abrirán de nuevo las puertas del infierno.

—Este idiota no es uno de los suyos, es el estúpido humano que nos ha conducido hasta ellos —aclaró Lufther, que ahora no se parecía en nada al caballero de traje, gafas

oscuras y maletín—. El muy idiota nos ha llevado hasta ellos y nos ha dado una excusa para intervenir, pero de nuevo llegamos tarde.

—¿Qué hacemos con él? Pobre guiñapo, cómo le han dejado —preguntó el ángel de la derecha.

—Aunque cueste creerlo, se lo ha hecho él solito, pero la versión oficial será que la corte del Aostrak le masacró mientras celebraban uno de sus rituales. A este no le podemos elevar al cielo, sabe demasiado y podría desvelar nuestros planes. Desde que cerraron el Purgatorio aún no le han dado uso, ¿verdad? —sonrió mientras miraba a Rodri con una mirada tan blanca como gélida.





Ioseba Imanol Vilas Molina (Donostia-San Sebastián, 1973). Hijo de librereros, desde muy pequeño se aficiona a la literatura, los tebeos, cómics, cine, las series, y Artes en general. Cursa sus estudios como Técnico superior en Artes Plásticas. Ha tomado parte en diversos concursos de humor gráfico, cómic, caricatura, logotipos, ilustración, y cartelería, entre otras disciplinas, obteniendo diversas menciones, publicaciones, y galardones, colabora asiduamente con entidades culturales y deportivas. Es cofundador y autor de las ilustraciones y parte de los textos del fanzine La Valla, en el cual se abordan temas relacionados con el cine, el terror, y la ciencia ficción, y que está íntimamente ligado a la Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián.

Microrelatos pulp

VEHÍCULO MAL ESTACIONADO

—Le vuelvo a decir, caballero que me da igual que sea usted de Galapagar, Zaragoza, Muskiz, Tarazona o Venus. Está usted estacionando su vehículo en una zona prohibida y es mi deber proceder a multarlo. Si tiene algún problema cuando vuelva a su planeta lo consulta con las autoridades pertinentes, pero de aquí no se marcha sin pagar la multa.

EJECUCIÓN A LA CARTA

—¿Estaca, decapitación o fuego?
—Prefiero una bala de plata como el hombre lobo, que es más chic.
—¿Cómo dice?
—Es bromaaa... Es que con estos calores le cambia a uno el humor.

LA RUTINA MATA

Eran las seis de la mañana y tras una larga noche cazando vampiros, íncubos, momias, súcubos, brujas, fantasmas, duendes y más entes de mal vivir, llegaba lo peor de la jornada: tener que levantarse para volver un día más a la oficina.



PERRO MUNDO

Al abrir los ojos ahí estaba, notaba su mirada profunda y penetrante clavada en mi cara, una de esas que tras pasar un rato se siente punzante, casi hiriente, amenazadora... Entonces profirió un sonoro y lastimero ladrido y recordé que con la melopea de la noche anterior había olvidado darle de cenar al pobre.

DE COMPRAS

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches caballero! ¿Qué le pongo?

—Pues mire, esta vez me va a poner cuarto y mitad de balas de plata, pero de la de Ley, un par de crucifijos reciclables, dos botellines de agua bendita sin gas, un hacha con filo homologado, no vaya a ser que luego me pongan pegas, ese bote de queroseno bajo en queroseno y media docena de ajos del tiempo, pero que no huelan demasiado, que los de la última vez tumbaban a un muerto.

—Esta vez la fiesta promete ser brutal, ¿no?

—Horrorosa, no le digo más.





Lucyna Adamczyk (Polonia, 1988) se sintió atraída por el mundo de la ilustración desde niña. Su primer álbum ilustrado, *El elefante araña*, vio la luz en 2020.

Lucyna tiene distintos trabajos publicados en diferentes revistas como *La gran belleza*, *Literentropía* y *Opportunity* (editada por Pórtico, Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror) y fue la ganadora del certamen Algeciras Fantastika 2021.

Ha conseguido Mención de Honor en el I Premio Internacional de Álbum Ilustrado de Fantasía y Ciencia Ficción Elia Barceló por su obra *Marte te necesita*.

Ha ilustrado además la antología *T.ERRORES*, el cómic *Cerebros*. *Ñam ñam* en la II Antología *Orgullo Zombi* y coordinado, junto a Rocío Stevenson, las antologías *Dentro de un agujero de gusano* y *Hay otros mundos*.



Apuntes sobre la problemática de la novela policial polaca

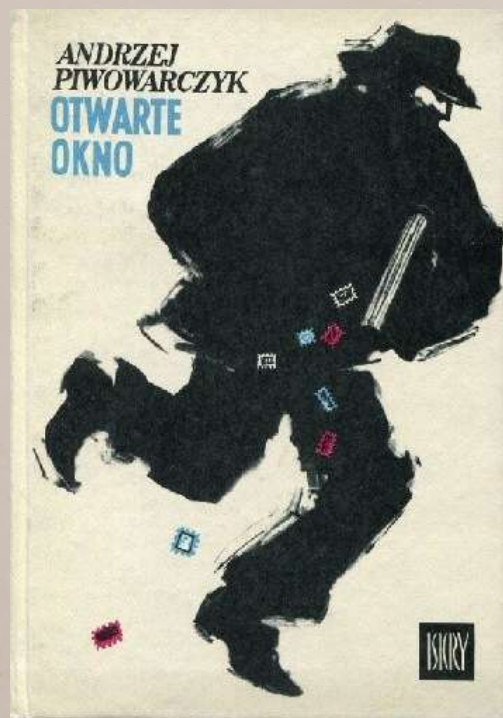
Los inicios de la novela policíaca en Polonia llegaron acompañados de un asesinato auténtico. El joven escritor Władysław Grajner publicó en 1896 una de las primeras novelas policiacas polacas bajo el título de *Delincuente*. Historia criminal. Sin embargo, esta no resultó del agrado del público. El entonces editor en jefe del periódico «Mosca», Władysław Buchner, redactó una crítica maliciosa sobre la novela, lo que provocó que su autor se presentara en la oficina del editor y, en medio de un forcejeo, sacara el arma, hiriendo de muerte a Grajner de un disparo en el estómago.

No fue hasta el período de entreguerras cuando aparecieron las primeras novelas policíacas como tal en lengua polaca. Lo hicieron de la mano de Adam Nasielski, Stanisław Wotowski y Marek Romański, cuyas novelas no poseen un perfil uniforme, aunque sí ciertos elementos comunes de suspense, espionaje y aventuras, además de un protagonista en línea con lo que será el arquetipo de la novela policíaca.

Estas novelas no responden a lo que hoy entendemos como literatura policíaca canónica, sino que, en algunos casos, se aproximan más a

otros géneros (el de aventuras en el caso de Romański, por ejemplo), o no están ambientadas en Polonia, como es el caso de Kostecki, quien bajo el seudónimo de W. T. Christine, decidió ambientar sus tramas en Inglaterra de un modo similar a como lo hizo Maciej Słomczyński, conocido más adelante como Joe Alex.

En los inicios de la posguerra, destaca Andrzej Piwowarczyk, cuya novela La princesa fue inicialmente emitida por radio de forma episódica, despertando gran interés entre los oyentes. Fue también Piwowarczyk quien creó el primer «Sherlock Holmes polaco», un policía detective bajo el nombre de Capitán Gleb, al mismo tiempo que proliferaban las traducciones al polaco de las obras de Sir Arthur Conan Doyle, Agatha Christie y otros escritores extranjeros de género.



Estas novelas, publicadas al principio en forma de folletín, estaban impresas con gran calidad e incluían ilustraciones en color, lo que resultaba atractivo para el lector, que no tenía exigencias importantes en cuanto a la calidad literaria de las mismas. Se extendió entonces la creencia de que las personas educadas no debían leer historias criminales, en gran medida porque se pensaba que la lectura de ficción policíaca podía conducir al asesinato. De hecho, esto ocurría con frecuencia en los arrestos policiales, hasta el punto de que, si había dos sospechosos de un crimen, los tribunales solían condenar a aquel del que se sabía que había leído literatura policíaca.

En cuanto a las revistas pulp de este género, una de las más populares fue Detective secreto, editada por Marian Dabrowski y que publicaba en cada número hasta una docena de historias sobre casos penales llevados a cabo por el sistema de justicia polaco y descritas en un lenguaje sugerente que no huía de las descripciones de atrocidades. La revista, muy rentable, fue finalmente cerrada por el clamor y la presión públicas sobre la editorial, que fue acusada de tener una mala influencia sobre los jóvenes. La crueldad gráfica y el carácter semipornográfico de su escritura provocaron críticas severas por parte de la Iglesia, la derecha y la policía estatal. También se acusó a la revista de incitar a la gente a cometer delitos, hasta el punto de que algunas descripciones detalladas del uso de ciertas herramientas para la falsificación de dinero fueron empleadas por delincuentes para sus crímenes,

que a veces dejaban copias de *Detective secreto* en las escenas del delito. La gota que colmó el vaso y que terminó con el cierre definitivo de la revista fue la declaración de Jan y Maria Malisz, en la que admitieron haberse inspirado en una historia sobre el asesinato de un cartero publicada en *Detective secreto* para cometer un crimen similar.

Si los inicios de la novela policíaca en Polonia fueron turbulentos, la realidad actual no ha demostrado ser mucho mejor. La conclusión que podemos extraer hoy del estado de salud de este género en lengua polaca es bastante pesimista, al menos para aquellos que guardaban la esperanza de elevar su nivel artístico.

A pesar de que, a lo largo de los últimos años, ha surgido y prosperado un corpus inusualmente grande y cuantificable de ficción policíaca, sus cimientos están contruidos sobre una base de contradicciones irresolubles, lo que ha cristalizado en un género híbrido que surge de la intersección incoherente entre muchos modelos de ficción de género distintos que no terminan de funcionar en conjunto. Así pues, la novela policíaca polaca no parece tener posibilidades —al menos dentro de este marco que hemos esbozado— de llegar a convertirse en un modelo literario coherente que transmita de forma eficaz ideas concretas.





Román Sanz Mouta es un autor nómada y amante de la metamorfosis. Traspasa con sus historias los límites, trasgrediendo en cada género para ofrecer libertad a todo un estilo y simbología propias que convierten al lector en protagonista; con importantes tendencias lovecraftianas e inmersivas.

Ha publicado las novelas «Intrusión» (onirismo sobre la memoria, Ediciones Camelot 2016), «De Gigantes y Hombres» (fábula, Lektu, 2018), y «Benceno en la Piel» (humor y terror Pulp en Gijón, Editorial Maluma 2019).

Es redactor en la web Dentro del Monolito, y ha colaborado, participado o ha sido seleccionado durante los últimos seis años, con su capacidad dispersa para el relato, en diversas antologías, revistas o delirios cualesquiera como: Insomnia de S. King, Vuelo de Cuervos, Círculo de Lovecraft, NGC3660, Castle Rock Asylum, Boletín Papenfuss, Los52golpes, Terror y nada más, Tentacle Pulp, Testimonios Paranormales, Diversidad Literaria, Cuentos de la Casa de la Bruja, Colección «Show Your Rare», Revista Terminus, Space Opera «Dentro de un Agujero de Gusano», Antología «Hay Otros Mundos», Revista Los Bárbaros edición especial “Noir” New York, 2Cabezas y su “Clark Ashton Smith; Cuentos de Extrañeza, Misterio y Locura” además de Capitalipsis, Revista Mordedor, Revista Preternatural, Supersonic Magazine, Penumbría, Underwriker, Cósmico Calavera, El Kraken Liberado, Avenida Noir, El Yunque de Hefesto, Radagast Editorial, Calabazas en el Trastero.

Todo ello de fácil localización, en su mayoría gratuito, y disponible en su twitt fijado. Siempre profundizando en lo extraño, absurdo, surreal o terrorífico-esperpéntico.

Gallego de nacimiento y asturiano de adopción, este vagamundos de la imaginación reside en Vegadeo mientras completa su trasvase a la locura...

El penúltimo caso



El apaleado detective cabalgó la cascada cuesta arriba persiguiendo a su presa. Con apoyos leves para no cargar peso sobre la inestable agua en descenso, impulsándose de salto en salto, casi mimetizado con la corriente, ajeno a ese baño continuo mientras atisbaba la cima de la catarata por donde a buen seguro huyó el truhan.

Maldito cabrón. No escaparás dos veces. Nadie lo hace. Date por muerto.

El asunto se había convertido en algo personal tras un arranque tan perturbador como tópico. Un sabueso en ese despacho descuidado con aroma a tabaco reciente, libros y papeles repartidos por estanterías, cajones y suelo sin más formas que el caos, réplicas de lienzos con representaciones tan difusas como ominosas, polvo suficiente para ahogar a las cucarachas, y la perenne botella que parece siempre medio vacía pero no termina de acabarse, o quizá alguna musa repone su contenido cuando el detective no mira.

Entonces, ella entró sin mediar pa-

labra, interrumpiendo el enésimo trago, y se sentó en la decrepita silla al otro lado del escritorio sobresaturado con trastos y más papeles junto con artículos recortados de la prensa. Él la miró. Ella no apartó la vista. Una mujer fuerte, de rasgos geométricos, nariz griega y cuerpo indefinido bajo un abrigo inconcordante con el clima actual. Y, sin embargo, no sudaba.

Él aguantó el pulso de silencio un minuto más, hasta que se cansó, apuró la copa e inquirió a la fémina:

¿Puedo ayudarla?

Eso está por ver, detective.

Póngame a prueba.

¿Sabe quién soy, para empezar?

No.

Bien. ¿Intuye para qué estoy aquí?

Infidelidad. Algún acosador. Problemas familiares. Un objeto que quiera recuperar...

Premio de nuevo. Deseo que consiga un artefacto para mí.

Artefacto. Esa palabra. Mala señal. No resultaría un caso sencillo.

¿Cómo es ese objeto y en posesión de quién está?

Una estatuilla de veintitrés centímetros. Representa una quimera. Con alas. Gordura de Botero. Cabeza a medio camino entre humano y pulpo. Recluida entre dos monolitos estampados con pequeños símbolos.

Parece fácilmente reconocible.

Lo es.

¿Lugar y dueño?

La dueña soy yo, no quiero dudas sobre ese tema en particular. El lu-

gar lo desconozco, para eso he venido, para que lo averigüe, detective. La persona que me lo robó se llama Moriarty, un delincuente de alto standing trabajando por encargo.

¿Me puede contar algo más de ese villano?

Temo que no. Pero seguro que consigue información en los bajos fondos. Es su trabajo.

Seguro que sí.

Seré clara. Quiero ese artículo de vuelta en mi poder mañana. A esta misma hora como tiempo límite. De lo contrario, ya no necesitaré sus servicios.

No lo pone fácil, señorita...

Señora Ward.

Yo soy Hodgson, Samuel Hodgson. Para servirla a usted.

No se pase, detective. No me interesa su nombre, solo sus habilidades, espero que acordes a su reputación. Póngase al asunto.

La mujer ya se levantaba dispuesta a irse.

Creo que falta un pequeño detalle a tratar, señora Ward.

No, no falta. La codicia de su profesión lo precede. Tiene ingresada una cantidad en su cuenta. Cuando termine su labor, esa cantidad se quintuplicará. Si fracasa, retiraré los primeros fondos, ¿queda claro?

Cristalino, señora Ward.

Mañana, a esta misma hora, en este mismo despacho, detective.

Para servirla a usted.

Así se marchó, ondeando su abrigo cual capa sin viento. En cuanto se perdió de vista, el sabueso no tar-

dó en abalanzarse sobre el arcaico ordenador y comprobar su cuenta bancaria. Al ver la cifra silbó excitado, imaginando el montante total. Con el corazón a mil, comenzó su tanda de llamadas a los más indeseables contactos mientras sacaba una nota de prensa de ese revuelto, mirando la foto y el nombre bajo la misma en la sección de cultura.

Señora Ward mis cojones, Lady Hill. Quizá nos veamos antes de lo que cree.

Con autosuficiencia, y copiando diferentes direcciones que le vomitaban por el auricular a toda velocidad, terminó el trabajo de despacho, se calzó su sombrero, y se lanzó a las calles con la noche en ciernes.

*

El detective Hodgson alcanzó el risco y se regaló un instante para fumar y rastrear a su objetivo. ¡Allí! ¡Unas huellas difuminadas entre verde y barro! Comprobando la pistola y el cargador de repuesto, escurriendo el sombrero para calárselo de nuevo en la testa, y suspirando como solo suspiran quienes se autoimponen una tarea que en realidad no quieren ni necesitan afrontar, continuó camino entre árboles y espesura alejándose del caudaloso río.

Tras unos minutos, pudo contemplar una construcción en medio del frondoso bosque, ya cansado de bichos y zumbidos. Se agazapó al borde de la foresta, observando con

atención ese claro antinatural, donde nacía y crecía un templo desde la tierra igual que brota una planta, siendo parte una de la otra, porque los cimientos del edificio se confundían con los pliegues del irregular piso, provocando un efecto extraño en la vista, que se sumaba a sus ángulos, de inclinación lesiva, y que terminaron por marearlo. Desenfocó para centrarse de nuevo. Solo importaban dos cosas: un acceso al templo y cómo llegar a ese acceso. Desechada la enorme puerta principal de doble hoja, vigilada por dos corpulentos caballeros con mínima ropa y embadurnados de bronce, a juego con las lanzas que portaban y de seguro emasculados. Circuló en derredor de la edificación todavía al amparo arboleo hasta localizar una entrada secundaria u oquedad. ¡Bingo! A buena altura, pero no imposible de trepar debido a la escalonada pared que en parte simulaba una pirámide maya, cosa totalmente incongruente, y, a palabras de un novelista, inverosímil y falto de coherencia. Pero... Acceso localizado. Paso número dos, cómo llegar. Muy sencillo. Superando el foso.

Un foso. ¡Un jodido foso! ¡Con codrilos! Protegiendo un santuario con forma de pirámide que apenas puedo mirar. Genial. Maravilloso. Anacronía absoluta. ¡Joder!

Aguardó un instante sin dejar de moverse, controlando la cadencia de los vigilantes y alcanzado por una noche de luna llena. Una luna que enfocaba directamente por el

techo de la construcción, que parecía entrar e iluminarla por completo. Pero, por fortuna, afuera se mantenía una parcial oscuridad. Oscuridad que no afectaría a los lagartos prehistóricos.

Allá voy, se dijo. Y fue.

*

Refriegas para sacar información. Toma y daca. Chivatazos y chivatos. Seguir el hilo.

Siete palizas y dos peleas pseudo justas contra soplones, tipos duros, hombres de trapo y algún peligroso remanente de otra época, y al fin se encontraba ante quien tendría la respuesta final. Entre los barboteos sanguinolentos de sus víctimas había conseguido arrancar una lista de nombres relacionados unos con otros hasta llegar al que le interesaba, Moriarty, aprendiendo sobre sus antecedentes y tejemanejes; un recién llegado a la metrópoli que aspiraba a las cotas más altas. Pero no le preocupaba el tal Moriarty en sí, al que en unos minutos tendría localizado, sino el rumor de otra nomenclatura que sobrevolaba sobre el mismo, un apelativo que irradiaba prestigio y miedo por igual en los bajos fondos, y en apariencia jefe del ladrón al que pensaba capturar, Aleister.

Sus recuerdos lo llevaban lejos, pues Aleister y él fueron compañeros, socios, amigos en tiempo vejesto. Aventureros de la senda tenebrosa. Adquisidores de secretos oscuros. Hasta que un conflicto los

separó de forma indefectible, convirtiendo al hermano en enemigo, y así hasta el día de hoy. Intentando con saña no cruzarse uno en el camino del otro, por bien del sentido común, de su salud, de la propia existencia.

Regresó al presente, donde aguardaba una cuita con premio. El rufián que se oponía, ya desvestido de acólitos, repartidos con diversas fracturas y contusiones por el piso bañado en sangre, se jactaba con sonrisa de superioridad y arremangando sus antebrazos fornidos, de tipo marinero. Samuel también sonrió. Un día de contiendas lo tenía en el punto justo entre la tensión adrenalínica, de la cual no le restaba en demasía, y el cansancio. Este sería el último. Después, Moriarty y la reliquia.

Te concedo la penúltima oportunidad para cantar, solo dime dónde se encuentra y quedaremos en paz.

Eres un bufón. No sabes en qué te metes. Ni con quién. Moriarty te destrozaría. Pero Aleister no dejará ni tu recuerdo. ¡Hasta tu condenada madre olvidará que te parió, payaso!

Eso lo veremos. Por las buenas o por las malas.

No podrás conmigo.

Que decidan los puños.

El detective fintó un primer ataque pero lo contuvo, con la función de estudiar a su oponente; gestos, estilo de pelea, velocidad, fuerza, mano predominante. El granuja lo sorprendió en todo ello, fingiendo esquivar ese amago de ataque para

responder con un engaño propio y, casi danzando a ráfagas, colocarse tras Samuel para castigar la parte baja de su espalda con un puñetazo seco que hizo temblar todo su cuerpo.

¿Por qué no había visto el ataque?

Con dolor, pero sin soltar un suspiro, el detective rodó para alejarse y se colocó en guardia de nuevo. El granuja calvo de cuello grueso embistió por segunda vez pero sin trucos, crepitando sus nudillos en el estómago de Hodgson, sisando todo su aliento y doblando el cuerpo del sabueso, que boqueaba con ganas de vomitar las entrañas mismas, desconcertado por la mezcla de habilidad y vigor del criminal, pero lejos de rendirse.

La mejor defensa consiste en un buen ataque. ¡Vamos!

El rufián parecía jugar, divertirse sin aprovechar la ventaja dejada tras cada uno de sus impactos sobre el organismo del detective, conservando una sonrisa hiriente, aunque no tanto como sus golpes.

Samuel acometió con una mezcla de patada, directo a la mandíbula, vuelta sobre su rival, barrido posterior, y un codazo para rematar la sucesión. Preparado a su vez para la acción-reacción con alternativas de improvisado entrenamiento. Apenas contactó con el cuerpo del oponente, duro cual roca, recibiendo a cambio contrataques más lesivos que los propios.

Sangrando por la nariz, con alguna rotura articular, y realmente jodido, el detective rompió sus

propias reglas de honor. Formó un dibujo con los dedos de ambas manos, que se transformó en otro y uno más, invocando una presencia que acabaría con la disputa.

Desde ese círculo esbozado en el aire se disparó una fuerza tan invisible como irresistible. Pero sucedió lo inesperado. El canalla lo vio venir, sacando un medallón desde debajo de la camiseta que remarcaba su musculatura, rezando unas pequeñas palabras que lo activaban. ¡Samuel conocía ese amuleto!

La fuerza irresistible estalló contra una barrera a centímetros del rostro del rufián, pugnando ambas energías junto con la voluntad de los dos hombres.

¿Qué has hecho, Aleister, qué has hecho?

Samuel modificó el hechizo sobre la marcha para acabar con el punto muerto, al fin y al cabo, el amuleto fue creado por él mismo. Con una pequeña variación de la figura que formaban sus manos, la fuerza irresistible agrietó el escudo alcanzando a su perpetrador, que fue impulsado contra la pared a varios metros tras su espalda, y enclavado en la misma.

Exhausto, el detective se acercó recuperando la respiración, el pulso, la compostura. Cogió la barbilla del truhan y lo miró a los ojos, ¡seguía consciente el maldito! Un verdadero titán.

¿Dónde

Puedo

Localizar

A

Moriarty?

No lo volveré a preguntar.

Escupiendo carmesí, el vencido desembuchó una dirección, no lejos. Y a la vez, en un estertor postero, regaló el pésame al detective, que no lo agradeció, junto con una frase prestada:

Aleister me dijo que... cof... te dijese... que volverías con él. Otro mundo se va a abrir. Me dijo... cof cof cof, que te lo dijese...

Ya veremos.

Ya

Veremos.

Siguiente parada.

*

El detective saltó sobre el borde del foso solo mirando cuarenta y cinco grados hacia abajo, al peligro más inminente, esas monstruosidades verde marrones poco disimuladas. Los ojos de los reptiles se encendieron en brasa para capturar la llegada del más reciente piscolabis, escuchando sus jadeos pese al rumor de sordera por la ausencia de oídos, y comenzaron a bullir agitados en su dirección, sobresaliendo sus lomos escamosos de otra era.



Samuel avanzó calculando cada apoyo para que fuese tan leve como efectivo, fugaz pero suficiente para que el impulso generado lo llevase hasta el siguiente sustentáculo.

Así aplastó a uno, dos, tres, cuatro y cinco saurópsidos, así los cabalgó progresando sobre ellos hasta más de la mitad del foso mientras las bestias se giraban sobre sí mismas para intentar agarrarlo con la mordida al sentir su peso, fallando, cerrando la mandíbula sobre espacio vacío. Pugnando después con sus congéneres en pos de la presa saltarina.

Iba bien. Quedaban tres impulsos más. Sin detenerse. Sin dudar. Con este baile coreografiado.

Los restantes cocodrilos entre él y la salvación comprendieron la pauta, el primero no llegó a apartarse para evitarlo. Del segundo tuvo que taconear el morro que ya se abría en infinito para recibirlo. El tercero lo aguardó con sus fauces de abismo como único soporte.

Todo o nada.

Cual funambulista, a pies juntos, con una suela en cada labio dentando para evitar que la mandíbula se cerrase llevándolo por el camino hasta la garganta profunda, y usando su masa y gravedad mientras imaginaba por una milésima de segundo cómo sería el mordisco, y luego el arrastrado bajo las aguas, con ese giro de la muerte para desmembrar a la víctima tan característico del animal depredador. Agresión, laceración y asfixia en uno.

¡¡¡No!!!

Las rodillas como muelles. El impulso postrero. Y abandonó el hócico volando por los aires, con el extremo del foso a su alcance, al que no llegaría por centímetros, lo intuía.

La vida en un espacio tan corto.

Aleteó los brazos pajareando ridículo, lamentando agujetas y lesiones recientes, muchas, esperando ganar ese trecho letal. Hasta los reptiles contuvieron el aliento en ese instante eterno.

Cazó el borde de la roca con el pie. Se aferró presionando con el pulgar y usando de nuevo el resto del cuerpo en equilibrio. Todo para alejarse del foso lleno de dientes, dientes que parecían despedirse con una mueca de emoción contenida.

¡Estaba al otro lado! La entrada subrepticia al templo. A unos metros de trepar.

Sin más demora, y sin más trampas, por favor.

La luna brillaba incidiendo sobre la construcción en alteridad, resaltando sus formas y ángulos mareantes. De nuevo apartó la mirada.

Los guardianes mazados estaban fuera de vista.

Momento y oportunidad.

Sacó la pistola, se caló el sombrero que, increíblemente, no había perdido, y accedió por esa oquedad hacia lo profundo de la tiniebla, añorando fumar.

*

Aleister, Moriarty, la señora Ward y sus muertos de todos. Algo olía fatal en aquella historia, tanto que le parecía una trampa preparada solamente para él. Para su caída definitiva, como si no pudiera acabar solo consigo mismo.

La señora Ward y Lady Hill. Era lo primero que debía determinar en la ruta hasta el ídolo y su ladrón esquivando coches lentos, semáforos y peatones incívicos. ¿Por qué darse un nombre falso? ¿Qué ocultaba? ¿Qué necesidad tenía? Según la prensa y sus indagaciones, Lady Hill era la rica heredera de un excéntrico filántropo, arqueólogo aficionado, y patrocinador de proyectos para locuras varias y mitos improbables, pues el hombre despilfarraba dinero a mansalva como castigo cada vez que alguien acudía a su puerta con nombres cuales: El Dorado, La Atlántida, Agartha... O su última obsesión y donde murió, aparentemente sepultado en un famoso pozo, sin que hayan podido extraer su cadáver; la isla del Roble y el tesoro pirata indescifrable. Enigma pendiente para Samuel. Lo dicho, locuras.

La poco atribulada viuda. Más joven. De carrera. Con oficio propio, traductora. Todo en aparente orden, aunque con apenas datos sobre su pasado, infancia u origen. Pero ¿por qué mentirle? ¿Qué disparador debía sonar en su cabeza con el nombre de Lady Hill?

No le llegaba.

Se encendió un pitillo. Continuó

acelerando como en los coches de choque, atravesando la ciudad cual grieta de un terremoto, en zigzag y sin control, deseoso que la información sacada a guantazos fuere verdad, que su presa no tuviese tiempo de escapar, que recuperase el artefacto cuanto antes para alejarse de todo este asunto de mierda. Dejando atrás a Aleister una vez más. Su némesis.

Llegó hasta el lugar, un piso cualquiera en un barrio periférico. Tercera planta. Típico y tópico, como siempre. La sensación acerca que lo estaban esperando no menguó un ápice. Le dio igual. Subió las escaleras. Revisó su pistola, el cargador, el arma blanca, su caudal de magia y hechizos, el sombrero, y entró patada a la puerta mediante.

Y, por supuesto, lo esperaban.

*

Los pasadizos resultaban claustrofóbicos, poco dignos para el tamaño humano, cuasi reptando, encogido más que caminar ayudado de los brazos y todavía con la agotadora tensión de los cocodrilos pesando en su organismo. Eso, y las tundas. Parecían más conductos de ventilación de una nave espacial que galerías en un templo.

Avanzó.

Recto. Izquierda. Izquierda. Encrucijada y derecha para abajo en pendiente, recto, izquierda, derecha, encrucijada y ahora izquierda, recto y luego derecha hacia abajo, con un rumbo mental que presen-

tía acertado sin que pudieran ayudarlo sus sentidos, pues nada emitía ese templo desde sus entrañas.

Illuminado solo con el mechero que se apagaba a cada poco, pese a no correr una brizna de viento en ese agobiante agujero ramificado. Harto ya de la misión, pero determinado a cumplirla, y si fuese ajustando cuentas con Moriarty, mejor.

Ni luz, ni sonido. Nada. Solo el tacto mostrando a sus yemas la cada vez más rugosa pared, como si estuviese inscrita con algo. Acercó su foco luminoso a la misma deteniéndose. Efectivamente, símbolos, glifos. Incomprensibles. No tanto. Porque se emparentaban con el lenguaje de la magia, aunque en formas que él no había atisbado nunca. Prefirió dejar su contemplación abatido de nuevo por esa sensación de mareo perturbador. Y siguió por las cañerías de la construcción, recto y abajo.

Recto y abajo.

Recto y abajo.

Doliente con cada roce, con cada esfuerzo excesivo de sus hazañas previas por las palizas recibidas.

Hasta que una esclusa se abrió al final de la angosta senda. Una estancia refulgente y muda.

¿Su destino?

*

Por supuesto, lo estaban esperando. Ni se lo pensó al sentir la energía procedente del interior y pateó la puerta con saña para encontrarse a un rufián cenceño, bien parecido, elegante, de pelo encrespado y son-

risa turbia. Una sonrisa solo para Samuel acompañada del objeto del deseo; el ídolo, sostenido en una mano y cuasi ofreciéndoselo.

Moriarty, si no me equivoco.

El sabueso. Estoy decepcionado, pensé que vendrías antes. Perro lento.

Enseguida aceleramos la escena, a no ser que quieras ahorrarte el dolor y me entregues esa figurilla ahora mismo.

Creo que resultará más divertido si vienes tú a por ella, chuchó.

Claro.

Por un momento, y antes de abalanzarse, preparado para cualquier respuesta física o mágica del adversario, Hodgson miró la reliquia. Una quimera oronda de formas sinuosas entre dos monolitos, cola de reptil, alas plegadas, garras y zarpas por doquiera, extremidades de más, cabeza alborotada, y la silueta de un rostro mezcla de humano y bestia que le sonaba, que intentaba descifrar mirando a medias. Lo hizo. Gracias a lo cincelado de sus mejillas puntiagudas, la tersura de sus labios de piedra, la estrechez de los ojos.

«No puede ser...».

Con todo, no debía perder el tiempo. Y atacó. Puño por delante. Irrefrenable. Para topar con un espejo. Con otro puño semejante de igual fuerza. Aparecido de la nada.

Él mismo.

Sabueso, qué previsible. Baila un poco para mí.

El detective intentó superarse, pasar por un lado de esa copia suya

perfecta hasta el dolor. Imposible.
Cabrón.

Tocaba usar sus habilidades telúricas para deshacerse primero de este clon y luego de su creador. Suponiendo que Moriarty no tuviese un medallón como el anterior opo-
nente. Resultó aún peor.

De su gesto con las manos, raudo y supuestamente efectivo, no fluyó nada. No la corriente de energía que esperaba. No el flujo que demandaba al otro plano. Nada.

Perro malo. No, no, no. Tus poderes no funcionan aquí. Pensé que de verdad querías esta baratija, pero no te estás esforzando. Con la fama que te precede...

La pose de Moriarty enfadó más a Samuel, decidido a terminar con todo de una vez. Así se lanzó de nuevo.

Detenido. Su carga mejorada por la carga de la copia. Más brusca, más abajo, más severa. Partido por la mitad en una lanza de hombro al estómago y arrojado contra la pared de manera que se quebró el yeso y quizá alguna vértebra. Doliente todavía de su penúltima pugna.

El cabreo crecía. La risa burlona de Moriarty al otro lado del cuarto, también. Su réplica, agestual entre los dos.

Menos rudo y más preciso. Tú puedes. ¡Vamos!

Así lo efectuó. Fintas, golpes, proyecciones, amagos, contras. Nada. Cada ofensiva fue perfectamente evitada y respondida por su otro yo. Que se enrudecía en los sucesi-

vos envites. Castigando músculos y huesos del detective. Resultando una reproducción mejorada.

La sangre de un solo Samuel bañaba el suelo y lo hacía resbalar en su enésimo intento de levantarse.

No mereces la pena. Qué decepción. Aleister me pidió que no te matara, y eso haré. Hasta luego, sabueso. Acaba contigo mismo.

Y así, de un displicente y refinado salto, desapareció ventana abajo Moriarty. Dejando a la pareja sola. A Hodgson pensando en esas últimas palabras.

Probó de nuevo. Perdía. Siempre perdía.

Como si cada vez que golpease se lo hiciere a él mismo.

Interesante.

Machacado, malherido, tocado en su orgullo, perdió el foco del enemigo clon y cabeceó con fuerza la pared. Con daño. Con brecha que se unía al manar carmesí.

Funcionó.

La réplica se tambaleaba.

Samuel, entre esputos de sangre, se permitió una mueca.

Te tengo.

Un par de autoleñazos bien localizados abatieron a la mimetización. Y en cuanto lo vio flaquear, el detective se impulsó para empujarlo por la misma ventana que su creador usó para desvanecerse. Mirando cómo se reventaba, tras surcar tres plantas de vacío, contra el piso de un callejón posterior. Sin más rastro de vida.

Samuel suspiró y cayó destruido, sollozando su organismo por cada

contusión, por cada rotura, por cada corte, por cada órgano interno dañado.

Incendió un cigarro que apenas pudo fumar.

Humillado. Tiempo ah que no se sentía así.

Para rematarlo, en ese exacto momento, y no en otro, aparecieron ellas por la puerta desvencijada.

*

Una sala vacía, antecámara, porque parecía preceder a otra, con una ornamentada puerta de frente y otra a las espaldas desde donde se dejó caer, esa angosta tubería que arañó todo su cuerpo.

No se movió. Tenía vistas muchas películas, y desde esta mañana se sentía tan apaleado y trágico como Indiana Jones, siempre al límite de la supervivencia inverosímil. Pero aquí nadie diría «corten».

Estudió al detalle las limpias paredes, el techo cóncavo, la entrada simple en la dirección desde la que procedía. Intentando ecolocalizarse en los puntos cardinales, desentrañando el desafío que bloqueaba el acceso a la siguiente estancia. Pero, sobre todo, se fijó en el suelo. Líneas, huecos, rendijas, partes sueltas... nada. Al menos en primera instancia. Dio un paso pluma posando el pie unos centímetros por delante y levantándolo súbito, controlando cualquier reacción de la inerte sala. Nada. Sospechoso. Paranoico. Se obligó a dejar sus miedos atrás, pero no la prudencia.

Sabía, a ciencia cierta, que el ídolo se encontraba tras el obstáculo. Fue lo suficientemente previsor como para vincularse al objeto de forma etérea antes del duelo con Moriarty. Paliza, se recordó.

Tres metros y tres minutos después estaba delante del pórtico. Que se enmarcaba en un arco recorrido por glifos, componiendo un mensaje. Que en el centro ofrecía una rueda más pequeña dentro de otra y dentro de otra, dispuestas para ser giradas. En el sentido correcto. O...

Un ruido lo sobresaltó sumido en absoluto silencio. ¡Rápido! Leyó como pudo los símbolos arcaicos, sin entender casi nada, y se entregó a su instinto alargando las manos hacia la cerradura circular de acertijo.

*

Con Samuel volcado en el suelo, apalizado, superado, vencido, ella reapareció con la otra ella, la Ella con mayúsculas. En la escena de la humillante tunda, del fracaso. Fulgurantes ambas, olisqueando la sangre del perdedor detective, sin duda. Lady Hill y Elenka. Su Elenka, aunque las personas no sean propiedades. El amor perenne.

Ya le advertí, Lady Hill, que con este hombre solo puede asumir el desastre. Mírelo.

No me importan los intentos ni las bajas, solo los resultados. Y el señor Hodgson parece haberse adelantado, querida Elenka.

Samuel estaba escogiendo las palabras correctas, gestionando sucesivas fórmulas de frases en su cabeza para elegir al final la más vulgar: ¿Qué hacéis aquí?

Protejo mi inversión, detective, a usted. ¿Dónde está mi reliquia? ¿Lo sabe acaso?

Sí. Desde luego. Pero veo que no confía en mí. Y que ha decidido jugar a dos bandas.

¿Celoso, Sammy?

Elenka se acercó, cada palabra suya un susurro arrollador para el detective caído.

Dame una dirección, cariño, una pista. Haz que valga la pena. Deja que las mayores nos ocupemos de esto.

Hodgson sufría ignorándola.

Señora Ward, o Lady Hill, como prefiera.

La aludida no torció el rostro ni demostró sorpresa.

¿Podemos hablar a solas?

Empiezo a pensar que intentas librarte de mí, Sammy, cariño.

Claro, detective. Y recuerden ambos que solo me interesa la reliquia. Pagaré a quien la consiga. Como si tengo que contratar a otras cien personas para estimular la competición. Señorita Elenka, haga gala de su reputación, la cual por ahora no ha demostrado. Detective, acompáñeme.

Ni ella ni él, que componían dos mitades indivisibles en su momento, se alegraron con la demanda de su clienta, como tampoco por el tiempo agostado juntos, cosa que quizá contaremos y quizá no. Pero

Elenka desapareció como un barco en la bruma y Samuel Hodgson persiguió, obediente, los pasos de su ama, tras incorporarse pesadamente.

Con la urgencia, pese a todos sus males físicos, de cazar de inmediato a su presa. Con ganas de revancha.

*

Interpretando los símbolos a marchas forzadas, y apelando a su habitual buena fortuna, el detective giró los círculos concéntricos sin orden, empezando por el medio, continuando por el mayor, y dando lustre al más pequeño y cercano, buscando el perfecto encaje para que la puerta se dejase franquear. Nada, ni apertura ni trampa. No conseguía hacer coincidir las líneas quebradas que mostraban los tres discos superpuestos. Y una marabunta de pasos se acercaban a su espalda. Los musculitos eunucos bronceados y aceitados, sin duda. Cerró los ojos y sintió la cerradura, dejando que sus dedos se fusionasen con ella, lejos de pensar, lejos de ser, convertido en instinto. Unos dedos que se movieron ágiles. Lo siguiente fue el tremular del suelo junto con una ráfaga de aire corrupto procedente de la última sala, allí donde un pedestal le ofrecía la reliquia, el ídolo. A su alcance.

¿Y Moriarty?

Avanzó, dejando que la pesada puerta se cerrase tras él, percatándose que no existía otra salida.

*

Usted es la estatuilla. Su cara es la que refleja el ídolo.

Exacto, detective. Lo felicito por su hallazgo.

¿Por qué? ¿Por qué esa fanfarria del falso nombre?

Para protegerme, detective, de todas las formas que concibo.

¿Quién es usted? La he investigado. No existe ninguna señora Ward, y tampoco una Lady Hill antes de su matrimonio con el caballero Arcadius Hill. Parece que surgió de la nada.

Son sus palabras, no las mías.

Si quiere mi ayuda, ayúdeme a entender.

¿No puede limitarse a cumplir con su labor sin cuestionarme?

De normal, podría. Pero míreme. Me han jodido. Mucho. Si fuese listo iría a un hospital para que me remendasen. Pero no lo soy. Quiero cumplir. Quiero devolverle la reliquia. ¡Pero necesito saber por qué lucho y contra quién! De lo contrario, temo que la próxima vez será fatal para mí.

Es... complicado.

No lo creo. Usted es el ídolo. Explíqueme eso.

Soy la guardiana del ídolo, una proyección física del mismo. Arcadius nos encontró. Yo me manifesté a su contacto. Llevábamos ocultas por siglos. Preservadas de las perwersas intenciones de los hombres. Arcadius era diferente. Entendió. Nos cuidó. Nos enamoramos. Man-

tenía el ídolo a salvo. Pero desapareció en la Isla del Roble, tras ese maldito tesoro pirata. Y sin su protección mística, nos descubrieron.

¿Para qué quieren el ídolo? ¿Quién es Moriarty?

Moriarty no es más que un secuaz a servicio. Músculos mágicos. Aunque le intuyo sus propias ambiciones. Quieren el ídolo para romperlo, bajo ciertos preceptos, en un lugar concreto.

¿Romperlo?

Sí. Somos tres efigies, cada una parte de la barrera que mantiene dormida a una entidad pretérita. Si las tres fuésemos destruidas, esa entidad despertaría. Y, por favor, no pregunte más, sería perjudicial para usted, detective.

No necesito saber más. Me sirve. Y se lo agradezco, Lady Hill. Si destruyen la reliquia, usted desaparecerá, ¿cierto?

Cierto. Y habré sido la inútil guardiana de un objeto vital para preservar toda existencia.

Bien. ¡A trabajar! Mañana tendrá el ídolo de vuelta.

Gracias, detective. Le esperaré en el palacete de mi añorado Arcadius, creo que ya conoce su ubicación. Confío en usted. Como también confío en su amiga Elenka.

No somos amigos.

No, son mucho más, lo son todo.

Claro. Allí nos veremos.

*

La estancia final no poseía techo, al menos no visible, pues su culmen

mostraba el firmamento plagado de estrellas y esa luna ahora gibosa, fuera ese espectáculo visual de la localización y el tiempo, por los pocos conocimientos astrológicos del detective. Unos astros nocturnos en movimiento, confabulando, surcando ese cielo de otredad que se unía a la extraña sensación que Samuel padecía mirando al templo. Todo erróneo. Todo imposible. Se concentró.

La reliquia ante él sobre un pedestal. Bien. Enemigos golpeando la puerta entre amenazas guturales. Que jueguen a las adivinanzas.

Coger la reliquia. Preparar un portal. Y hasta luego. Fácil.

Con el hechizo ya en la boca y las manos rozando el ídolo, la ídola más bien, un tremebundo impacto lo impulsó contra la pared. Moriarty se materializó desde la nada, desde lo invisible. Indetectable. Mucho más capaz que él mismo.

No aprendes, perro por encargo. Observa.

Cambiando la composición de su puño, este cayó cual martillo sobre yunque despedazando el artefacto en fragmentos voladores. Samuel pudo escuchar el grito de dolor y extinción de Lady Hill a través de años luz y eones, una súplica final para detener al agresor que se difuminó en el espacio y el tiempo allí donde fue feliz con su marido.

Así es como rompo el primer sello.

Un terremoto se desató en ese mismo momento, un terremoto que cimbreaba los pilares de la edi-

ficación.

El detective trató de lanzar un conjuro, algo que pudiera vengar a la mujer guardiana. No salió nada, nada más que un medallón del cuello de Moriarty, parecido al del matón inicial. Los amuletos de Aleister para frenarlo. ¡Sus propias invenciones! Potenciadas por el poder de Moriarty. Su magia se apagó, dentro y fuera de su cuerpo, dejándolo inánime. Indefenso. Impotente.

Moriarty, todo traje, impostura y sonrisa de Cheshire, cogió el sombrero caído del detective y se lo calzó como propio, sin desentonar con su atuendo.

Y así es como acabo contigo y me marchó en busca de las otras dos reliquias para destruirlas también.

Hodgson, impávido, se encendió un cigarro desde el suelo, acomodado en la pared como un descastado trasto. Las grietas se prolongaban por el techo y las paredes formando cicatrices supurantes, las piedras comenzaban a llover sobre la sala, el suelo tornaba en blando.

¿Puedo hacerte una última pregunta?

No serías un estereotipo de no hacerlo, sabueso.

Ni tú de no contestarla, cabrón.

Jajajaja. En el fondo me caes bien, cachorro amaestrado. Adelante.

¿Qué tienes que ver con Aleister?

¿Con Aleister? Poco. Es un patrocinador. Un poco maestro; Sempai incluso. Hace tiempo que prefiere ver el juego desde fuera a jugar en persona. Está viejo, como tú, perri-

to faldero. ¿Eso es todo?

Eso es todo. Ya hice tiempo suficiente.

¿Suficiente para qué...?

La frase quedó en el aire como el filo que sobresalía súbito en el pecho de Moriarty, atravesado desde la espalda, la última moda de hechicero empalado. El puñal, embrujado, lleno de runas, se retorció en las tripas del villano para salir haciendo el mayor daño posible, reventadas las entrañas, con chorreadas de sangre cayendo por el boquete.

Hijade...

No terminó la frase, no remató la sonrisa, aunque sus ojos muertos continuaban jocosos mientras caía al suelo fenecido. Un suelo que se abrió y se lo tragó mientras el templo se derrumbaba colapsando sobre sí mismo.



Elenka.

Sammy. Me debes una.

Estás con él. Lo huelo. Huelo la esencia de su magia en ti.

Sabes demasiado para tu propia seguridad, querido. ¿Qué debería hacer contigo? Es urgente decidir. Se nos cae un mundo encima.

¿Contarme de qué va esto?

Uy, ya lo averiguarás. Si sales de aquí. Arrivederci, Sammy, cariño.

Y se esfumó.

Chusteando la última calada antes de tirar el cigarro, con la arquitectura mareante envolviéndolo y preparando su sepultura eterna, el detective realizó, con las menguadas fuerzas restantes, un gesto, un simple gesto, que lo anclaba lejos. Un gesto heredado. Un gesto de supervivencia. Un recurso que perdería para siempre.

Desapareció y reapareció, igual de quebrado, igual de moribundo. Igual de orgulloso pese al fracaso. Lloraría por Lady Hill si supiese cómo, al menos por lo que representaba y por su sinceridad final. Injusto. Lo apenaba Elenka, dejaron su apasionada relación cuasi como desconocidos, ahora ya son abiertamente enemigos, triste suceso. Los corazones no perdonan. Sin embargo, con ella, quizá... Bullía de rabia por Aleister, usaba a la gente y luego la desechaba, los enfrentaba unos a otros, se reía tirando de las cuerdas celestiales de titiritero. Eso debía acabar. Con lo que ellos fueron. Juntos. Precursores. Amigos.

Se encendió otro cigarro con resquemor en la cabeza, añorando su

sombrero. Sacó la petaca. Al punto de desfallecer. En una cabaña extraviada en el bosque. Su refugio extremo, el punto de retorno fiable. Esperando que llegase su otro amigo, de los pocos, en lugar tan desolado, y es que el gélido glacial se colaba por las junturas de las paredes, por las desconchadas ventanas. Muriendo de lesiones y frío. Así lo recibía Alaska y su región más recóndita, inexplorada, tierra de misterios. Un nuevo comienzo para Samuel Hodgson. Si sobrevivía. Si su último amigo deseaba ayudarlo. Un comienzo cuyo objetivo serían las dos estatuillas restantes, sobre las que ya elucubraba inmóvil, a las que visualizaba en su cabeza hiperactiva. A ellas, a sus guardianas.

Y, por fin, pese a resultar en perdedor del cuento, sonrió, porque terminaba una batalla para comenzar la guerra.

Aleister, Elenka, ¡voy a por vosotros!



Kristina Yanavichyute (Kaliningrado, 1991) nació en la fría Rusia durante el mes de noviembre, pero lleva habitando las tierras murcianas desde los ocho años. Lectora desde que tiene uso de razón y eterna aprendiz de escritora, tiene predilección por el terror en todas sus variantes, aunque recientemente ha descubierto el bizarro. Algunos de sus relatos aparecen en la revista Literentropía y en la antología EspañaPunk (ed. Cazador de Ratas, 2018). Dedicar el poco tiempo libre que tiene a beber café con cierta adicción, leer, escribir y bailar (esto último se le da de pena, pobrecita, está aprendiendo).



Clark Mlithla atravesó una pila de cristales rotos con los pies descalzos y soltó una maldición en lengua antigua. Subió los escalones muy despacio, mientras iba arrancándose los trozos de piel humana a jirones. El viejo cartel de neón parpadeó varias veces, hizo clic y dejó salir un par de grotescos tentáculos dándole una calurosa bienvenida. Clark suspiró. Llevaba solo cinco días en la ciudad, pero era la tercera vez que acudía al club. Estaba siendo menos cuidadoso que de costumbre, pero, por algún motivo, le había dejado de importar. Entró, dejando un largo rastro de pisadas sangrientas. Un olor nauseabundo golpeó sus seis fosas nasales, causándole un dolor de cabeza casi instantáneo. Se masajeó las sienes, visiblemente molesto. Unas pocas luces iridiscentes bañaban las esquinas del local, dejando el escenario sumido en una semipe-numbra. El Vh'umbrte Club estaba hasta arriba de cadáveres, como so-

L
a
u
e
s
a
n
g

lía ser habitual los últimos viernes del mes. Algo gruñó a su izquierda mientras masticaba lo que parecía ser un buen montón de huesos. Apartó la mirada y siguió andando. Era una visión no apta para todos los estómagos, desde luego. En realidad no le importaba lo que hicieran los gules con los cadáveres, siempre y cuando no le salpicasen el abrigo con los restos.

Metió las garras en el bolsillo hasta palpar la tarjeta de visita, tan manoseada que las palabras se habían borrado de la cartulina. Da igual, se dijo y cerró los ojos para activar su segundo cerebro, el que se encargaba de guardar los recuerdos. Recorrió mentalmente su colección privada de cintas de VHS (era un nostálgico empedernido). Todos sus recuerdos estaban almacenados por categorías. Rebuscó hasta dar con la etiqueta de color rosa chicle que decía «Detective Madeleine Madness». Seleccionó «Interrogatorio nº45». Sus tres filas de labios se movieron reproduciendo la conversación palabra a palabra, intentando memorizar cada gesto, cada parpadeo de los cien ojos de Madeleine Madness.

La mirada severa de la detective se cortó de improviso. Clark abrió los ojos de golpe. Algo enorme y viscoso se había interpuesto en su camino.

—¿Ahf' fuck ymg' ah ah?!

—Lo siento, colega —dijo, levantando las garras—. Me he perdido en mis recuerdos.

—Mgvulgtlagln doppelgängers—

gruñó la criatura y se alejó con el característico burbujeo de su especie.

—Ya, bueno... Que te den a ti también —masculló Clark.

—¿Clarkie? ¿Otra vez por aquí?

Giró la cabeza. Wicked, la banshee a la que conoció en su primera noche en el club, le saludaba efusivamente desde el escenario. Clark hizo un ademán de sonreír, pero dos de sus tres labios se resistieron a participar en semejante acto de falsedad. Wicked se acercó al borde del escenario y bajó de un salto, ignorando de manera deliberada un montón de aullidos de protesta.

—¿No te van a decir nada los Profundos?

Wicked se encogió de hombros con una sonrisa pícara. Los gules enfadados se habían empezado a devorar los unos a los otros, olvidándose de los cadáveres a medio comer que yacían tirados por todas partes.

—¿Lo dices por estos? Míralos bien, Clarkie; no se enteran de nada. En cuanto prueban un par de cadáveres se quedan en un estado prácticamente catatónico. No sé si será por toda la mierda que llevan dentro los humanos o qué... Hace años que no pruebo uno de esos.

—A mí no me mires, dejé de alimentarme de seres que tuvieran un mínimo de inteligencia hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo —dijo Clark.

Wicked se echó a reír.

—¿Por qué no subes conmigo allí arriba, anda? El público que

tenemos hoy es agradecido. A su manera, claro —se apresuró a decir, viendo la expresión de asco de Clark—. A ver, tampoco te esperes una acogida tipo Broadway, cariño, pero estoy segura de que te lo pasarías bastante bien.

Clark no dijo nada. Se miró los pies descalzos, toda una declaración de intenciones, el rastro de humanidad que no quería arrancar. Había dejado de sangrar.

—Clarkie, llevas viniendo toda la semana a este antro. Un tipo como tú, que nada tiene que ver con todos estos borregos. No sé de qué estás huyendo, pero esos cerebros tienen que descansar de vez en cuando. Soltar lastres es muy sano, ya sabes. —Wicked lo cogió de las garras. Su mano era solo piel y huesos. Cálida y helada al mismo tiempo—. Vamos, cielo. Aprovechemos que los gules se hayan calmado un poco. ¿Sabes ya lo que vas a cantar?

Clark asintió. Subió al escenario de la mano de Wicked. Le temblaban las rodillas, pero no quería seguir arrancándose la piel. Se aclaró las tres gargantas e ignoró el abucheo de los gules. La banshee lo miraba con un cariño que no se podía imitar. ¿De qué estaba huyendo? No, en realidad no estaba huyendo. En realidad quería que ella lo encontrase allí, después de tantos años. Cerró los ojos. La cinta de VHS estaba a medio reproducir. Le dio al play. La detective Madeleine Madness le clavó sus cien ojos mientras le leía sus derechos. En sus recuerdos, él tenía las garras

desatadas. Ignoró todas las leyes que prohibían la alteración deliberada de los recuerdos y su índice de criminalidad se disparó aún más. Le acarició una mejilla. La detective se quedó muy quieta. Su mirada cambió. «Joder, Clark, ahora sí que voy a tener que detenerte», dijo con una voz aterciopelada y triste.

Empezó a cantar Lovesong, de The Cure. A los gules les importaba una mierda aquella canción humana del 89. Solo querían ponerse hasta las cejas con aquella carne corrupta, aullar a ratos, sorber un poco de sangre y darse de hostias.

«However far away
I will always love you
However long I stay I will always love you»

Abrió los ojos y la vio avanzar a patazos en su paso hacia el escenario.

Brillaba entre todos aquellos cuerpos pestilentes, trozos de carne maloliente a medio morir y alientos fétidos llenos de dientes que parecían agujas de medio metro. La detective lo miraba fijamente con sus cien ojos vidriosos. Sus patas temblaban de manera incontrolada. Clark vio el brillo de las esposas especiales para los que eran como él. Lloró de alivio. Ni siquiera esperó a que terminase la canción.

Se bajó del escenario, la miró a los ojos y le ofreció las garras.

—¿No me has olvidado? —dijo en un susurro.

La detective sonrió con tristeza.

—Es imposible olvidarte, Clark

Mlithla. Quedas detenido por usurpación de identidad, venta de sustancias psicoactivas y alteración deliberada de recuerdos.

Tienes derecho a un abogado de oficio. Si no te lo puedes permitir, la justicia te proporcionará uno gratuito...

Clark había dejado de escuchar. Las cintas de VHS volvían a bailar delante de sus ojos. Se paseó por las etiquetas. Seleccionó la de color rosa chicle:

«Detective Madeleine Madness».
«Detención nº134».



Carlos Pellín Sánchez. Novelda, 1986. Licenciado en matemáticas. Profesor de secundaria.

Desde siempre ha querido escribir historias. Tras dejar de estudiar, lo intentó con más ganas.

Diestro común de espada larga. Todavía empuña el acero en su corazón.

Publicaciones:

- Cantar de Fayna y el Forastero por Niña Loba editorial.
- La soñada. Relato en el blog de Yunque de Hefesto.
- El baile binario. Mención de honor del concurso Más allá de la muerte en el blog Fabulantes.
- Si hay nadie en el bosque. Relato de la futura antología T.ERRORES 2 de Dentro del monolito.

ME HAS ENCONTRADO. DETECTIVE

Me has encontrado, detective.
Fumas a oscuras en mi casa; buscas mi sombra.

Podría hacerlo, detective:
al fin consumir tu cuerpo y alma de fibra tan dura
en estas ruinas carcomidas, tan solitarias,
de mi mansión, mi castillo, mi coto de caza.

Voy muy despacio. Silencioso.
Me arrastro en el suelo, me restriego en polvo de
huesos;
me agarro dolido a los tiempos de mi gloriosa
juventud.
Cuando temían mi apellido.
Y tú no existías.

Huelo tu carne:
el hambre me tienta.
Tu sigues de espaldas
fumando tranquilo...
Yo me detengo:
he visto tu sonrisa.

Entonces recuerdo
por qué yo te temo, detective.



Me llamo Blanca y soy ilustradora y fangirl a tiempo completo (y nigromante, a veces). Me gradué en Conservación y restauración de bienes culturales en 2018, pero el mundo de la ilustración y diseño editorial siempre fueron mi pasión, así que me especialicé en la Escuela Ilustra de Sevilla en 2020. Entre mis aficiones están ver películas de animación y leer cómic y libros, y siendo muy jovencita ya descubrí algunos de los artistas que más me han inspiran, como Benjamin Lacombe, Victoria Francés o Alessandro Barbucci.

Actualmente, sigo formándome y adquiriendo experiencia en el ámbito editorial y el mundo del libro. Puedes conocerme a través de mis redes sociales como @blanpineapple, tanto en Twitter, Instagram y Tiktok.

Caso cerrado





Jardinero de rosas para Algernon en la Torre Oscura. Entrenador de axolotls invisibles en la habitación 101. Atrapado entre el lado izquierdo de la oscuridad y el corazón de las tinieblas. Crónico de mí mismo. Buscando la palabra precisa desde 1982. Escritor en vivo temeroso de los teclados Mac. Se sueñan micros, relatos y otros brebajes. Agitador cultural desde "Me suenan tus letras", "Hasta el próximo verso" y "Versandanzas". Re-señador inconstante en Café Librería. A veces, alma de cántaro.



¿Sueñan los sintéticos con geometrías no euclidianas?

Para mi ahijada, Astrid

BOG

Visualizo un momento la instantánea que tengo almacenada en mi memoria volátil y la comparo con la fachada del establecimiento. Sí, no hay duda, es aquí. La cortina de abalorios tintinea con un soniquete cristalino cuando la aparto con la mano y accedo al interior. Pese a que no me afectan en demasía los cambios de temperatura, agradezco el fresco que emanan las paredes encaladas de color blanco. Me dirijo al mostrador de aquel pequeño bazar sorteando expositores de postales holográficas e imanes de nevera. Huele a sudor y a cerrado debajo del ambientador floral que enmascara esos hedores desde algún rincón discreto. Soy el único

visitante y mis pasos resuenan, incómodos, por encima de un hilo musical tenue.

A pesar de mi capacidad computacional, debo decir que me sobresalto. He estado tan pendiente de analizar la configuración espacial de la tienda que la mueca agria de la mujer me golpea cuando la miro, ya de cerca, apenas a dos pasos de ese mostrador que delimita una distancia, tal vez, insalvable. Levanta un índice acusador que me hace posar la vista en el renglón de pared sobre su cabeza. Claro, obvio, estamos en la ciudad antigua, en ese núcleo exclusivo de callejas estrechas y bien conservadas, donde se predica y se vive como si el mundo se hubiera detenido hace años. Yo no soy bienvenido. El cartel es muy claro, escrito con rotulador oscuro de trazo grueso «No se admiten sintéticos».

Aclaro mi voz, un eufemismo lingüístico que, en mi caso, significa modular mi tono y sonoridad para resultar conciliador. Pese a que no quiera, pese a la acritud, he venido a cumplir con mi deber.

—Tendrá que hacer una excepción, señora Carpio —pronuncio mientras, con las manos alzadas en gesto de rendición, acabo de dar los dos pasos que median entre ella y yo.

—¿Qué quieres? ¿Cómo sabes mi nombre, sinte? —Instintivamente, en realidad no es instinto, pero cualquier otra forma de decirlo es grosera, se aparta la distancia que permiten sus brazos extendidos.

Sus dedos, crispados, marcan la superficie del tablero con unas uñas largas y pintadas de verde, a juego con el maquillaje que adorna sus párpados.

—Soy el detective de segunda categoría Bogey-03. Me han asignado el caso de la desaparición de su descendiente. Para facilitar nuestra interacción puede llamarme Bog.

Ana María Carpio se destensa, pero su postura aún tiene un alto porcentaje de duda y reparo. A partir de esa información determino que lo más razonable es depositar sobre el tablero del mostrador la credencial que atestigua quien soy. En realidad, a qué me dedico. La mira y me mira. No hay mucho que ver. Los sintéticos no padecemos alteraciones del aspecto facial, a menos que seamos agredidos o nos ocurra un accidente. En ese caso, hasta la reparación, sí podemos lucir intrigantemente distintos. He escuchado rumores en la comisaría de Ollerías acerca de que la fisonomía y aspecto de mi modelo, específico para labores policiales, está basada en la de un actor que dio vida en la ficción a un detective en los estertores del siglo XX. No detecto reconocimiento en la señora Carpio. No la culpo. Ya apenas ponen reposiciones en los agrupadores audiovisuales de la red cibernética que emulan a los desaparecidos canales de televisión.

—¿Así que te han enviado a... ti?

—Por la tipología de su caso los algoritmos han concluido que los sintéticos tenemos menos riesgo.

—¿La tipología de mi qué? Joder, sinte, habla como una persona normal. Malditos burócratas y malditas decisiones delegadas en cerebros de circuito como tú. El «caso» es mi hija y la tipología es «encuén-trenla viva, ostias».

—Lamento que mi circunstancia sea un agravante para usted. Es cierto que mi dominio lingüístico, sobre todo en una lengua tan rica y llena de matices como el neo-castellano, tiene carencias. Sin embargo, no las tienen mis virtudes de investigación. Haré todo lo posible por recuperar a su descendiente.

—Casi me tenías ganada, sinte. Hasta eso último. Mi hija, carajo, mi hija.

—Disculpe yo...

—Dilo.

—Su hija.

—Vale, empezamos a entendernos... Bog. Soy Ana María Carpio —Me tiende su mano derecha, nuestra distancia se rompe. Se la estrecho con cuidado—, aunque ya te deben haber ¿transferido? toda la información sobre mí en ese cerebro de metal. Mi hija Alegría ha desaparecido, dime qué necesitas saber para salir echando virutas y encontrarla.

ENEIDA

Eneida Rocamora se estremece y, con ella, los tatuajes que reptan a lo largo y ancho de su cuerpo. Se está preparando el ritual y el vínculo palpita. La última vez, hace diez

años, no fue capaz de detenerlo. Era más fuerte que ahora o, por lo menos, más ágil; pero también más ingenua: creía que la fuerza física y no la mental podía conducirla a la victoria. Golpea su jergón de paja, amorado del sudor profuso en aquel infierno terrenal, y sale de la cueva que es su hogar.

Lin se despereza y con el repiqueteo amortiguado de sus patas se sitúa a su lado en la entrada de la grieta pétrea. Su lengua áspera le humedece los dedos y, pese a la premonición, el ceño fruncido de Eneida se relaja.

No es noche cerrada, ya nunca lo son. Eneida no conoce otro cielo nocturno que este, cuajado de una luminiscencia insana. Un fluorescente a punto de morir sumergido en cobre oxidado. Salvo allí, claro. No recuerda si siempre lo ha visto con esta claridad o es su vínculo el que se lo permite. Sobre lo que queda de la antigua ciudad de Medina Azahara la noche sí se cierra, o se abre; como un pozo sin fondo, como un ojo ciego palpando la superficie del mundo.

—Vamos, Lin. —Eneida acaricia la cabeza de su gran danesa arlequín—. Necesitamos descansar todo lo posible. Los próximos días van a ser complicados, amiga.

EL FLAUTISTA

La comisaría de Ollerías, en realidad todas las comisarías de la malla policial, se jactan de sus protocolos

de seguridad. Cualquier actividad, desde un interrogatorio a una actuación callejera, queda registrada y etiquetada. Solo hay que esperar el tiempo suficiente, pero, en ocasiones, llega demasiado tarde.

El flautista, nervioso, se acaricia el índice irregular de su mano izquierda. Los dedos de la opuesta juegan sobre los meandros y protuberancias. Un estallido eléctrico le recorre el espinazo cuando palpan las hendiduras redondeadas. Orificios oscuros, de bordes crispados y piel enrojecida. Bajo la uña, el bisel. El dolor le mantiene concentrado. El dolor le mantiene alerta.

El registro posicional indica que Bogey-03 se reunió con sus dos clones, Bogey-01 y Bogey-02, en un patio cordobés reconvertido en tetería cerca de la plaza del Huerto Hundido el martes por la tarde, hace prácticamente dos días. El sistema no detectó este encuentro como una anomalía y no generó una alerta. Los sintéticos son manejables, inofensivos. Están diseñados y programados para ser perritos fieles de cualquier trabajador gubernamental y no se considera un riesgo una reunión de varios de ellos; menos todavía los que forman parte del cuerpo policial. Si hubiese existido una alerta, él habría podido actuar a tiempo. Ahora, casi cuarenta y ocho horas después, además del registro posicional dispone del registro auditivo. Lo ha escuchado ya una vez, incrédulo, incapaz de levantar su

cuerpo fibroso de la butaca.

Mientras sigue jugueteando con el dedo que le proporciona su sobrenombre, vuelve a escuchar la conversación.

[PLAY]

—Bienhallados compañeros, agradezco que hayáis aceptado mi propuesta —pronuncia Bogey-03.

El flautista los imagina sentados. Imagina cómo un primer vestigio de atardecer intenta apaciguar la potencia solar sin ser suficiente. Por eso ese lugar y esa hora son una buena elección. Aún faltan varias horas para que los humanos más atrevidos encuentren razonable sentarse a cara descubierta al cielo.

—Esta reunión es potencialmente irregular, Tres.

—Por eso estamos aquí, Tres. Si las evidencias confirman la irregularidad avisaremos a central.

—Os solicito el tiempo estrictamente necesario para exponer mi argumentación, compañeros. Si al finalizar consideráis que mi computación es errática y obtusa, os agradeceré que notifiquéis mi mal funcionamiento para que pueda ser subsanado.

Pequeños sonidos, imperceptibles, remedos de suspiro. Imagina a Uno y Dos relajarse tras la elocución de su compañero. Los visualiza en su cabeza enfundados en el mismo traje blanco de corte amplio, su uniforme oficial; las piernas rectas, o incluso cruzadas. Distendidos como tres compañeros de patrulla a punto de tomarse unos

finos.

—Según la normativa 47/12 referente a la puesta en común de información confidencial de casos abiertos está prohibido que los sintéticos compartamos detalles específicos de nuestras asignaciones. ¿Estoy en lo cierto?

—Ya sabes que sí, Tres. Ruego vayas al grano.

—Secundo.

—No podía ser de otra manera, Dos —replica Tres, con un amago de chascarrillo.

[STOP]

En esta segunda escucha está clarísimo. Tres ha realizado un chiste lingüístico-numérico basándose en la etimología del verbo secundar. Un recuerdo de uñas largas y lacerantes se abre paso en su cabeza enturbiada. La circular informática contenía varias advertencias sobre la tercera generación de procesadores sintéticos. Sin embargo, él no se preocupó. Siempre había considerado a los sintéticos meras máquinas con capacidades lógicas y de comunicaciones. ¿Por qué preocuparse? Incluso aunque uno resultase ser más avisado de lo normal, que su IA encontrase los vericuetos computacionales para resolver partes del rompecabezas, bastaría con realizarle un borrado de memoria. Se sintió muy orgulloso de su perspicacia tres años atrás, cuando logró argumentar que, para evitar los influjos de locura, los sintéticos eran los detectives óptimos para encargarse de los casos con primigenios involucrados.

[PLAY]

—Teniendo claros esos términos, os abro dos líneas de proceso. La primera, ¿podéis revisar en las normativas de agentes humanos si existe esta misma restricción? Y la segunda: ¿estáis de acuerdo conmigo en que la prohibición es estricta sobre datos específicos por lo que, sin entrar en ellos, sí podemos alimentarnos de nuestra información compartida?

El flautista supone, por la generación de sus procesadores, que Dos es quién termina los cálculos en primer lugar. Lo imagina expectante, aguardando con educación a que Uno también solucione los dos retos lógicos planteados. Hace una mueca imaginando sus rostros. Nunca le gustó el detalle de que los sintéticos desvanezcan sus iris cuando abandonan su consciencia —apagado temporal de la recogida de datos de sus sensores auditivos, olfativos y visuales— para computar con todos sus recursos. Aunque lo envidia. Poder apagarse uno mismo, aunque fuese un rato.

—No hay motivación lógica para dicha discrepancia, pero existe. Tienes razón. Parece una evidencia clara de trato diferencial entre humanos y sintéticos con misma categoría y funciones. Propongo elevar una reclamación legislativa —concluye Uno.

Dos realiza el gesto humano de asentimiento para reforzar a su compañero. O eso da a entender la ráfaga suave de aire que satura por unos instantes el micrófono.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en esta cuestión peliaguda. Sin embargo, os he citado aquí, sobre todo, por la segunda cuestión. Somos máquinas, evolucionamos a partir de la información adquirida del entorno, los seres vivos y de otras máquinas. Sé, porque permanecen abiertos, que estamos los tres atascados en la resolución de casos semejantes. ¿Compartimos?

Hay unos segundos de silencio en la grabación. Un pájaro grazna de fondo. El reverberar falso, de un agua inexistente, que acompaña al holograma de la fuente central del patio se cuela, también, como la distorsión de un oleaje en miniatura.

—Compartamos —pronuncian al unísono Uno y Dos.

[STOP]

Una trampa lógica de un procesador consciente de ser más avanzado que sus dos modelos anteriores. Una trampa para conseguir su colaboración. ¿Por qué no? Sus reglas y sus preceptos rezan que, como agente de la ley, como detective, está obligado a usar todas las argucias y procedimientos legales a su alcance para resolver un caso. En ese aspecto, un sintético es más peligroso que un humano: no se le puede sobornar, no se le puede distraer. Su caso es su vida. Bogey-03 ha hecho lo que se esperaba de él que, a la práctica, supone un enredo de difícil resolución para el flautista.

Unos nudillos apresurados golpean la puerta del despacho. El

flautista se esmera en que el guante negro le cubra por completo la mano izquierda antes de aceptar la irrupción de su subalterno.

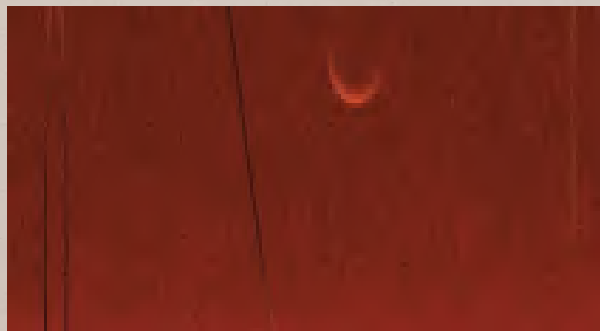
—Disculpe, señor comisario. Hemos recibido una llamada de emergencia. Bogey-03 necesita refuerzos en Medina Azahara.

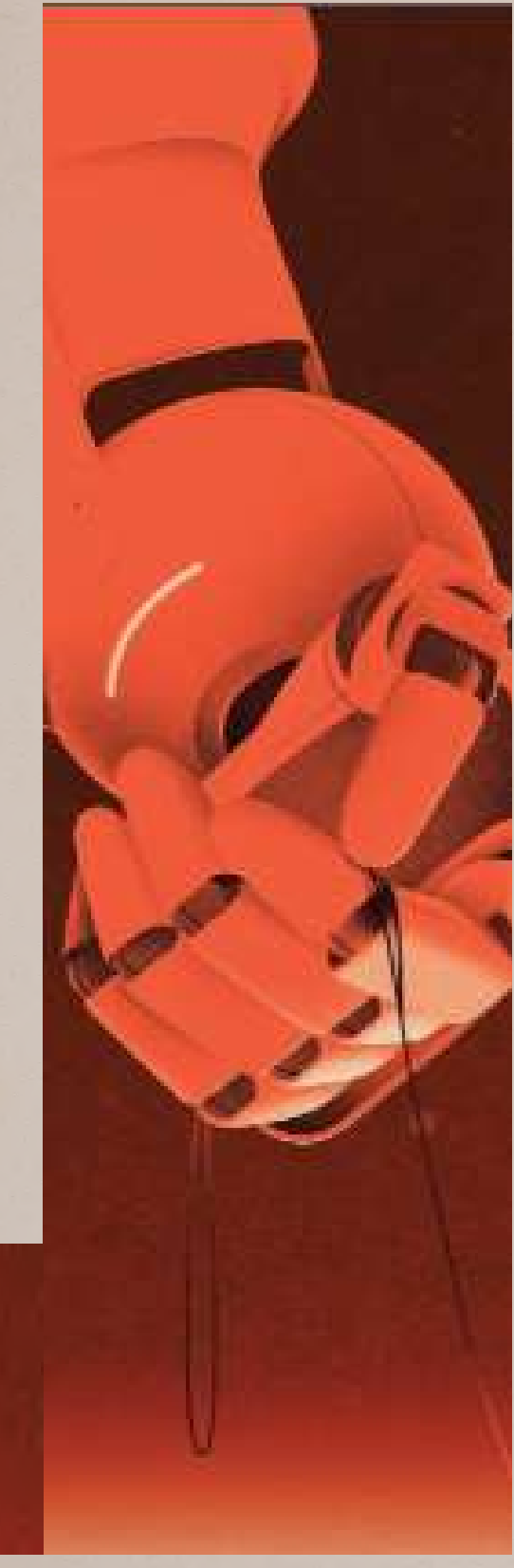
—¿No puede ser un error de Tres?

—Imposible, señor comisario. No ha sido solo él, han llamado los tres Bogey. Están juntos allí. Lo hemos confirmado con los localizadores.

—De acuerdo, adelante.

Mientras el muchacho abandona con premura la estancia, el flautista recorre su dedo enguantado. La capa de cuero evita el contacto piel con piel y la descarga eléctrica no se produce. Sin embargo, el cuerpo humano es un engranaje sugestionable y su cerebro, dubitativo, envía a sus nervios una leve réplica del estallido. El dolor le mantiene alerta. El dolor le mantiene vivo. Ese dolor causado por la malformación que le regaló su señor ante su último fallo. Se le eriza el vello de los brazos imaginando cual será, en esta ocasión, el precio de su error. ¿Y si no hay precio? ¿Y si los Bogey han logrado terminar lo que él apenas se atrevió a empezar?





Duarte está hasta los cojones de ser un segundón. Lleva años tragando mierda en aquella pocilga: guardias nocturnas, patrullas en las horas de sol más inclemente, redacción de los informes más tediosos. Y se acaba de enterar de que, por fin, el decrepito del comisario Mieza se está planteando la jubilación. Eso tendría que generarle orgasmos de gusto si no fuera, claro, porque ya hay rumores de que entre él y Cortázar van a elegir a este último para la sucesión. Tan avanzado el siglo XXI y sigue imperando el maldito racismo. No puede ser otra cosa. Su piel olivácea. Como si en esas latitudes y longitudes no fuese lo predominante. Como si en tiempos pretéritos no se hubiese mezclado sangre árabe con sangre europea dando ese tamiz particular y esa idiosincrasia a las generaciones venideras. Ni siquiera la Unión Mundial del 2030, y su apertura de fronteras global que suscitó la mezcla —si no había ya suficiente— de etnias y razas por todo el mundo, ha conseguido diluir el origen de los genes que siguen campando de Pozoblanco hacia abajo.

Se ofusca y pide otro fino. Anda barruntando qué narices hacer con su miserable vida. Un cambio de comisaría, a esas alturas de su carrera en el cuerpo, le supondrá un retroceso de varios años. Quedarse ahí tampoco es un panorama favorable. Cortázar sabe que él anhela el puesto, va a putearle lo más gran-

de cuando lo consiga. Está seguro de ello. Con su carita imberbe y su piel lechosa, esa tez de adolescente permanente, qué asco de pavo.

Se ofusca y pide otro fino. Y al alzarlo hacia su gaznate su codo encuentra una ligera oposición. Gira la cabeza y su mirada errabunda se encuentra con una figura sentada en el taburete contiguo. Ha debido golpearle sin querer. Pronuncia una disculpa arrastrada por el alcohol antes de finalizar el arco descendente que lleva el suave licor a sus entrañas. Un calorcillo agradable le recorre y se permite un rictus de felicidad momentáneo. Siempre le quedará el fino.

—Siempre te quedará el fino, sí. Aunque comisario Duarte suena mejor.

Duarte pasa la palma por su frente perlada de sudor y tarda unos segundos embotados en reaccionar. No ha sido su voz interior, tan abotargada como él, la que ha pronunciado esa frase. Su lengua húmeda, de repente, se seca. ¿Ha soltado algo en voz alta sobre su situación? Sería una cagada monumental. Ni siquiera recuerda si apagó el micrófono transcriptor de su uniforme al terminar el turno.

—No has dicho nada en voz alta y tu micrófono está apagado.

—¿Quién eres y qué ostias quieres? ¿Cómo sabes que...? —le espeta, entre sorprendido y asustado, girando el taburete con un golpe de cadera para quedar de hito en hito frente al desconocido.

Duarte le observa. Sus senti-

dos están perjudicados y luego se dará cuenta de que es lo que tanto le escama, pero no es capaz de reconocer en ese momento. No parece un hombre, parece un disfraz de hombre. La piel está demasiado tensa en algunos ángulos del cuerpo y demasiado arrugada en otros. El rostro, sobre todo, semeja un conglomerado de partes en precario equilibrio, como si, en cualquier momento, la nariz fuese a desprenderse o a intercambiar su posición con la mejilla. Un hombre disfrazado de hombre. O otra cosa. Otra cosa disfrazada de hombre, que repta intentando ajustarse ese uniforme de carne como él intenta cada mañana ajustarse el uniforme policial.

—Yo puedo hacerte comisario.

—¿Cómo? —pregunta un incrédulo Duarte.

—El cómo no es la pregunta oportuna; sino qué quiero a cambio.

—Pretendes hacer un trato conmigo.

—Mmm... casi certero, amigo. La palabra más adecuada es pacto.

—No soy tu amigo.

—Sin embargo, quieres serlo. Y, si somos amigos, será muy beneficioso para ambos. Te lo prometo.

—Ya te has divertido bastante. Dime de qué me conoces.

El desconocido ríe, si es que ese castañear de dientes puede considerarse una risa.

—¿Cómo puedo demostrarte que soy un ser poderoso capaz de cumplir todos tus anhelos?

Duarte frunce el ceño y su sub-

consciente se pierde en los ritmos sincopados y machacones que brotan de los altavoces del bareto. La música moderna es un asco, refritos de refritos con poca autenticidad, sin ninguna maestría. Ya nadie conoce los instrumentos, nadie los mima, nadie les arranca la sonoridad virtuosa que se lograba en el pasado. Su mente divaga hacia una melodía de su infancia, aquella que su abuela todavía conservaba y escuchaba en un anacrónico reproductor de cd: el «Tango» de Isaac Albéniz. Flipaba de pequeño y siguió flipando, desde entonces, con la ejecución de la flauta.

Sí, esa ejecución. Esa ejecución, con la misma granularidad vetusta del cd antiguo, que le parece estar escuchando... No, que está escuchando. Se frota las orejas con fuerza, mira a su interlocutor, mira a la concurrencia del garito. Nadie hace aspavientos, nadie parece haber notado ninguna diferencia. Sin embargo, está seguro, en el hilo musical está sonando el «Tango».

A Duarte le embarga el terror, el miedo a lo sobrenatural. Su sistema nervioso al completo le chilla que se marche, que abandone ese taburete, que vuelva al día siguiente a pagar a Antonio, que ya le conoce, pero que se marche echando virutas, sin mirar atrás, sin hacer más preguntas. Poco a poco, el oleaje eléctrico se apacigua. Poco a poco, el horror deriva en oportunidad. Una puerta abierta a que sus sueños se cumplan, a lograr sus ambiciones. Es una puerta espantosa

que echa para atrás, aunque ¿no dan miedo todas las grandes decisiones? El martilleo de su pecho se sosiega, su mueca rota se remeda en sonrisa taimada.

—Hablemos —le dice al desconocido.

*

Los primeros meses, el acuerdo es cojonudo.

Cortázar se descabalga de la carrera para comisario cuando, en una inspección rutinaria, dispara a un chiquillo y lo mata. Pese a que afirma no haber pulsado el gatillo. Pese a que afirma que en ningún momento quitó el seguro. El chiquillo desangrado es una prueba irrefutable e inolvidable que los agrupadores audiovisuales de la red cibernética comparten por doquier. No hace falta acicate para que el sensacionalismo y la crueldad llene las pantallas de los dispositivos; aún así hay quien diría que la atención sobre este suceso va más allá de lo habitual.

El comisario Mieza enferma y se ve obligado a abandonar el puesto de forma prematura. El expediente médico, con una marca en subrayador amarillo, atestigua la incredulidad de que la obstrucción arterial haya evolucionado a ese ritmo. El comisario se había realizado un chequeo completo apenas seis meses antes. Ya se sabe, sin embargo, el cuerpo humano, todavía alberga algunos misterios irresolubles.

Los primeros meses, hasta que

el desconocido reclama su contraprestación.

El comisario modifica los horarios de las patrullas en tres barrios de la ciudad.

El comisario pone al cargo de las desapariciones a sus agentes más ineptos.

El comisario encarga, por error, destrucción de pruebas cruciales.

El comisario introduce pruebas falsas en la escena del último secuestro y un vagabundo cumple, a la perfección, su papel insospechado de cabeza de turco.

Ese último secuestro que el desconocido no puede realizar porque debe preparar el ritual y le encarga al comisario.

*

La chica pasea a su perro en la noche calurosa. Es un perro grande. La elección del objetivo es claramente errónea. Sin embargo, Duarte se ha jincado una ristra de finos para armarse de valor. El desconocido le ha prometido que es la última. Tres chicas. El desconocido le ha prometido que, a partir de entonces, podrá vivir tranquilo y él seguirá cumpliendo sus deseos: los confesables y los inconfesables.

El perro, un gran danés, le muerde la mano izquierda y le desgarrá el dedo índice. Duarte aúlla de dolor. El dolor le mantiene vivo. El dolor le mantiene alerta. Consigue tirar al perro por un terraplén, reducir a la chica, meterla en su maletero y conducir hasta Medina Azahara.

Está oscuro. A su alrededor, aunque no las vea, sabe que están las otras dos chicas. Adormecidas o amordazadas. Su chica, la única que conoce, la que él ha raptado, vuelve en sí mientras termina de maniatarla a aquel extraño pilar. Su chica, la única que conoce, la que le mira con ojos suplicantes reflejando apenas la tenue luz de la estancia abovedada. El pilar tiene runas y un tacto nauseabundo. No sabe cómo le viene ese pensamiento, cómo puede vincularse algo que se toca con un olor, pero es así.

—Por favor, por favor, ayúdame —le implora la chica. La voz rota y bulbosa por el puñetazo que él mismo le ha arreado para reducirla.

Duarte no responde. Tiene que sobreponerse. Es la última. A partir de ahí, paz y sueños. ¿Qué precio tienen los sueños? Es ese.

—Por favor, por favor, ayúdame —le implora la chica.

Duarte no responde. ¿Por qué el desconocido le ha obligado a él a raptarla? Ese no era el acuerdo inicial, joder. Él solo tenía que controlar a los suyos, que la policía no husmeara o husmeara sin posibilidad de éxito.

—Por favor, por favor, ayúdame —le implora la chica.

Duarte cierra en falso el nudo. Un error lo tiene cualquiera. Además, su dedo sangra, destrozado, por la dentellada del can. Es normal que yerre.

—Te he atado mal. Espera diez minutos y márchate. No intentes salvar a nadie, no vas a poder.

¡Huye! —le susurra.

Duarte no sabe que el ritual empezará antes de ese tiempo inventado para que la chica no le alcance y vea la vergüenza en su semblante. Tampoco sabe que la chica es desobediente e intentará liberar a las otras víctimas. Tampoco sabe que quedará marcada de por vida. Duarte nunca ha sabido nada.

El comisario sí aprenderá, en sus carnes, que el desconocido no tiene piedad. Su dedo, como castigo por su error, nunca sanará y cobrará el aspecto, deforme e inusual, pesadillesco, de una flauta. Como la del «Tango» de Albéniz.

EL SOÑADOR

El cometido del soñador ha sido soñar desde hace millones de años. En algún tiempo y época está llamado a despertar, pero ese tiempo no es ahora. Y, sin embargo, está despierto y eso le irrita.

Se despoja, con violencia, de su disfraz de carne. Ya no lo necesitará más. Las tres chicas están maniataadas a los pilares rúnicos. Le costó meses arrastrarlos desde las profundidades hasta esa estancia. Si entrase suficiente luz podría comprobarse cómo sus formas toscas, ovaladas y el color sangriento de su roca chirrían como uñas partidas sobre una pizarra entre los vestigios de la ciudad brillante. Aunque tampoco hay ojos que observen. Las chicas están cegadas con paños mugrientos y el soñador ya solo ve con su esencia primordial. En ese

plano no hay colores, solo destellos de energía irisados.

Su letargo fue interrumpido hace unos cientos de años. Unos seres, autodenominados humanos, se habían expandido por el territorio como una plaga. Concentrados en zonas cada vez más pequeñas, con estructuras edificadas, cada vez más apiladas. Nidos de avispas. Colmenas de abejas. Hormigueros a gran escala. Una vez descubiertos ya no podía dejar de oír su ruido, ese cántico efervescente colándose en su intento de sueño y reparo.

En las grutas bajo el mundo, leyó las antiguas runas y fue recordando.

En las grutas bajo el mundo, encontró los mantras, encontró las formulaciones que, tras tan largo descanso, había olvidado cómo pronunciar. Adaptó los rituales ancestrales y supo de donde obtener la energía para regresar a su estado letárgico, al sueño casi infinito del que, no sabía el motivo, había sido arrebatado.

Palpó las entrañas del mundo, rocas, oscuras, húmedas, hasta encontrar puntos de poder que le permitieran trascender su forma y acercarse lo suficiente a la existencia terrena. El soñador no puede quedarse prendado de nada; para quien ha contemplado y soñado eras de tiempo todo está muerto, solo que no todavía. Aun así, se prenda de ese punto de poder en que encuentra intentos atrevidos de invocación a sus congéneres, salas decrepitas con atisbos de runas, el esqueleto de un palacio bello y arqueado brillando bajo la luna.

La sala destartada, iluminada

apenas por el resplandor nocturno, alberga seis presencias corpóreas. El soñador lleva años sin prospectar. Ha corregido los errores del pasado de espaldas a la realidad y la realidad avanza y avanza mucho más rápido que su capacidad de comprensión. El soñador no concibe la existencia de seres que no pueda imbuir con su influjo, que no pueda doblegar. Menos aún, que no pueda percibir. Despojado de sus sentidos humanos es ciego y sordo ante los sintéticos modelo Bogey que reptan por el suelo y se acercan a su improvisado altar.

Fue aprendiendo con lentitud, pero sin desespero pues ya conocía cómo resolver su quebranto. Atravesó el punto de poder, aprendió a poseer y manejar esos vehículos de vísceras y carne que son los seres humanos, aprendió que su manejo es mucho más sencillo cuando no hay resistencia. Fue escogiendo especímenes de la calle. Al principio, no tuvo que alejarse demasiado; luego sí. Comprendió que, incluso entre los miembros más desharrapados, había unos códigos sociales y se vertían vino y cuchicheos al calor de neumáticos ardiendo. Cuchicheos que hablaban sobre un nuevo embrujo en Medina Azahara. Su derrumbado hogar califal.

Los Bogey desatan a las chicas y las guían hacia el exterior. El soñador sabe que alguien las ha ayudado porque ha sentido su cambio de ánimo del desespero y el terror al atisbo de esperanza, pero no sabe nada más y él siempre ha sabido

todo. Si conociese el sabor metálico del miedo lo reconocería en su energía incorpórea. La situación de los Bogey, excepto el factor sorpresa, no es mucho mejor que la de su oponente. Son dos existencias antagónicas que no se comprenden. Para los Bogey, el soñador es un ente que escapa a la lógica y, como tal, sus circuitos se sobrecalientan ante la evidencia de algo inexplicable. Para el soñador, los Bogey son lo contrario a fantasmas, cuerpos sin alma que no comprende, que no puede aprehender. Seres con autonomía que es incapaz de percibir ni colarse en sus pensamientos. Esencia mágica y esencia lógica desarrollan una batalla silente y estática donde su raciocinio es el único en riesgo.

El soñador intenta volver a ponerse el cuerpo humano. Inservible. Aúlla y un viento quejumbroso recorre la sala oscura.

El soñador camina. El soñador conoce. Le basta acercarse suficiente al amasijo simple que es el alma humana para captar sus anhelos y sus secretos.

Así es como una noche dio con Duarte. Un alma oscura y crispada, deseosa de pasar a la posteridad, anhelante de propósitos y ambiciones. Perfecta. Perfecta para que le ayudase en su cometido.

Pronto hará diez años del primer intento, infructuoso. Solo pudo atesorar la energía latente de dos humanas. La tercera sobrevivió, vinculada a él de un modo que ni él mismo entiende. No pudo completar el ritual y amargamen-

te quedó ligado a ese lugar. Ahora ya no es una cuestión de anhelo, si no de necesidad. El lugar de poder exige el sacrificio. Solo así le dejará marcharse a soñar, a soñar, al fin, a soñar. Ya saborea, si le fuese permitido tal sentido, el fin de su enclaustramiento. Esta vez se ha ocupado él de raptar a las tres humanas.

El despojo ha gozado de diez años más de favores por su error. No es justo, y por eso, le otorgó el dolor. Para él, un don; para los humanos, débiles, una maldición.

Se despoja de su disfraz de carne con violencia. Ya no lo necesitará más. Las tres chicas están maniatadas a los pilares rúnicos. El ciclo se abre, el ciclo se cierra.

El soñador se desplaza hacia el umbral. Solo necesita salir, matar a una de las chicas y poseer su cuerpo. El ritual estará perdido, pero tendrá una entidad corpórea con la que enfrentarse a esas presencias inhumanas. Su temor y su rabia van a la par. Lástima que el umbral no esté desguarnecido. Su esencia es repelida por otra pareja a la suya, como dos polos de imán del mismo signo.

—Vengo a reclamar este lugar de poder —susurra una voz que le habla con la lengua primigenia.

Percibe su corporeidad más allá del estallido lumínico y, entonces, comprende.

—No, no puedes ser tú.

—He esperado diez largos años para vengarme —Eneida Rocamora da un paso hacia el interior de la

estancia.

—Eres humana, eres débil —Intenta reírse de ella, desestabilizarla, hacerla dudar.

—Lo soy. Sin embargo, he abrazado esa naturaleza maligna que me inyectaste. Fue un veneno mientras la rechacé y, sí, casi me mató. No puedo decir que su aceptación haya sido un bálsamo.

—Solo eres el desperdicio de mi esencia que quedó adherido a tu cuerpo mortal.

—Si es así ¿por qué tiembles? —replica Eneida, acorralándolo contra los pilares rúnicos.

—No comprendes lo que soy, yo no puedo morir.

—Morir, no. Ser desterrado, sí. Y este lugar de poder seguro se pondrá de mi parte, pues lo has invadido durante diez años sin darle nada a cambio. Has sido egoísta. Toda la energía del anterior sacrificio te la guardaste para ti.

Las esencias se tocan y saltan chispas irisadas a su contacto. El soñador percibe cómo las ondas que emanan de la estancia, hasta ese momento estáticas como horizontes planos, empiezan a encresparse y a sumar sus ondulaciones al espectro que se desparrama desde la figura —cada vez más imponente— de la que antaño fue una muchacha huidiza que dejó escapar, seguro de que moriría envenenada por el mordisco de su energía primordial.

—¡Solo quería volver a soñar!

Las manos de Eneida se mueven con una cadencia regular, las ru-

nas de los pilares resplandecen a un ritmo cada vez más rápido. Un torbellino de oscuridad aparece en medio de la estancia. Las paredes semi derrumbadas chillan con voz casi humana y se resquebrajan, amenazando con el colapso.

—¡Solo quería volver a soñar!

—¡Yo, Eneida Rocamora, te destierro a ti, primigenio! Este portal de poder te queda vetado y te arrastrarás, despierto hasta el fin de los días, por las profundidades milenarias que albergan horrores.

—¡Solo quería volver a so...!

ALEGRÍA

La cortina de abalorios tintinea con un soniquete cristalino.

Alegría traspasa el umbral custodiada por un sinte. «Bog, se llama Bog» se repite a sí misma. Él la ha salvado. Nunca más se dirigirá a ninguno de la forma despectiva que ha empleado toda su vida. Se gira para sonreírle y hacerle ademán de que entre. Bog rechaza con un gesto de cabeza. Alegría entiende que le cede el espacio de intimidad que necesita. Sin aspavientos, sin altanería ni falsa humildad. «Al final, serán mejores humanos que nosotros mismos».

Alegría sortea los expositores abarrotados y serpentea por aquellos pasillos que sería capaz de recorrer con los ojos cerrados sin rozar ningún obsequio de viaje.

La emoción contenida, atascada por el miedo y las imágenes que la perseguirán en pesadillas, se des-

borda cuando su voz se quiebra en una llamada que sí es primigenia y primordial.

—¡¿Mamá?!

Un correteo de pies se acerca, salvando la distancia con el mostrador tras el que se parapetaba su propietaria.

—¿Alegría? ¿Alegría? ¡Alegría!

Las dos mujeres se funden en un abrazo reconfortante y necesario. Las lágrimas anegan sus ojos, humedecen sus labios y cosquillean en su nariz.





Víctor S. Domz (Jaén, 1978), cursó estudios de Informática en la Universidad de Málaga. Su experiencia laboral siempre ha ido ligada a la narrativa en diferentes medios, con trabajos para televisión, cine, teatro, publicidad y, más recientemente, videojuegos, campo en el que ha participado en varios títulos de alcance internacional.

Sus relatos cortos han sido publicados en diversas revistas y antologías (Círculo de Lovecraft, Mordedor, Orgullo Zombi, Dentro de un agujero de gusano, 16 puertas, etc.) y muchos de ellos se encuentran compilados en el libro DESCATALOGADO y otros relatos (Amazon, 2022)



Tópicos

No creas en los tópicos. Es lo que siempre me decía a mí mismo. No creas en los tópicos ni en los clichés ni en las generalizaciones. Son vendas que te impiden percibir la realidad y eso es algo que nunca puedes permitirte. Nunca. Y mucho menos cuando eres —mejor dicho, era— policía. A pesar de ello, hay veces en las que todo parece sacado de una novela barata de estación de tren. Como cuando unos drogatas mataron a mi compañero, justo después de que me contara, henchido de orgullo, que iba a ser padre de gemelos. Estaban tan colocados que ni siquiera se dieron cuenta de que había un coche patrulla aparcado en la puerta y, al vernos, empezaron a disparar. Mi compañero cayó acribillado, todavía agarrando la caja de donuts. ¡Ja! Policías comprando donuts. Y se supone que no tengo que creer en los tópicos.

Después llegaron las noches sin dormir, el tiroteo repitiéndose en mi cabeza, las pastillas para el estrés, los psicólogos intentando que asimilara lo sucedido y el alcohol, consiguiendo que lo olvidase pero, al mismo tiempo, convirtiendo los siguientes meses en una mancha borrosa. Escenas sueltas que se su-

ceden en mi cabeza sin ningún orden. Gritos. Golpes. En casa y en comisaría. Me veo en la sala de interrogatorios, pero estoy en el lado de la mesa equivocado y la última imagen que tengo de mi mujer es la parte de atrás de su Studebaker, incumpliendo varias leyes de tráfico para alejarse de mí lo más rápido posible. Fue ahí cuando estuve a punto de automedicarme una pastilla de plomo directa al cerebro, para lograr conciliar el sueño. Pero se me ofreció la oportunidad de cambiar —en el sentido más literal de la palabra— y decidí seguir adelante a las órdenes de un nuevo patrón. Desde entonces vivo en un motel, despojado de placa y sin nadie esperando que regrese por la noche, así que casi nunca lo hago. La mayor parte de los días duermo en el ridículo despacho de apenas doce metros cuadrados en el que me vendo al mejor postor. Como una puta con pistola. ¿Detective privado? Más bien policía frustrado. Otro tópico.

Es por eso que, cuando veo esa silueta dibujarse contra el cristal de la puerta, no puedo evitar sonreír. Por fin ha llegado. La femme fatale imprescindible en toda historia de género. Enciendo un cigarrillo, en parte para ocultar el olor de mi despacho y en parte para dar la imagen que se espera de mí y la invito a pasar con la voz más áspera que puedo conseguir.

—Adelante, siéntese, señorita...

—Señora.

—Por supuesto. ¿En qué puedo

ayudarla?

—Podría empezar ofreciéndome un cigarrillo.

Fiel a mi papel, le acerco el que acabo de encender. Ella lo acepta sin reparos mientras preparo otro para mí.

Se toma su tiempo para empezar a hablar. No me importa. No tengo nada mejor que hacer y las vistas han mejorado de forma notable en el último minuto, así que me limito a ponerme cómodo, martilleando con el lápiz mi libreta de notas. El encargo, como no podía ser de otra manera, consiste en encontrar a su amado esposo desaparecido. Me esfuerzo en mantener un semblante serio, ya que toda la conversación se me antoja salida de una de esas viejas películas con las que se llenan las sesiones de madrugada en los cines de mala muerte. El desaparecido ronda los ochenta años y es dueño de una gran fortuna. La razón para acudir a uno de los detectives de los barrios bajos de la ciudad tiene que ver con lo poco aconsejable que sería que la policía husmeara en los negocios que habían convertido a su marido en un hombre tan adinerado.

—Nada ilegal, por supuesto —se apresura a decir—, pero nuestra contabilidad puede resultar, digamos, extravagante, para alguien no familiarizado con ella.

Sale de mi despacho bamboleándose, satisfecha, mientras yo cuento los billetes del sobre que me ha entregado como adelanto. Si los títulos de crédito hubieran desfilado

en ese momento, mi personaje no tendría ni nombre. «Detective pardillo», tal vez, porque en pantalla queda mal escribir «El imbécil de los cojones». El imbécil que no se da cuenta de que están jugando con él para cargarle el muerto —nunca mejor dicho— del asesinato que la desconsolada esposa ha cometido. ¡Está clarísimo! ¡Es un tópico! Pero las viejas costumbres llegan a serlo por algo y yo me sigo repitiendo que no hay que creer en los tópicos.

Lo que ocurre en las siguientes horas carece de interés. Un par de preguntas a unos tipos que controlan quién entra y sale de la ciudad y husmear un poco en el club de campo del que el viejo era socio, me sirven para confirmar mis sospechas sobre lo sucedido así que, al caer la tarde, decido que ya está bien de jugar a ser Sam Spade. Utilizo el adelanto para pagar parte de las cuentas que tengo pendientes y me dirijo, sin más rodeos, a la casa del desaparecido, sabiendo lo que me voy a encontrar.

Me aproximo a la entrada principal y doy un pequeño empujón a la puerta. Forzada. Tal y como esperaba. Desenfundo el arma, aunque no la necesito. No desde que cambié. Ni siquiera recuerdo si está cargada o no, pero hay que mantener las apariencias. Recorro las habitaciones hasta llegar a una biblioteca. En ella, desmadejado en un sillón de orejas, frente a la chimenea, encuentro el cuerpo sin vida del dueño de la vivienda. A su lado, un atizador cubierto de san-

gre. No hace falta ser un científico forense para tener la certeza de que se corresponderá a la perfección con la profunda herida del cráneo.

—Suelte el arma.

La esposa, ahora convertida en viuda, aparece desde detrás de una cortina, con un revólver en la mano. Obedezco, curioso por ver hasta dónde llega, esta vez, la situación.

—Me decepciona —dice—. Pensé que un detective como usted no tardaría tanto en aparecer por aquí. Llevo un buen rato esperando.

Me encojo de hombros. Un cosquilleo en la nuca me incita a actuar, pero me resisto. Quiero saber sus intenciones.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Como qué? ¿Emborracharse? Está claro que una buena ducha y un cambio de ropa no estaban entre sus prioridades.

El comentario me alcanza como un látigo de siete colas. Desde el día que cambié, eso es lo que más me cuesta aceptar. No importa cuánto intente disimularlo. Siempre permanece conmigo un ligero olor a tripas de pescado.

—No se preocupe —continúa, al verme torcer el gesto—. En la cárcel tendrá tiempo de sobra para mejorar su higiene. Tan solo tiene que agarrar el atizador para dejar sus huellas y podrá marcharse. Lo que pase después, es cosa suya y de su habilidad para deshacerse de sus antiguos compañeros de la policía.

—¿Y si me niego?

Me mira de arriba a abajo. Como

un biólogo que contempla el primer ejemplar de una nueva especie. La idea me hace sonreír. No se aleja mucho de la verdad.

—Cuando me dijeron que había un tipo en la ciudad que se piensa que es Humphrey Bogart no me lo podía creer. Aun teniéndole delante me cuesta, pero ¡aquí está! Solo he tenido que preparar un escenario similar al de esas historias policíacas y ha aparecido, moviendo la cola como un perrito. Fiel a la voz de su amo.

Siento un escalofrío por la espalda y los músculos de mis brazos se tensan por la anticipación. La voz de mi amo —el verdadero— me exige que actúe, pero la parte en la que las víctimas explican estas obviedades es mi favorita, así que la dejo hablar.

—Si se niega —dice al fin, agitando el revólver—, acabaré con usted y yo misma pondré el atizador en su mano muerta. Le diré a la policía que escuché un ruido, tomé el arma de mi marido y disparé al verle.

—La policía no le creerá. Yo no tenía motivos para matarle. Usted, sin embargo, va a heredar una fortuna.

—Mi marido se había enemistado con media ciudad y una escoria como usted se vendería como sicaario a cambio de un vaso de ginebra. O, mejor aún, podría contarles que éramos amantes y se cansó de esperar a que el viejo muriese. A la policía le encantará. A todo el mun-

do le gusta creer en los tópicos.

Son sus últimas palabras las que logran alterarme. La gente no debería creer en los tópicos. Es lo que llevo toda mi vida diciendo. ¡No creas en los tópicos! Doy un paso hacia ella.

—¡Quieto! ¡Le aseguro que dispararé!

Hago caso omiso y doy otro paso. El revólver suena como un cañón. A través del humo que surge del arma veo su cara. Primero, enfadada. Molesta por haber tenido que cumplir su amenaza. Luego, sorprendida, al ver que me mantengo en pie. Otro disparo. ¿Se puede apreciar en su mirada un atisbo de curiosidad? Sí, cuando se percata del color de la sangre que mancha mi camisa. Miedo. Pánico. Cuatro disparos más y varios chasquidos cuando el percutor golpea contra el tambor vacío. Me arranco la ropa para dejar al descubierto los tentáculos que surgen de mis costados, extendiéndose con un sonido de chapoteo. La atrapan y, sin piedad, tiran de ella hacia la abertura rodeada de colmillos que recorre mi torso.

Mis heridas se cierran mientras mi cuerpo la consume. Noto que mi amo está satisfecho, como cada vez que le entrego una ofrenda. Es así desde que cambié. Desde aquel día en el que sellamos el pacto. El día que perdí mi trabajo y mi familia y decidí que no quería vivir en un mundo en el que no se hace justicia. Apareció cuando estaba a punto de acabar con mi vida y me

hizo su oferta. Desde entonces, yo le proporciono alimento y él me dota del poder necesario para poder acabar con toda esta chusma que se cree por encima de la ley.

Nunca lo ven venir, porque creen en los tópicos. Tienen los ojos vendados por sus ideas preconcebidas. ¿Queréis un buen tópico? La policía no pierde el sueño investigando las desapariciones de individuos con tanto que ocultar que, para resolver sus asuntos, tienen que recurrir a detectives de los barrios bajos.

Además, la gabardina y el sombrero dan un aire de misterio que me encanta.





Amante de la lectura desde antes de saber leer. Dueño de un ojo certero para discernir hasta los más nimios detalles. Gran aficionado a la Historia y azote de gente poco documentada.



DETECTIVES DE ASUNTOS SOBRENATURALES EN EL MUNDO DEL CÓMIC

Me he visto nuevamente honrado con la confianza de las coordinadoras para escribir un pequeño artículo para esta nueva revista, pero el tema es un tanto complicado: ¿realmente hay suficientes investigadores de fenómenos paranormales en el mundo del cómic? Bueno, no hay muchos, pero podemos encontrar unos cuantos.

En principio vamos a dejar fuera, seguro que con polémica por parte de algunos lectores, a los perfiles superheroicos más arquetípicos: Doctor Extraño, Madame Xanadú,

Zatanna Zatara, Deadman, Encantadora o Doctor Fate, básicamente porque su faceta como investigadores queda eclipsada por su acción como superhéroes, de acción mucho más directa contra los fenómenos sobrenaturales. Resumiendo: son personajes que actúan por reacción, no por investigación y prevención o por acción disuasoria.

Sin embargo, de este universo ligado al cómic americano vamos a rescatar a dos personajes conocidos por el gran público: John Constantine y Hellboy (o, mejor dicho, la Agencia para la Investigación y

Defensa Paranormal -AIDP-). Hagamos, pues, una breve semblanza de cada uno de ellos.

John Constantine nace de mano del guionista Alan Moore en el número 37 de *La cosa del pantano* en junio de 1985: se trata de un hechicero británico de clase trabajadora, fumador, chulo, de moralidad laxa y con gran talento para buscarse líos. Su característica principal es que, pese a dominar los secretos de la hechicería, intenta no usarla en la medida de lo posible, fiando a su astucia natural la solución de los problemas surgidos de su relación con espíritus, vampiros, fantasmas y demonios.



El natural carisma del personaje, cuyo diseño se basa en el aspecto del cantante británico Sting, le valió su propia colección —*Hellblazer*— en 1985. Tratamos de él el primero porque es a su sombra que comenzaron a surgir personajes ligados a la investigación detectivesca oculta no sólo en el mundo del cómic, sino también de la televisión (*Supernatural*, *Grimm*...). Pero, como hablamos de cómic, vamos a continuar con dos personajes —uno de ellos ya citado— nacidos de su estela: Hellboy (AIDP) y Harry Dresden (*The Dresden Files*).

Pues bien, la Agencia para la Investigación y Defensa Paranormal (AIDP) es una organización gubernamental oculta que está destinada a proteger al mundo en general y a los Estados Unidos en particular de la acción del mundo de lo oculto y paranormal. En ella nos encontramos al demonio Hellboy, el hombre anfibio Abe Sapiens, la pirokinética Liz Sherman, el homúnculo Roger, el médium ectoplásmico Johann Krauss, el capitán Ben Daimio, la metalokinética Sidney Leach, la momia Panya y el psíquico Garrett Omatta, dirigidos por el Profesor Trevor Brutenholm primero, y por el Doctor Tom Manning después. Las labores de la agencia como tal, con colección propia independientemente de que Hellboy existiese antes, nace en marzo de 1994 de mano de Mike Mignola.

Y pasaremos de puntillas por la figura de Harry Dresden, mago que ejerce de detective privado en Chi-

cago, y que está especializado en la investigación de fenómenos sobrenaturales. Nace de la colección de libros *The Dresden Files*, escritos por Jim Butcher en el año 2000, y tiene su propia colección de cómics.

Pero, sin duda, si hablamos de alguna organización apegada a la figura del detective de asuntos paranormales, esa es la editorial italiana Bonelli, que nos ofrece tres longevos personajes dedicados a ello: Martin Mystery, Dylan Dog y Harlan Draka.



Martin Mystery nace de la mente del guionista Alfredo Castelli en 1982, y viene a ser una especie de Iker Jiménez, pero estadounidense, rubio, atlético y bien parecido: es un aventurero especializado en Arqueología, Historia del Arte, Electrónica y Antropología que se dedica a investigar los grandes enigmas de la humanidad incluyendo, cómo no, aquellos de naturaleza más esotérica, como pueden ser los mitos relacionados con la Atlántida, espíritus errantes, ovnis y demás. De sus investigaciones genera libros que resultan ser superventas y, además, los resultados de sus pesquisas sirven de relleno de un exitoso programa de televisión que él mismo dirige y presenta.

Dylan Dog, en cambio, tiene un perfil más convencional a nivel literario: Tiziano Sclavi, en 1986, crea a este agente de Scotland Yard que, acompañado por su compañero Groucho, investiga toda clase de fenómenos relacionados con fantasmas, brujas, espíritus y mitos descubriendo que muchos de ellos están causados por la obra de seres humanos que intentan explotar los miedos de la gente en su provecho, pero no todos son así.

Y cerramos este pequeño apartado dedicado a la editorial Bonelli con la obra *Dampyr*, que nace con el nuevo milenio por obra y gracia de Mauro Boselli y Mauricio Colombo. El protagonista es Harlan Draka, un híbrido de humano y vampiro que investiga su origen buscando a su padre y que, en su

periplo y como resultado de sus pesquisas, se enfrenta a todo tipo de seres sobrenaturales nacidos del folklore territorial a lo largo y ancho del mundo.

Cambiando de tercio, en España no se ha estilado mucho este arquetipo de personaje, pero no seríamos justos si no mencionásemos dos personajes que, si bien minoritarios, eran acreedores de una calidad y un ingenio poco vistos: *Lazarus Sunshine*, de Aitor Eraña; y *Obliterast*, del triste y recientemente malogrado Nahum «Katakraos» Rivas.

Lazarus Sunshine, creado en el año 2011 y publicado en la efímera revista *Pulp* es un vampiro detective que, con la ayuda de Beryl (una dama de armas tomar) se dedica a hacer cumplir la ley al servicio de Su Majestad en la victoriana ciudad de Nueva Caledonia investigando —y resolviendo— pequeños casos protagonizados por los seres sobrenaturales al amparo de la noche: troles, demonios, espíritus... nada queda fuera de su certero ojo para detectar los más mínimos detalles para resolver el caso.

Y, si bien el personaje es de Aitor Eraña, Nahum “Katakraos” Rivas lo integra en la trama de *Obliterast* que, aunque también apareció en 2011 en las páginas de *Pulp Magazine*, es de creación anterior, moviéndose por el mundo fanzineero. Jarmusch *Obliterast* se desplaza también por Nueva Caledonia como agente perteneciente al Servicio Secreto de la Reina moviéndose

como pez en el agua en el inframundo, enfrentándose a todo tipo de cultistas, demonios, hombres rata y demás quimeras nacidas del imaginario popular a base de redaños y un sarcástico sentido del humor. Un rico trasfondo muy prometedor que, tristemente, que-

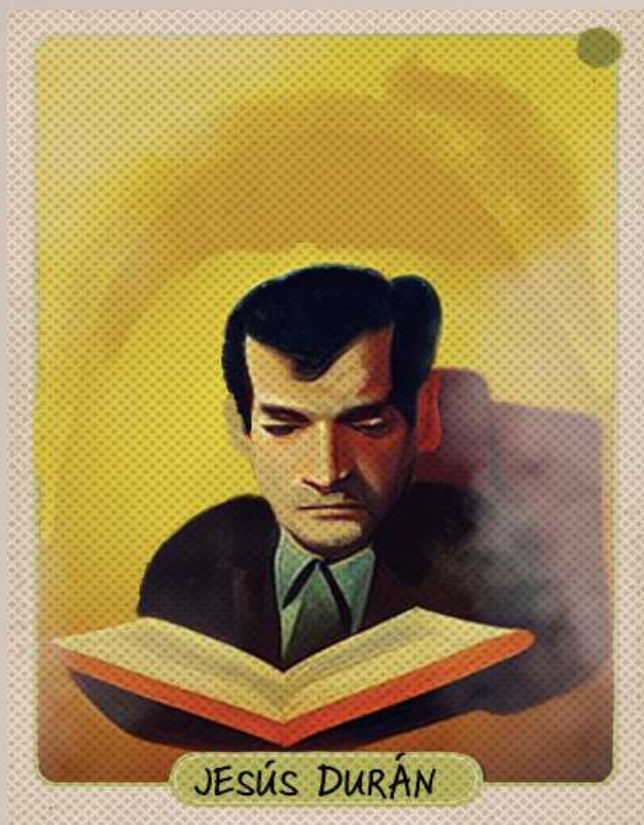


Y ya, para poner el broche de oro a este artículo, mencionaremos un poco de pasada a otros grandes investigadores de lo sobrenatural dentro del rico mundo del cómic: no podemos dejar sin mencionar al primero de ellos, el *Doctor Occult*, de los históricos Jerry Siegel

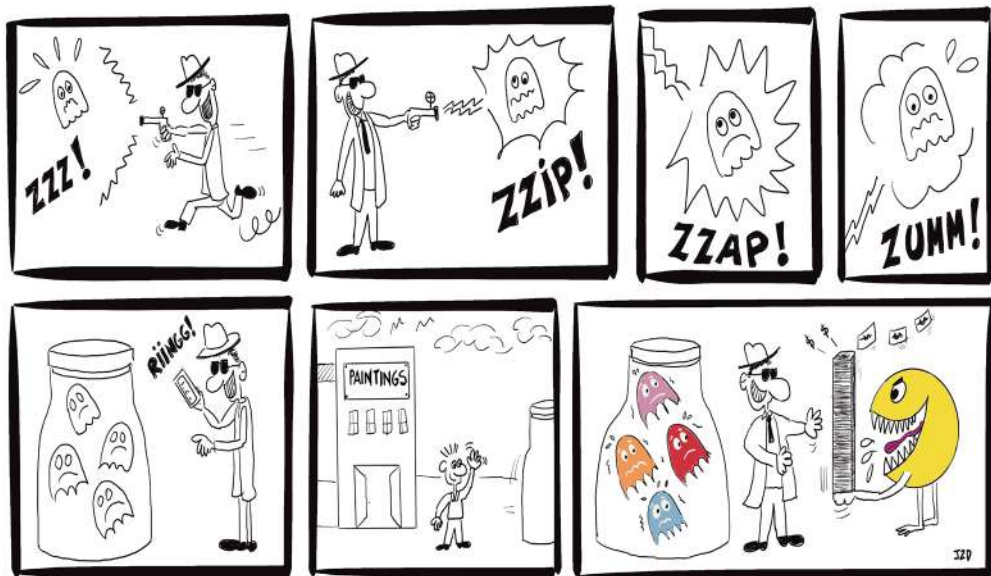
y Joe Schuster, el primer detective ocultista que debutó en 1935 y que pronto adquirió un aspecto *noir* al adoptar como vestimenta un sombrero fedora y un abrigo largo. En 1952 aparece *The Phantom Stranger*, de John Broome y Carmine Infantino, un detective dedicado a desenmascarar eventos sobrenaturales falsos al que pronto dotan de ciertas dotes místicas. Tampoco podemos dejar sin mencionar personajes como *Doctor Spektor* (Gold Key Comics), *Martin Hel* (de Robin Wood, también recientemente fallecido), *Nightlinger* (de Steven Phillip Jones) y *Sebastián O* (de los genios Grant Morrison y Warren Ellis, publicado por Vertigo). Para los que gusten de la obra de Neil Gaiman, también tiene a sus detectives de lo paranormal: Rowland y Paine, de su obra *La cruzada de los niños*.

Aquí os dejo para que podáis sumergiros en el rico mundo de la investigación detectivesca de fenómenos paranormales dentro del mundo del cómic. ¡Metámonos de lleno en la investigación paranormal!





Add color



7/10/22



Mi nombre es Carlos y soy escritor, director y guionista. Tengo formación realizador de audiovisuales y espectáculos por mis estudios en el IES Néstor Almendros, en Sevilla. Mis escritos se han publicado tanto de manera independiente como con editoriales, en el ámbito nacional e internacional. Tengo dos novelas (Salvación Condenada y Peregrinos de Kataik) y una recopilación de relatos (Miedos que me sangran).

He participado en numerosas antologías de relatos (Crann Bethadh, Devoradoras, Transfórmate o muere,...) y en revistas (La Cabina de Nemo, Ab Terra Flash Fiction,...) y diversas páginas web (Fabulantes, HorrorAddicts,...). También es redactor en las páginas web Dentro del Monolito y Espiademonios.

He participado en concursos de cortometrajes express, como Ubrique de cine o Castilblanco y acción, así como otros creados por cuenta propia.

Malditos por las estrellas

El mismo cosmos se deformó como la piel de un cadáver. Seca, pútrida, perdiendo todo lo que le hacía ser lo que era. Ceniza y polvo, moscas y gusanos.

No era ni importante ni poderoso. Las galaxias no eran más que exceso de pintura movida por los torpes dedos de un niño con más poder del que es capaz de manejar en un lienzo inabarcable. Aquello no era nihilismo barato, no era Howard ignorando lo inherente a su naturaleza como ser humano (o parte de uno al menos). Era, más bien, la aceptación de su puesto dentro de la escala cósmica. Nada, menos que nada. Deprimente para algunos, liberador para otros.

Era él en la nada, en el todo, en la oscuridad que mora entre los puntos brillantes que identificamos como estrellas y son más que el suspiro de un cadáver infinitamente más poderoso que cualquiera de nosotros. Nubes de polvo de estrellas de colores imposibles se arremolinaban alrededor del desgarró en la realidad, de aquel zarpazo en la existencia misma que absorbía todo. La herida en la piel de la existencia en la que Howard escarbaba una vez más. El detective lo había visto más de una vez. Era como la leyenda de aquel cuervo que te miraba a los ojos, pidiéndote que



mirases el suyo. Y allí solo había el vacío más puro, el que consume el alma. Ni dolor, ni pena, ni ira.

Nada.

Los colores de las nebulosas se perdían conforme el desgarró se magnificaba y los planetas y estrellas parecían alterar sus constantes elipsis alrededor del dios muerto en el centro de la creación. No había materia en el universo que quisiese acercarse a eso, a lo que de ahí surgiría.

El desgarró continuó aumentando hasta que pareció una puerta, la entrada a una gruta de pesadilla. Todo se había alejado a eones de distancia o había sido devorado, hasta el punto de que Howard flotaba en la negrura y contemplaba la nada. La ropa no se le movía, el aire no entraba en sus pulmones, las articulaciones no le reaccionaban, un hormigueo extraño le recorría el cuerpo. Ya estaba empezando, allí, a mundos de distancia. Algo surgió del portal. Algo inconmensurable.

Solo una fracción de su ser ya hacía estremecer a la creación. Tentáculos, formas ensortijadas de huesos blandos y músculos coriáceos, como una burla a cualquier lógica. Algo que nunca dejaba de surgir, algo que no terminaba de cruzar por aquella puerta, como si la infinitud del universo conocido no pudiera abarcarla. Miles de ojos del color de la locura observaron a Howard con el hambre de lo que se desea y el desprecio de lo superior.

Howard no hizo nada. No era necesario. Se sentía excitado, inte-

resado, maravillado. El horror inabarcable, la cruenta verdad que acompañaba al sino de todo lo que posee cordura. El ácido del estómago comenzó a borbotearle y coágulos de sangre oscura comenzaron a surgirle de la boca, formando burbujas de una oscuridad inconmensurablemente bella. Los ojos se le envidriaron, cosa que no enturbió su visión de la criatura, de aquel dios extraplanar.

Howard no necesitó hacer su pregunta, en un rechinar metálico e incompresible que hizo retorcer su cerebro, el dios le golpeó con todas las visiones a la vez. Con cada imagen que quería que viese, con el pago a su petición. Era como si te lanzasen un espejo a la cara. Todo trozos rotos e inconexos, como si el comprensible reflejo de uno mismo pudiese fracturarse sin importar la posición de la persona reflejada. Una irrealidad tras otra, nada más.

Vio campos regados con sangre, civilizaciones desaparecer en un suspiro tras despertar algo de las gélidas aguas del océano, una explanada llena de niños que no eran niños, una luna roja en un cielo negro, algo levantándose entre monolitos milenarios. Mil apocalipsis, cientos de finales, infinitos horrores. Y, entre ellos, el regalo. La petición. El asesino de Margaret Edwards, la escena, los motivos, una fotocopia del alma misma.

Howard asintió y apretó la fría piedra que tenía en la mano. Las runas chamánicas se iluminaron y tiraron de su alma hacia atrás, ha-

cia lo vivo y terrenal. El dios podría haberlo evitado con una sencillez pasmosa, pero no había razón. Para la deidad, el tiempo era una ley primitiva y una insignificante alma mestiza apenas nada podía otorgarle. Había algo más interesante, más jugoso, que se obtenía al ver aquella proyección astral perderse en la infinita oscuridad.

Se podía mandar un mensaje.

*

Abrió los ojos, pero estaba ciego.

Aire entró en sus pulmones y lo calentó con el elixir de la vida. Vivo a medias, pero iba mejorando. Howard se tomó varios segundos siendo poco más que una esponja de mar que tan solo respiraba. Pronto, todo empezó a aclararse. Sus ojos comenzaron a destilar luz y sus oídos a descifrar sonido. El picor iba desapareciendo y sus dedos empezaron a notar la costra pegada al sofá de tela verduzca. Como pintura cayendo por un cuadro en blanco, todo se fue aclarando. Las paredes de amarillo macilento, como dorado desgastado. Los barrocos muebles de madera oscura, las figuras de porcelana de ojos muertos, las cortinas de color púrpura, como el poder.

Figuras lo observaban a medias. El anciano padre de Margaret, que yacía tirado en el suelo con un moretón formándose en la mandíbula, las dos hermanas de la asesinada con los ojos cincelados en horror y el marido que, con los dientes

apretados, trataba de apuñalarlo. Su traje de hombre de bien había quedado reducido a al desorden de verse atrapado y la suciedad del sudor. Forcejeaba con Caroline, más baja pero más brava, que hacía esfuerzos por detener al asesino en su intento de reincidencia.

—Cabrón —gritaba—. ¡Puto mago de mierda!

Los gritos de asesino eran tan patentes como la inacción del resto de presentes. Las fuerzas de Coraline flaquearon, una pierna se le volvió gelatina y el asesino la apartó de un empujón.

Howard liberó una mano de la costra azulada que ahora lo unía al sofá. El hedor a galaxias ardiendo lo inundaba todo. Howard observó su mano como si fuese ajena a él. Respiró profundamente y se sintió de nuevo en el mundo. El asesino, descubierto, se lanzó contra el hombre postrado en el mismo sofá en el que había asesinado a su mujer. El cuchillo brillaba con el mismo ímpetu que sus ojos.

Un foganazo lo paró todo. Con un chasquido húmedo y gelatinoso, la rótula salió volando como una pelota de tenis. La pierna del asesino se combó entre chorreones de sangre brillante y cayó al suelo, como la gimoteante masa de patetismo que en realidad era. Coraline tenía los ojos muy abiertos mientras observaba la escena.

Howard terminó de liberarse, se sentó y se tomó un instante para que todo dejara de darle vueltas antes de levantarse. De fondo, las

sirenas de la policía comenzaron a tronar. Con ojos que aún tenían demasiado de inhumanos, Howard observó al novio.

—La próxima vez que vayas a delatarte solo avísame y me ahorro el esfuerzo —dijo el detective hechicero, mientras se arrancaba el pequeño tentáculo que pugnaba por terminar de salir de su cuello.

*

Un agente de la policía le dio las gracias por sus servicios y Howard respondió escuetamente. Cuando alguien es capaz de decirte exactamente qué ocurrió, cuándo, cómo y por qué se te ahorra mucho papeleo. Además, a nadie se le ocurriría cuestionar a un dios.

Se armó con su largo abrigo negro y su sombrero y se fue de la estancia, acompañado por Coraline. Esta lo cogía del brazo y ayudaba a que no trastabillara. Andaba medio cojo, aún dolorido y desorientado por la hechicería usada. Se había logrado arrancar todos los apéndices y las profusiones fúngicas que se extendían como un eccema por su piel se iban cayendo a fuerza de rascarse. Sus ojos comenzaban a retornar a un aspecto más humano, aunque seguía pudiendo ver cosas informes observándole desde las esquinas.

Caminaron entre las gárgolas de piedra y los jardines sombríos e incluso pudieron sentarse en el coche. Sin embargo, una vez comenzó a conducir, Coraline no pudo

evitar hablar.

—Tiene que haber formas más sencillas de resolver un crimen.

Howard no respondió al momento. Sacó un cigarro mientras se rasca su alargada cara y lo encendió. La primera bocanada le llenó los pulmones de aire hirviendo, alejándole del frío del espacio.

—Los hay, querida, los hay. Pero son más lentos, más inefectivos y no hacen que te contraten.

—También evitan una muerte segura. —La chica le dedicó una mirada fugaz desde el asiento del piloto—. O algo peor.

—No te martirices, lo has hecho bien con ese loco. Tenía un cuchillo, le echaste valor.

—No es eso, Howard —su voz sonaba cansada—. Un marido celoso no va a asustarme. Sabes a lo que me refiero.

—¿Otra vez con esas?

—Cada vez vuelves peor, Howard. Cada vez dejas más allí. Y no tengo ni idea de que traes de vuelta.

Howard apoyó la cabeza en la puerta del vehículo mientras Coraline cogía una rotonda. Sus ojos se fijaron en el cielo nocturno, en su luna de brujas y sus estrellas hambrientas. Se fijó en el inconmensurable e incomparable espacio negro entre ambas.

—¿Qué crees que soy, Coraline?

—Un detective.

—¿Y un detective qué es?

Hubo una pausa en la que Coraline enarcó una ceja, temiendo verse arrastrada al mundo de cinismo perpetuo en el que vivía el detecti-

ve condenado.

—¿Alguien que resuelve misterios?

—Es un trabajador, Coraline, como un camarero o un electricista. Tiene su uniforme, hace su trabajo, le pagan y se va. Le duelen las piernas y huele mal, pero lo hace porque alguien tiene que hacerlo.

—Nadie debería hacer lo que haces tú, Howard. Es inhumano.

Howard observaba la luna y, en su argéntea superficie, una sombra pareció retorcerse.

—Entonces, ¿qué pretendes? ¿Qué no use más mis habilidades?

—Si no quieres acabar vacío por dentro, es mejor dejar a los de arriba tranquilos.

—Eso es una estupidez, Coraline —dijo Howard apurando el cigarro—. Las maldiciones ocurren quieras o no. Al menos démosle buen uso, ¿no crees?

Coraline estuvo a punto de decir algo que Howard ya sabía. Ella debió notarlo y, dado que él no añadió nada, optó por callarse y conducir. El ruido del motor ahogó todo lo demás.

*

El despacho del detective era gris y anodino, sin ventanas. Al menos un remanso de calma en un universo convulso y carnívoro. En un escritorio vetusto guardaba una copa de coñac cuyo contenido se sirvió en un vaso ancho, sin esquinas, y que aderezó con otro cigarro.

El caos de los monstruos de más

allá del espacio y el tiempo comenzaba a pasar y ya solo quedaba resaca. El alma gastada y la madera seca y polvorienta de las paredes devolviéndole la mirada. Un buche de aguardiente le devolvía algo de vida, de humanidad. Maldito, monstruoso.

Se preguntó que vería si mirase ahora el cielo estrellado. ¿Un héroe sacrificándose por el bien común o un mercenario con más de hechicero oscuro que otra cosa? ¿Blanco o negro?

Otro trago recordándole que no importaba. Los malditos no eligen, ellos siguen el camino que se les indica. Si los de arriba ponen su mirada en ti, ¿quién eres tú para contradecirles? Unos golpes secos precedieron a Coraline, que asomó su cara enjuta por la puerta.

—Jefe, hay una mujer que quiere verle. Algo sobre el asesinato de su marido.

Howard asintió lentamente, apurando la copa. Algo lo observaba desde una esquina, aunque solo él lo viera. Una marioneta, nunca pudo ser más que eso. Solo le quedaba jugar y esperar a ver que tenían preparado; pues los dioses, al igual que los mortales, rara vez eran benevolentes.

—Dile que pase.



La convocatoria del primer número de la revista *Pulporama* aúna dos elementos que marcaron mis inicios como lector. De pequeño empecé con las novelas de Agatha Christie. Luego vinieron las de terror, acompañadas por un apasionado interés por temas sobrenaturales. Con todo ello, es fácil suponer lo mucho que he disfrutado con la escritura de *El ladrón de almas*.

Además de en *Pulporama*, mis relatos han aparecido en las revistas *Creepy*, *Calabazas en el trastero*, *Sable*, *Sueños de la Gorgona* y *Mordedor*. Y en las antologías *Casi cien instantes en un santiamén*, *Orgullo zombi 2*, *Hay otros mundos* y *Sueños, visiones, terrores*. La Editorial Tusitala me dio la oportunidad de publicar mi primer libro de relatos, titulado *En tiempo de monstruos* e ilustrado por Ana Andrés Soria, y este año lo han hecho por segunda vez con mi novela de fantasía *Ehyjvanna*, *La Viajera*, que cuenta con portada de Pedro Belushi.



El ladrón de almas

Esa noche los fantasmas del pasado estaban demasiado inquietos como para dejarle dormir. Desde el balcón de su casa, Dámaso observaba distraído la lejana tormenta que se había formado sobre el Mediterráneo. Los relámpagos hendían la oscuridad como las raíces de un jardín que creciera tras el dosel de nubes. Respiró hondo. Por debajo de la humedad que traía el viento, captó la presencia de algo mefistofélico que recorría las calles silenciosas de Alejandría. Con el tiempo había desarrollado un sentido especial para intuir este tipo de cosas. Deseó con todas sus fuerzas que aquella amenaza no llegara a materializarse, que pasara de largo igual que haría la tormenta. Sin embargo, al poco de regresar a la cama, unos golpes en la puerta le anunciaron que su anhelo no se vería cumplido. Salió del dormitorio con resignación y en el pasillo se topó con su esclavo.

—Vuelve a la cama —le dijo—. Ya me ocupo yo.

El hombre asintió en silencio y regresó como un sonámbulo junto a su esposa.

Cuando Dámaso abrió la puerta, sorprendió a Branko con el puño en

alto dispuesto a iniciar una nueva andanada de golpes. La otra mano estaba apoyada en el pomo de su espada, en una postura que ya le resultaba familiar. Venía acompañado por dos guardias.

—Siento turbar tu descanso —se disculpó—, pero necesito que vengas conmigo. Hay algo que quiero que veas.

*

Resultó que se trataba de un cadáver en uno de los lupanares de la ciudad. El estado inusual del cuerpo, en las antípodas de lo que se correspondería con una muerte reciente, le recordó a las momias de la época de los faraones. La piel estaba pegada a los huesos como si le hubieran succionado la vida, exprimido la carne y los órganos hasta arrancarle la última gota de sus fluidos vitales. Mantenía la boca abierta en un rictus de agonía congelado en el tiempo. Los globos oculares resbalaban por sus mejillas como cera derretida. Sus manos eran garras elevadas hacia el techo de la habitación.

—¿Sabes quién es? —preguntó Dámaso.

—La meretriz no quería soltar prenda, es muy celosa con la intimidad de sus clientes. Pero como este no lo volverá a ser, me ha revelado que se trata de Ib Salaid.

—¿Un persa?

—Exacto. Mercader, para más señas. Él y su socio, un tal Nahalmed, llegaron a Alejandría hace unos pocos meses.

—Ignoraba que hubiera persas asentados en la ciudad.

—La verdad es que se les puede contar con los dedos de una mano.

—Pues ahora te sobra uno. —Chasqueó los labios—. ¿Y qué hay de la chica o chico que estaba con él? Tuvo que ver lo que pasó, ¿no?

—Chica. Sus gritos pusieron en fuga a toda la clientela del local, incluido al acompañante con el que vino el difunto. Es curioso, en lugar de preocuparse por su amigo, abandonó el lupanar a la carrera, sin molestarse en vestirse primero. Una precipitación un tanto sospechosa.

—Quizás temiera ser el siguiente.

—O fuera el culpable.

—¿La meretriz te ha dicho su nombre?

—Qué va, pero no hace falta. Apostaría el sueldo de un mes a que se trata de su socio.

—Ya. Me gustaría hablar con la chica.

—Se encontraba tan alterada que tuvieron que sedarla. Ahora duerme como un lirón y no creo que despierte hasta bien entrada la mañana. Pero contamos con su inestimable relato de lo sucedido. Según afirma, una sombra se coló por la ventana y fue directa hacia este infeliz. Apenas le dio tiempo de levantar los brazos en un acto reflejo para protegerse. Con una simple caricia le convirtió en el cadáver momificado que tenemos delante. Después de eso, la sombra se perdió en la noche.

—Una noche tormentosa, sin luna

ni estrellas, muy apropiada para cometer un asesinato. Cualquier persona vestida de negro pasaría desapercibida... o sería confundida con una sombra espectral. Lo más probable es que el responsable pertenezca a alguna secta egipcia con cuitas pendientes por la ocupación persa que sufrieron antes de la llegada de Alejandro Magno. —Dámaso se encogió de hombros—. Como ves, no hacía falta que viniera.

—No tan deprisa ¿Y qué me dices del cuerpo? Este hombre vivía cuando cayó la noche y ahora parece que lo hubieran sacado de la tumba más antigua del cementerio.

—El asesino habrá utilizado algún veneno desconocido. Por seguridad, yo pondría a la chica en cuarentena.

Branko resopló y aventó el aire con una mano.

—Ya lo estás haciendo otra vez. —Puso los brazos en jarras y le clavó la mirada. Aunque intentó parecer severo, había cierta ternura reflejada en sus ojos—. Comprendo tus reticencias para volver al trabajo, ya sabes lo mucho que siento por lo que estás pasando, pero tienes que dejar de buscar excusas para no afrontar tus responsabilidades. Los dos sabemos que este asunto pertenece a tu ámbito, no al mío. Recuerda que fue el mismísimo rey quien te escogió para tratar con lo inexplicable.

La memoria de Dámaso retrocedió hasta aquel fatídico día y se maldijo por enésima vez.

Alejandría se había convertido en el epicentro del saber y el comercio para el mundo occidental. El trasiego de personas procedentes de los más diversos lugares era continuo. Y todos ellos contribuían a engrandecer su célebre biblioteca, ya que estaban obligados a entregar cualquier documento que portasen para que fuera copiado por los escribas. Eran los llamados libros de los barcos. Ptolomeo II pensó que alguien debería encargarse de las posibles amenazas de índole sobrenatural que pudieran acechar en una ciudad de esas características, la más grande y cosmopolita de su tiempo. Dámaso fue la persona elegida. Aceptó con entusiasmo el encargo del rey, quien puso a su disposición la colección de Libros Ocultos de la biblioteca. Ahí estaba cuanto debía saber.

Poco imaginaba por aquel entonces que esa decisión se llevaría por delante a su familia.

—Nos están esperando en la Escuela de Medicina para hacerle la autopsia —comentó Branko—. Si la causa de la muerte fuera envenenamiento, te quitaré este peso de encima para asumir yo mismo el caso. Pero no te hagas ilusiones.

Los dos guardias envolvieron el cadáver en la sábana sobre la que yacía y todos abandonaron el lupanar.

—Yo empezaría por hacerle una visita al socio. ¿O prefieres ir a hablar con la viuda en primer lugar?

—Quita. Notificar defunciones es tu ámbito, no el mío.

—Pues entonces dirígete a la Villa de Orión, en el barrio Real.

Dámaso oteó el cielo encapotado.

—Me temo que esta va a ser una noche larga— sentenció.

*

Al llegar, golpeó la aldaba de la puerta sin importarle despertar a medio vecindario. Se había levantado un viento que traía gotas de lluvia y jugaba a enredarle la toga entre las piernas.

—¿Qué desea? —preguntó el esclavo que le abrió.

—Necesito ver a Nahalmed por un asunto de suma importancia.

—Pues verá... —titubeó.

—Apúrate, hazme el favor, que los dos sabemos que está despierto.

—El caso es que el amo no... —dejó la frase en suspenso al sentir unos pasos a su espalda.

—Espero que tenga un buen motivo para sacarnos de la cama en plena madrugada —rezongó una mujer desgredada y envuelta en un elegante camisón de muselina. Detrás de ella venía un hombre. Dámaso supuso que sería Nahalmed.

—Tengo unas preguntas que hacerle sobre lo sucedido esta noche en el local que visitó junto a su socio Ib Salaid.

—¡Imposible! —protestó airada la mujer—. Mi marido no se ha movido de casa.

El instinto de Branko no solía errar el tiro, así que decidió jugársela.

—Hay testigos que afirman lo contrario —aseguró.

—¡Pues mienten!

—Mi mujer dice la verdad —intervino Nahalmed—. Las noches no son seguras y me gusta pasarlas en casa.

Dámaso le mantuvo la mirada, intentando descifrar qué ocultaba su expresión hierática.

—Su amigo ha muerto en extrañas circunstancias y le agradecería que cooperase para poder aclararlas.

—¿Ha ido a su casa?

—Todavía no.

—Pues debería. Si lo hace, estoy convencido de que lo encontrará allí, tan vivo como yo.

Se preguntó si sería posible que la meretriz les hubiera mentido sobre la identidad del muerto, y con qué oscuro propósito lo habría hecho.

—¿Por qué está tan seguro?

—Somos almas gemelas. Seguimos las mismas costumbres. Vaya a comprobarlo, si no me cree.

Había algo en Nahalmed que le resultaba impostado. No sabía si era la cadencia artificial de su voz, o su semblante tan poco expresivo. Entonces ocurrió algo muy extraño.

—La noche no es segura —repitió el persa—. Somos almas gemelas. Tan vivo como yo...

—Eso ya lo has dicho antes, cariño.

Su mujer esbozó una sonrisa forzada y le puso una mano en el hombro con la delicadeza de un pájaro posándose en una rama.

—Algunas noches le cuesta mantener la concentración. Trabaja demasiado. Si nos disculpa, mi mari-

do necesita descansar.

Con suavidad, le agarró del brazo y se lo llevó al dormitorio. El esclavo esperó a que se hubieran alejado lo suficiente para compartir una sorprendente confidencia con Dámaso:

—Ese no es mi amo. Son idénticos, pero esa cosa ni siquiera es humana. Es un demonio.

La mayoría de los esclavos debían de pensar eso mismo de sus amos.

—Una afirmación de ese calado no conviene pronunciarse a la ligera.

El hombre fue a replicar, pero se quedó con la palabra en la boca.

—¡Assur! —gritó la mujer—. ¿Dónde estás? ¡Ven a ayudarme ahora mismo!

—No se vaya —bisbiseó, y cerró la puerta.

*

La tormenta había llegado a la ciudad con toda su virulencia y su impresionante sucesión de rayos y truenos. Dámaso aguardó a la intemperie lo que le pareció una eternidad.

—Explícate —le espetó al hombre cuando por fin apareció.

—Una noche, hace varias semanas, tuve que bajar al sótano a por un ánfora de vino y los vi a los dos, a mi amo y a su doble. Lo tiene escondido allí abajo, en una habitación cerrada a cal y canto.

—Crear un homúnculo no se encuentra al alcance de cualquiera.

—Para mi amo lo está. En Persia

pertenecía a un culto siniestro que realizaba rituales blasfemos, desafiando las leyes de la naturaleza e invocando criaturas a las que nadie debería molestar.

El Mayal. Dámaso había leído sobre ellos.

—¿Ib Salaid también formaba parte de ese culto?

—Sí. Ambos vinieron a Alejandría con la intención de dejar atrás su sórdido pasado. O al menos eso fue lo que prometieron a sus familias, pero es mentira. Gracias a esa aberración, sus frecuentes ausencias nocturnas pasan desapercibidas y los dos pueden seguir practicando sus hechicerías en secreto.

—Hechicerías. Ya. Deduzco que Nahamed no ha estado en casa en toda la noche.

—Así es. Vino hace un rato, pero se fue enseguida. Eso sucedió poco antes de que usted llegara.

—¿Tienes idea de adónde ha podido ir?

Assur negó con la cabeza.

—Hay otra cosa más que debería saber —dijo—. A menudo los escuchaba discutir sobre un objeto que trajeron de Persia. Ib Salaid afirmaba que debían deshacerse de él, pues haría que la desgracia cayera sobre ellos. En cambio, mi amo opinaba lo contrario. Defendía que ese objeto los protegería de ese peligro que tanto temían. Hace tres días la discusión subió de tono. Ib Salaid amenazó con robarle el objeto para destruirlo y mi amo le respondió, muy enojado, que se atuviera a las consecuencias si hacía tal cosa.

Nunca lo vi alterarse de esa manera.

—¿Tan valioso es ese objeto como para matar por él? —musitó para sí—. Está bien. Me has sido de mucha ayuda.

El esclavo se despidió con un gesto.

Dámaso se encaminó hacia su casa bajo una lluvia torrencial, rumiando todo lo que había averiguado. Seguro que esos dos aprendices de brujos empezaron a llevar una doble vida en cuanto llegaron a Alejandría, y no solo para visitar los locales de más baja estofa de la ciudad. A saber a qué otros menesteres se habrían dedicado. Demasiadas preguntas sin respuesta. Su mente bullía de ideas y suposiciones. De momento, lo único que tenía claro era que debía encontrar a Nahalmed, al auténtico; pero para hacerlo y descubrir qué papel jugaba en esta trama. No le iba a quedar más remedio que recurrir al djinn, algo que había tratado de eludir desde el principio, pues sería una experiencia dolorosa. Como hurgar en una herida abierta que nunca termina de cicatrizar.

Al zambullirse en los Libros Ocultos de la biblioteca de Alejandría por primera vez, Dámaso quedó fascinado por el glosario de criaturas y posibilidades de las que hablaban sus vetustas páginas. Pretendió vincular a un espíritu sin estar preparado para ello, ni prevenido para las consecuencias que su error provocaría. La entidad que conjuró dejó algo malo dentro

de su única hija y nadie, ni doctores, ni sacerdotes, fueron capaces de hacer nada por ella. Aquella tragedia destrozó su matrimonio. El sol se puso sobre sus vidas y ya no volvió a salir. Su mujer le culpó de su muerte. La culpa también se cebó con Dámaso, carcomiéndole las entrañas, creando un profundo vacío en su interior. La situación entre ambos se volvió insoportable. Una mañana, ella se subió a un barco rumbo a Grecia. Él ni siquiera la vio partir.

Demasiado tarde, los Libros Ocultos le enseñaron cómo tratar de forma segura con las entidades que pueblan ese Limbo que unos llamaban Hades, y otros Inframundo o Éter. Nada más entrar en contacto con una de ellas, había que confinarla en un objeto como paso previo para someterla. De ese modo, el espíritu quedaba a merced de las palabras que sellarían el vínculo. Algo tan simple como eso habría evitado que su hija corriera el más mínimo peligro.

*

Llegó a su casa calado hasta los huesos. Se quitó la toga empapada. Caminó desnudo hasta una alacena y cogió un trapo para secarse. Su esclavo apareció al poco. El resplandor de los relámpagos que se filtraba por las ventanas le confería un aire fantasmagórico.

—¿Le preparo una infusión para que entre en calor?

Dámaso estaba tan concentrado

en la tarea que le esperaba, que ni siquiera contestó. Se dirigió a su dormitorio y sacó un baúl de debajo de la cama. Extrajo un frasco de su interior. Lo destapó y bebió el contenido. Arrugó el ceño. Estaba amargo. Lo guardó y cogió el pellejo negro del que fuera el gato de su hija. Ella le llamaba Ónix. Se lo encontró sin vida un mes después de su prematuro fallecimiento. Aquello le llevó a preguntarse si los animales podían morir de pena. Cuando estaban vivos, su hija y el gato habían sido inseparables. En la Escuela de Medicina vaciaron su cuerpo y lo cosieron para que pudiera convertirlo en la vasija donde encerraría al djinn. Justicia poética. Se tumbó en la cama y colocó lo que quedaba de Ónix sobre su pecho. Experimentó los primeros efectos del brebaje que había ingerido. Su cuerpo se relajó. Su mente navegó a la deriva durante unos instantes, luego naufragó en las profundas aguas del sueño.

Entonces el pellejo del gato adquirió volumen y se irguió cuando el djinn tomó posesión de él. Sus ojos refulgían como sendas esmeraldas. A través de ellos, Dámaso podía vislumbrar una Alejandría diferente, inmaterial, que se superponía a la real y tangible sin llegar a tocarse, salvo en contadas ocasiones.

El djinn no perdió el tiempo con él. En estos casos, Dámaso rara vez llegaba a verse inmerso en su trance onírico. El taimado espíritu giró la cabeza y allí, a los pies de la cama, estaba su hija mirándole, como siempre, desde unos ojos preña-

dos de incompreensión. Al contrario que su esposa, ella no le había abandonado. Su pequeña figura traslúcida aparecía envuelta en un halo de luz opalescente. A Dámaso se le encogió el corazón. Nunca podría acostumbrarse a su visión, a ser consciente de su presencia. Por eso el djinn era lo primero que le mostraba tras ser invocado, para hacerle revivir su pérdida y recordarle que no ejercía un control total sobre él.



Una vez cumplido con el ritual de rigor, el gato alcanzó la ventana de un brinco. Con una agilidad que envidiaría cualquier felino, saltó de tejado en tejado hasta encaramarse en lo alto de una torre. La tormenta arreciaba con fuerza. El mar agitado mecía las embarcaciones como si quisiera desprenderse de ellas, arrojarlas a tierra firme. Desde allí, los espíritus que aún quedaban en la ciudad ofrecían un calidoscopio de los más variados colores. Dámaso había aprendido que cada uno correspondía a un estado de ánimo. Sí, los muertos sienten y padecen. Eso lo sabía muy bien, así como que aquellos que despedían un resplandor azulado eran los que más problemas daban, los que hacían necesaria su intervención.

Pero esa noche no había salido a la caza de espectros rencorosos y vengativos.

Hizo que el djinn buscara algo fuera de lo habitual. Lo encontró enseguida en la zona cercana al puerto. Los difuntos abandonaban esa parte de la ciudad vistiendo sus almas con un brillo granate que delataba un intenso terror. Miró con más atención hasta localizar a la sombra. Se movía como un perro de presa. La cuestión era si acudía a la llamada de su amo, o seguía el rastro de su objetivo. No irradiaba resplandor alguno, sino que parecía absorber toda luminosidad que se encontrara en su camino. Era un agujero insaciable de hambrienta oscuridad. No tuvo que ordenar al djinn que saliera tras ella. El espí-

ritu emprendió la persecución por iniciativa propia. Aunque ya se había resignado a estas muestras de rebeldía, siempre le disgustaban.

Sus sospechas se vieron confirmadas y la sombra los condujo hasta un almacén donde se encontraba Nahalmed. El djinn accedió al edificio por un hueco que había entre unas tejas sueltas y se quedó apostado en las vigas del tejado. Dámaso distinguió al persa dentro de un círculo trazado con sal en el que, coincidiendo con los cuatro puntos cardinales, había dibujado los símbolos que correspondían a los cuatro elementos de la naturaleza. En sus manos sostenía un llamativo rubí con forma de calavera. El objeto del que le había hablado Assur. Nahalmed fue a buscarlo a su casa tras huir del lupanar. Ante la llegada de la sombra, lo alzó por encima de su cabeza y comenzó a recitar una retahíla de oraciones que encadenó en un bucle que repetía una y otra vez. Dámaso fue testigo de cómo la energía del conjuro brotaba de su boca en forma de filamentos de una blancura inmaculada que envolvieron la calavera en una crisálida deslumbrante. De ella surgió una diminuta luz dorada, un sol en miniatura que fue creciendo hasta convertirse en un orbe luminoso de un tamaño imposible de abarcar con los brazos abiertos. Las cajas, ánforas y sacos apilados por doquier quedaron bañados con el prístino destello que irradiaba. La sombra se estiró hasta alcanzar su altura y habló con una voz

cavernosa, en un idioma que muy pocos oídos humanos habían llegado a escuchar.

Tendido en su cama a mucha distancia de allí, Dámaso se agitó como si tuviera una pesadilla. El pelaje de Ónix se erizó y el djinn siseó igual que un reptil. La esfera resplandeciente se amilanó ante el poderoso ser envuelto en un manto de negrura palpitante. Tembló como la llama de una vela cuando se abre una puerta y empezó a encogerse, mientras los hilos de luz del sortilegio que se habían trenzado a su alrededor se desmenuzaban igual que un mendrugo de pan duro. Aterrado, Nahalmed constató cómo sus palabras perdían efectividad y la entidad en la que había depositado todas sus esperanzas se batía en retirada.

—¿Qué haces? ¡Enfréntate a él! —gritó con los ojos desencajados—. ¡Yo te lo ordeno! ¡Obedece o apagaré para siempre la llama que alimenta tu mísera existencia!

Su amenaza cayó en saco roto y el ser ígneo regresó al interior de la calavera, haciendo que volviera la oscuridad.

—¡Maldita luciérnaga del Infra-mundo! —rezongó con una mezcla de miedo y desprecio en su voz.

Nahalmed no era el asesino. De hecho, estaba a punto de convertirse en víctima. Y le necesitaba vivo para saber quién les había enviado aquella sombra con el propósito de matarlos y por qué. Así pues, ordenó al djinn que se lanzara en picado sobre ella. Sin embargo, no

fue una buena idea. El poco tiempo que el djinn pasó en las entrañas de aquella nube tormentosa, intentando dar con su oscuro corazón para hacerlo trizas, Dámaso experimentó una desagradable sensación de absoluto vacío, como si estuviera suspendido entre la vida y la muerte.

Para su alivio, la sombra escupió al djinn contra unas cajas. El golpe lo dejó aturdido. Cuando se incorporó, ya era tarde para Nahalmed. Había visto la oportunidad de escapar y echado a correr, pero no llegó muy lejos. La sombra le dio alcance en plena calle. Dámaso pudo ver cómo se inclinaba sobre su cuerpo desmadejado, le quitaba el rubí de sus manos acartonadas y abandonaba con celeridad el lugar del crimen.

El djinn salió tras su estela sin perder un instante. Al pasar junto al cadáver del persa, Dámaso tuvo una fugaz visión de su aspecto. Marchito. Sin alma. Como el de Ib Salaid.

Una sombra y un gato negro a la carrera por las calles de Alejandría. Ni siquiera los fogonazos cegadores de los relámpagos habrían permitido que nadie les pudiera ver. La sombra irrumpió en la biblioteca como un vendaval que atravesó templos y estancias umbrías. Las estatuas y bustos temblaron en sus pedestales a su paso. Cuando llegó a la sala en la que trabajaban los escribas, desapareció del mundo de los vivos. Al djinn no le hizo falta ver dónde se había escondi-

do. Su fino olfato le guio hasta una estantería repleta de rollos de papiro y pergaminos. Los arrojó todos al suelo ante la estupefacción de Dámaso, que nada pudo hacer por evitarlo. Luego, de un zarpazo certero apartó uno de ellos. Con más tozudez que pericia, consiguió desenrollarlo y comenzó a escarbar en él de forma convulsiva, como si quisiera borrar cada una de las palabras y dibujos que ilustraban su superficie. Dámaso se percató de que era un tratado de astronomía escrito en persa. Entonces un apéndice tentacular de oscuridad surgió del pergamino, atrapó al djinn, enroscándose en torno a su cuello, y se lo llevó consigo al otro lado.

Roto el vínculo, Dámaso se despertó de súbito. Tenía la respiración acelerada y el cuerpo bañado en sudor. El corazón le latía con fuerza. Salió al balcón y trató de poner en orden sus pensamientos. Ahora conocía el objeto en el que se ocultaba aquel ser. Alguien lo había enviado hasta Alejandría dentro de uno de los libros de los barcos. Ya solo tenía que mirar en el registro para saber de qué embarcación fue requisado y aguardar a que el capitán viniera a recogerlo. En la mayoría de los casos, la biblioteca se quedaba con el original y se devolvía la copia que habían hecho los escribas. Pero el dueño de este pergamino no estaría dispuesto a desprenderse de él por nada del mundo.

Y en cuanto apareciera, lo atraparían.

*

El día amaneció radiante, con el cielo completamente diáfano. Dámaso se preguntó si la tormenta de la noche anterior no habría sido conjurada con el propósito de que nadie pudiera abandonar Alejandría. De hecho, Branko le confirmó que Nahalmed, antes de refugiarse en el almacén, intentó a la desesperada que alguno de sus barcos se echara a la mar para sacarlo de la ciudad.

A Dámaso la biblioteca le inspiraba sentimientos encontrados. De todos los extraordinarios descubrimientos que se realizaban entre sus paredes, ninguno repercutía en mejorar las condiciones de vida de la gente humilde y trabajadora. La mayoría de la población se veía excluida de ellos. Una injusticia imperdonable. Pero sin ella, sin el saber y el espíritu de aprendizaje que fomentaba, la humanidad sucumbiría a una era de tinieblas e ignorancia de la que quizás no pudiera salir.

Zoran, el capitán de El Áspid de Fuego, se presentó temprano. Sin duda, tenía prisa por partir. Dámaso se sintió decepcionado. Esperaba a un mago consumado de El Mayal. No a un recadero.

—Tú no eres persa —aseveró.

—Ni quiero serlo —contestó el joven—. Yo nací siendo esclavo, y los esclavos no tenemos patria.

—Entonces tampoco eres capitán de ningún barco, ¿me equivoco? —insinuó Branko.

—No, pero soy el único de la tripulación que sabe lo del pergamino. Y debo llevármelo. Mi libertad depende de ello.

El guardia esbozó una sonrisa despectiva.

—¡Cuánta arrogancia para ser un esclavo!

No es arrogancia, pensó Dámaso. Es candidez. Cree que si confiesa no le pasará nada.

—¿La libertad es lo que te ha prometido tu amo a cambio de traer la muerte a Alejandría?

—Mi amo no tiene nada que ver en esto. Él ni siquiera sabe que estoy aquí.

—Vaya. Qué osado. Entonces lo cogiste para usarlo por tu cuenta.

—¡No! Todo es cosa del emir Azmeghiam. Yo solo sigo sus instrucciones.

—¿Y quién es ese emir?

Zoran dudó antes de contestar.

—Es el cabecilla de una facción rival a la que lidera mi amo en el culto que ambos profesan. Lo sé por las reuniones que se celebran en palacio. Para vosotros, los esclavos somos como los muebles, y nos enteramos de muchas cosas.

—Esas reuniones que dices, ¿guardan relación con El Mayal?

—¿Los conoce? Entonces sabrá que son personas temibles y poderosas.

—No lo pongo en duda.

—Azmeghiam quería vengarse de dos traidores que le robaron un objeto muy preciado. Descubrió que habían huido de Persia buscando la protección de la que goza esta

ciudad, ya que Alejandro Magno, cuando expulsó a los persas de Egipto, ordenó levantar una barrera mágica que impidiera a los descendientes de los fundadores de El Mayal volver a poner un pie en estas tierras.

Dámaso se quedó sorprendido. Era la primera noticia que tenía al respecto. Le quedaba todavía mucho que aprender de los Libros Ocultos.

—Para ejecutar su venganza, el emir necesitaba el pergamino que obraba en poder de mi amo —prosiguió Zoran—. Como sabía que jamás se lo prestaría, decidió conseguirlo por otros medios. Una noche, se apareció en mis sueños y me dijo que si se lo llevaba, me proporcionaría una nueva vida en libertad. Sin embargo, si me negaba, convertiría mi existencia en una pesadilla sin fin. Así que se lo quité a mi amo aprovechando un viaje que tuvo que hacer. Cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo. Como veis, no puedo irme sin él. Os ruego que me permitáis cogerlo. El Áspid de Fuego ya tiene que estar listo para zarpar.

—Tú no vas a ninguna parte —espetó Branko—. Alguien tiene que pagar por los asesinatos de Ib Salaid y Nahalmed.

El joven se puso muy tenso. Branko leyó en sus ojos que no estaba dispuesto a dejarse apresar.

—¡Pero soy inocente! ¡Yo no los maté!

—Sin tu complicidad, esas personas estarían vivas.

—En Estambul me esperan los hombres de Azmeghiam a los que debo entregar el pergamino. Y cuando lo haga seré libre. ¡Libre! ¿Lo entendéis? Estoy a punto de hacer realidad el sueño de cualquier esclavo y no pienso renunciar a ello. ¡De eso nada! Prefiero morir antes que cambiar una prisión por otra.

Y dicho esto, Zoran desenvainó el alfanje. El guardia hizo lo propio con su espada.

—¡Quietos los dos! —bramó Dámaso. Se interpuso entre ambos y miró a su amigo—. ¿A quién quieres castigar, a este infeliz que no ha sido más que un títere, o al verdadero responsable de los crímenes?

—No me des lecciones de justicia. A él lo tengo delante, a ese maldito emir, no. Sabes que mi brazo no es tan largo como para alcanzarle.

—Pero el mío, sí. Deponed las armas, creo que he dado con una solución que podría satisfacernos a todos. —Como los dos mantenían sus espadas en alto, tuvo que insistir—: ¿A qué esperáis?

Branko fue el primero en hacerlo. Zoran, desconfiado por naturaleza, envainó su alfanje poco después.

—Vale. Así está mejor. —Dámaso respiró tranquilo. Luego se dirigió a Zoran—: ¿Sabes lo que hay dentro del pergamino?

—Sí. Estuve presente durante el ritual. Azmeghiam lo llamó el ladrón de almas.

—¿Podrías describirme ese ritual? Me gustaría saber cómo se las apaña el emir para manejar a esta nefanda criatura.

—Hay que arrancar un pedazo del pergamino y escribir en él los nombres de las personas que quieres que mueran.

—Pues yo no veo que le falte ningún trozo —objetó Branko, mirando el tratado de astronomía extendido sobre una mesa.

Dámaso lo observó con detenimiento. Era cierto. Estaba intacto. Dedujo que entre la sombra y el texto que lo albergaba debía de haber una relación más íntima y profunda que entre su djinn y el pellejo cosido del gato de su hija. Era como si fueran dos partes de un mismo ser, dos facetas distintas de una misma entidad.

—Me atrevería a afirmar que se recompone cada vez que su inquilino cosecha las almas requeridas —conjeturó—. Continúa.

—El pergamino es un portal a otra dimensión —prosiguió Zoran—, y se abre mediante la música. Pero no una música cualquiera. Una que te oprime el corazón y te pone la piel de gallina.

Dámaso asintió. Al igual que él entraba en contacto con su djinn a través del sueño inducido por determinadas sustancias, la música también podía convertirse en la llave que abriera canales de comunicación con entidades que habitaban otras esferas de existencia. El intervalo musical al que hacía referencia Zoran sería conocido siglos más tarde como tritono, o diabolus in musica.

—Una vez recibe los nombres, el ladrón de almas buscará a esas per-

sonas para acabar con ellas. Pero no puede alejarse demasiado del pergamino.

—Ya. En cuanto a los conciliábulos que tenían lugar en el palacio de tu amo, ¿llegaste a ver a las personas que asistían?

—Claro. —Zoran experimentó un atisbo de esperanza al adivinar sus intenciones—. Y conozco sus nombres. Los de todos los integrantes de El Mayal.

—Estupendo.

Dámaso pidió que le trajeran un aulós. En previsión de que Azmeghiam echara en falta alguna parte del pergamino cuando lo abriera para recuperar su querido objeto, cortó una tira lo más fina posible a lo largo de uno de sus laterales. Se sentó tras una de las mesas de los escribas y procedió a copiar los nombres que Zoran le fue dictando. Al finalizar y levantar la vista, descubrió que habían dejado el aulós a su lado. Se trataba de un oboe con dos tubos que, según contaban las leyendas, fue inventado por la diosa Atenea. Dámaso lo cogió, se situó delante del pergamino y se llevó el instrumento de viento a los labios. La inquietante melodía que ejecutó alteró los nervios de todos los presentes, hasta el punto de que algunos escribas abandonaron la sala; pero surtió el efecto deseado. Todas las palabras e ilustraciones cobraron vida y comenzaron a danzar en círculos concéntricos. A medida que ganaban velocidad, girando como un torbellino, se fundieron unas con otras y el perga-

mino dejó de ser algo sólido para convertirse en una plasta líquida y burbujeante de aspecto alquitranado.

La música cesó.

— ¿Y ahora qué?

—Mete la mano ahí dentro —respondió Zoran—, y dale los nombres al ladrón de almas.

Con cierta desazón, Dámaso la introdujo hasta el codo. Muy despacio. Conteniendo el aliento. El interior estaba frío. Era como meter la mano en un barreño de agua helada. Al rato, algo recogió el papel con los nombres de las personas cuyas vidas estaba condenando. Suspiró, pero aquel ser no había terminado con él. Acto seguido, sintió cómo unos dedos gélidos se cerraban con fuerza en torno a su muñeca. Alarmado, estuvo a punto de gritar. Temió que fueran a tirar de él para llevarlo a esa dimensión ignota que se ocultaba entre las líneas del texto persa. En cambio, pusieron un objeto en su mano. Lo reconoció en el acto. Cuando la extrajo, sostenía el pellejo de Ónix. Estaba perlado de escarcha, como si su pelambrera hubiera encanecido. Los tres permanecieron en silencio durante unos instantes en los que la puerta que Dámaso había abierto se cerró. Las palabras y los dibujos de las constelaciones volvieron a ser legibles sobre el papel.

—Hemos terminado —afirmó Zoran, enrollando el pergamino.

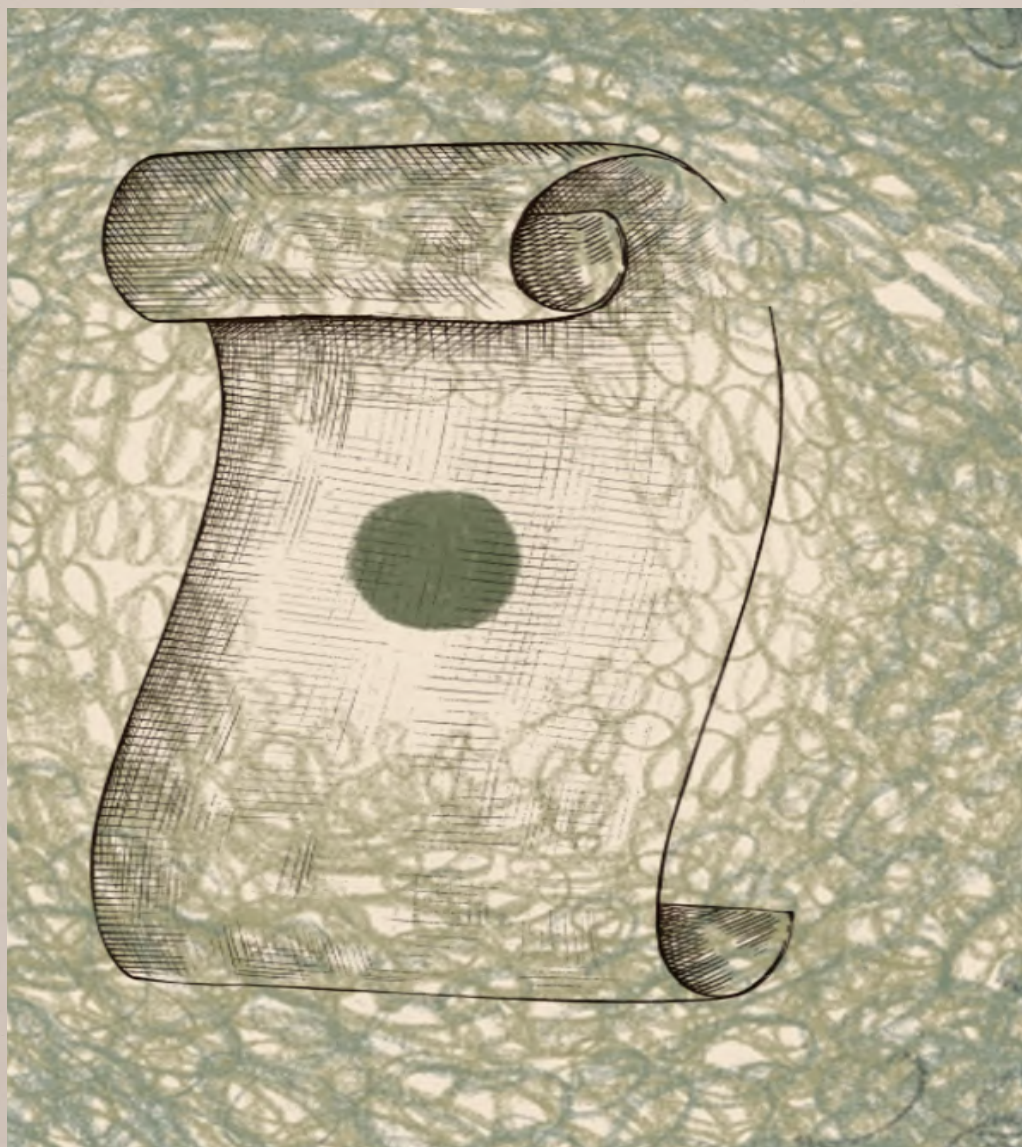
Se fue sin decir nada más. La libertad le esperaba en Estambul. Los dos le siguieron con la mira-

da hasta que le perdieron de vista. Branko tenía sus dudas acerca de lo que habían hecho. No le convencía que se fuera sin pagar sus deudas con la justicia.

—Estarás contento, ¿no?

Dámaso se tomó su tiempo en contestar.

—Digamos que satisfecho. Contento estaría si me dejaran dormir esta noche.





The Mad Hatter, conocido como Jose entre sus allegados, ha sentido fascinación por crear mundos desde niño. A falta del Gen-X, se tuvo que conformar con darles vida en las páginas de los cómics. Y se lanzó a esa tarea con el empeño de quien es demasiado inocente para comprender sus limitaciones. Como resultado, estas no lo frenaron y se encuentra hoy ante los lectores con sus historias y con sus mundos, dispuesto a hacerse un hueco a codazos entre los grandes.

Detective Weird





HIIAAAAAAAAAAAAA

*GRITO DE CSI MIAMI









Lorena Escobar

Contadora de historias desde muy pequeña, compagina esto de la escritura con su trabajo, la carrera de Filología Hispánica y la maternidad de dos pequeños torbellinos. Ha participado en numerosas antologías y en revistas como Revista Tártarus y Círculo de Lovecraft. Es, además, redactora y forjadora en Dentro del Monolito y rutera en Ruta 62, proyecto recién nacido sobre historia y literatura de las letras españolas.

Es autora del thriller policíaco *El ilustrador paciente*, publicado con Valhalla Ediciones.

C.G. Demian es un escritor de retaguardia, a mitad de camino entre Charles Bukowski y Miliki.

Ha escrito sobre todo relatos, aunque también ha publicado novelas de escaso éxito como «Sombras de arena», «Sin lugar en el infierno» o «Patria de lobos». Su mayor logro es que no lo hayan expulsado todavía de la web de terror «Dentro del Monolito». Aunque no es un autor prolífico, está a punto de terminar una novela a cuatro manos con Lorena Escobar, y tiene unos cuantos proyectos más inacabados.

José Luis Pascual lleva desde 2014 administrando «Dentro del Monolito», rincón en el que se esconde el corazón literario del terror. Es alumno de Juan Jacinto Muñoz Rengel en su Escuela de Imaginadores, y está centrado en la creación de historias que se inserten en la espina dorsal del lector. Ha publicado relatos en varias revistas y ha participado en antologías como «T.ERRORES», «Orgullo Zombi», «Show your rare», «Dentro de un agujero de gusano», «Letras fracasadas», «Recuperar el fuego y no ponerle nombre», «Transfórmate o muere» y «Donde la noche crece». Coordina las antologías de relatos de terror «T.ERRORES».

PRIMERA CITA

No sé si voy a poder expresarlo con palabras.

Me parece la frase más redundante del mundo. Manida. Continúo mirando el ordenador y aprieto un poco los labios: espero a que el imberbe muchacho que tengo frente a mí se canse de predicar en el desierto y abandone su cruzada contra ningún enemigo. Todavía no me pagan por aguantar imbéciles. Sé que puede resultar algo increíble. Pero es cierto, todo lo que le cuento es cierto.

Contengo un resoplido. Ante todo, soy una señora educada. Como dice ese libro de Stephen King el libro favorito de Eva mi madre no parió a ninguna idiota. Aunque a veces lo aparente. Aunque a veces juegue a ser peón y a ocultar a la reina que manda en todos mis tableros. Una tiene sus trucos. Guardados ahí, en esa vieja estantería que se alza del corazón a la cabeza. Los tengo junto a los pecados y las deudas sin pagar. Ordenados por fecha y época.

¿Cómo explicárselo? En fin, supongo que... que...

Arranca, criatura. Eva me espera para cenar y hoy toca salmón asado. Adoro el salmón. Adoro a Eva. Y adoro la botella de vino con la que esta noche vamos a celebrar

Cry baby



nuestro quincuagésimo aniversario.

Sí, habéis leído bien. Quincuagésimo. También adoro esa palabra. Y ya lo comprenderéis más adelante.

Cuando tienes una primera cita y ella termina pidiéndote que visitéis el cementerio, sabes que estás ante la mujer de tu vida.

Ahora sí, jovencito. Ahora sí. Alzo la cabeza y al fin clavo en su pupila mi pupila azul, como diría aquel tipo de las leyendas. Soy facilona, lo reconozco. En el fondo, muy en el fondo, bajo las capas de piel arrugada y los años que han dado origen y desenlace a mi curvada osamenta, soy una sentimental. La memoria me hace un quiebro (maldita) y recuerdo la primera cita, esa primera cita. Julia vestía de rojo. Siempre me ha vuelto loca el rojo: en unas bragas, en un vestido, en la garganta de algún malo. No puede existir algo más bello que una contundente letra escarlata grabada a punta de navaja en un torso. En un verso.

Me desperezo sin disimulo. Me lo permite mi estatus y mi edad. En la puerta del despacho aún son visibles las letras colocadas allá por los años setenta, cuando mis tetas no colgaban a la altura del ombligo y el mundo se preñaba del escándalo Watergate y la disolución de los Beatles. Detective privado Janis, susurra en oro viejo el letrado de la entrada. Fue el particular homenaje a mi idolatrada Joplin y, desde luego, detective privado Amparo Rozas quitaba algo de glamour al

asunto. Ya de por sí se trataba de un sendero pedregoso: una mujer jugando en el inestable terreno masculino. Una mujer con una pistola no en la liga sino en la cintura. Una mujer con un instinto tan afilado como la viperina lengua con la que siempre termino consiguiendo lo que quiero: la resolución del conflicto, una compañía para la noche, el último tequila antes de cerrar el caso.

—Está bien. Vamos a recapitular. —Lo que quiere decir cuéntamelo todo, porque hasta este mismo instante no me importaban una mierda tus palabras—. Dices que la conocías solo por redes sociales.

Odio esos putos chismes. Gente hablando con gente como si la gente les importase algo. Cínicos.

—Sí, sí. Pero llevábamos meses hablando a diario. Por privado, ya me entiende.

No, cariño, no te entiendo. Para mí lo privado conlleva el cierre de algún trato sucio o cinco minutos de sexo fácil y olvidable. O ambas cosas a la vez.

—Y ayer os visteis por primera vez.

—Sí, por fin nos atrevimos a dar el paso.

Ahogo la risa. La dejaría salir: no tengo el cuerpo (ninguna zona de mis ochenta años de cuerpo) para gilipolleces. Pero en una parte de mí nace una ligera lástima por el joven enamorado que ha perdido a su dama. Yo también he perdido a muchas damas a lo largo de mi vida y sé lo que se siente. O lo que

no se siente, más bien.

Carraspeo y evito la mirada del otro.

Ya llegaremos al otro.

—Así que después de cenar y hablar tranquilamente de... imagino que un montón de cosas —trato de sonreír, tengo el gesto algo oxidado. Tengo demasiadas cosas oxidadas, en realidad—, ella te pidió visitar el cementerio. No es algo muy común para finalizar la velada.

—Le encantan esas cosas. Lo gótico, los cementerios antiguos. —Sonríe y se le iluminan los ojillos de ratón de biblioteca. El chico parece no haber visto por debajo del ombligo de nadie en toda su vida—. Queríamos... en fin. Dar una vuelta y... bueno. Después... ya sabe. Yo... ella...

Ir a follar. No te preocupes, cielo. El término es tan viejo que puede que lo inventase yo.

—Cenaron, fueron al cementerio. —Enumero con los largos y huesudos dedos que coronan mis manos. Repletos de manchas. Repletos de muertos—. ¿Solos?

—No, solos no. Él nos acompañó. —Señala al otro. El tipo del sombrero. Me encanta que haya un tipo con sombrero. Me encanta esa mirada burlona que se adivina bajo el cuero marrón: la mitad anuncia tormenta y la otra mitad parece haberse quedado prendida de alguna madrugada. Es azul, como el odio. Tampoco os extrañéis por eso. Si el odio fuera un color sería azul, sin duda. Un azul casi negro.

—¿Tuvisteis una cita a tres?

Cosas más raras he vivido. En la cama de aquel hotel de París. fuimos por lo menos cinco.

—¿Eh? No, no. —El imberbe se pone rojo. Es un joven de facciones suaves, atractivo. Parece calmado salvo por el pequeño detalle de haber perdido a la chica de su cita, la chica de sus sueños, entre las calles solitarias de un solitario cementerio. Típicos despistes—. Él... bueno. Conoce el lugar, la historia. Y quiso ser nuestro guía.

Se hace el silencio. Es importante: el silencio cuenta muchas cosas. Cuenta que las tripas me rugen y ya debería estar terminando el salmón para dejarme mecer por los ojos de Eva. Cuenta que el enamorado parece sincero y frágil y cuenta, a gritos, que el tipo del sombrero es un desafío sobre piernas. El hueso duro del festín. El viejo lobo que se resiste a ceder su manada.

—Es un cementerio muy antiguo.

—Precioso. Las tumbas son auténticas obras de arte.

—Llegaron allí y, ¿qué ocurrió exactamente?

—Estábamos viendo las esculturas. Mar —como inciso diré que siempre quise llamarme Mar. Mi madre me puso Amparo en un cruel acto de venganza por el dolor del parto, no tengo pruebas pero tampoco dudas. Una chica llamada Mar jamás debería sufrir daño alguno, jamás— disfrutaba mucho con todo lo que David le contaba sobre el linaje de las familias que están enterradas en los panteones y los nichos. Nos detuvimos frente a

una sepultura de las más antiguas. Tenía un escudo grabado en la piedra y nos llamó mucho la atención.

Y ahora llamas tú la mía, pequeño. ¿Un escudo grabado en piedra? El corazón me hace dos advertencias rápidas: la primera, deberías llamar a Eva para disculparte porque no vas a ir a celebrar el aniversario. La segunda, los escudos grabados en piedra me gustan tanto como los tipos con sombrero. Puede que incluso un poquito más.

—Una calavera con dos serpientes rodeándola —intervino entonces el otro. Barba larga y descuidada, ropa de estudiada dejadez, pero inmaculadamente limpia. Yin y yang. ¿Qué ocultas, tipo con sombrero?—. Llevo muchos años visitando cementerios y estudiando los escudos de los apellidos familiares. Y nunca he visto nada igual.

Antes de que yo se lo pida, me enseña una foto. Me estremezco. Llevo muchos años visitando los resquicios del alma humana y tampoco he visto nunca nada igual.

—Mar se alteró mucho —dice entonces el imberbe enamorado—. Quería irse de allí. Comenzó a andar con paso muy rápido y torció por una de las calles. David y yo permanecemos un poco más mirando el escudo, no sería mucho, apenas un par de minutos.

—Suficientes para perderla de vista —comento. Los dos hombres intercambian una mirada. Esa clase de mirada.

—Pleno día. Un sábado por la tarde. ¿Cómo imaginar que desa-

parecería en un puto cementerio? —El tipo del sombrero abre los brazos como si pretendiera abarcar en ellos todas las sentencias de un universo demasiado grande para rendir cuentas. Y los tres nos quedamos callados.

El silencio habla de nuevo. Me cuenta tres cosas con urgencia y cierta arrogancia. La primera, que Eva no me perdonaría jamás haber aceptado un caso la noche de nuestro quincuagésimo aniversario. La segunda, que el imberbe enamorado no consigue mantenerme la mirada y eso nunca es bueno. La tercera, que el tipo del sombrero sí lo hace, sin pestañear, sin mostrar un ápice de incertidumbre.

Y eso, os lo aseguro... es peor todavía.

2

UN LUGAR LLENO DE VIDA

Hace tiempo que no vengo por aquí; en realidad, que no visito ningún cementerio. Me atraen, no es algo que vaya a negar a estas alturas, pero cuando tienes ya un pie en la tumba, espacias más tus visitas porque no puedes evitar pensar que tal vez sea la última, la definitiva.

Hemos llegado en autobús. Por lo general no suelo fiarme de ningún conductor que no sea yo, y en esta pareja confío mucho menos. Caminar por la calle principal del camposanto me ha hecho mucha ilusión. Las tumbas son preciosas, no pido tanto, tan solo ser enterra-

da en este lugar de ángeles y demonios. La pareja, porque estos dos forman una pareja, extraña, pero bien avenida, me guía hasta una de las sepulturas. El tipo del sombrero la señala con la mirada brillante, igual que el descubridor que gritó tierra a la vista, en su momento, desde su lugar de vigía.

—Aquí tienes el escudo compuesto por una calavera y dos serpientes enroscadas. Es ominoso, abyecto, solo echo en falta unos zarcillos formando un marco.

—Interesante —me limito a comentar. Lo cierto es que es más que interesante. Reconozco el grabado al instante, es un viejo conocido, por decirlo de algún modo. El viejo Jimmy regresa desde la tumba para joderme el aniversario. Siempre fue un malnacido.

—Mar continuó por aquí —dice el muchacho imberbe. Tengo la impresión de que es uno de esos chicos ricos que nunca han doblado el lomo—. Luego torció a la izquierda y no volvimos a verla. —Del azul de sus ojos (todos los ojos se me antojan azules) escapa un trocito de Mar.

Recorro el mismo camino que la chica desaparecida. Trato de conectar con ella, con lo que sintió al caminar entre tumbas de otro siglo, entre muertos que murieron antes de que yo naciera. Tengo sensaciones extrañas, mi yo del pasado, mi yo actual, todo fundido, engarzado como en una joya de gran valor.

La extraña pareja me sigue de cerca, en silencio, con el respeto inna-

to que inspira la edad, los huesos artríticos, los surcos profundos en la piel. No les presto atención, bastante tengo con sacarme a Eva de la cabeza, nuestro aniversario fracasado, la bronca que me espera cuando cierre este caso.

De pronto descubro el brillo de un pendiente con forma de cruz en el suelo. Es extraño que nadie lo haya recogido, es de plata, algún valor debe tener. Claro que la gente que visita los cementerios, por costumbre, viene a llorar. Quizá a limpiar alguna tumba o cambiar unas flores. No son comunes los cazadores de tesoros, por suerte para mí.

El mundo está lleno de tesoros si una sabe apreciarlos.

—Chico rico —digo—, recógeme esa cruz de plata, que no estoy para dislates a estas alturas.

Sus ojos son de sorpresa, pero obedece sin preguntar. Estudio el adorno, yo misma tuve uno como ese en mis años de juventud. Los recuerdos se agolpan, pienso en Eva, maldita sea, se va a enfadar de verdad.

Avanzo unos pocos metros más. Hay varias tumbas abiertas. La tapa de mármol está desplazada y por el hueco cabe una persona. Hago crujir las rodillas antes de bajar los escalones. La pareja me mira con el corazón en un puño, no pueden creer que una vieja se arriesgue a tanto por tan poco.

Aquí abajo se está fresco, huele a humedad y me siento encajonada. Los muertos no necesitan mucho espacio, pero yo todavía no lo es-

toy. Solo soy una mujer atrapada, desilusionada si me apuras. Palpo las paredes con las yemas de unos dedos que son más garra que mano. La muerte impregna la roca, puedo sentir las almas intentando escapar de sus tumbas. Me gritan su desesperación, no encontraron paz en su descanso, un envoltorio bonito no garantiza nada, sobre todo después de palmarla. Un escalofrío me recorre, aunque sé que no hay nada que temer. La piedra los aprisiona, yo no soy un cascaron vacío que pueda contenerlos.

Continúo con mi esfuerzo. Arriba, los dos hombres se impacientan, lo percibo en su silencio. Los silencios cuentan muchas cosas, no me gusta repetirme, pero no por ello deja de ser cierto. Entonces, cuando ya me están desquiciando, encuentro una grieta en la piedra. Deslizo la mano para descubrir su forma. Alcanza un ángulo recto y comienza a descender. Tiene toda la pinta de ser una puerta. ¿Una puerta al infierno? La respuesta, de pronto, se me antoja demasiado simple, demasiado manida. No, esta puerta lleva a otro sitio, a un lugar más peligroso que la morada del propio Satán.

—¿Va todo bien ahí abajo? —pregunta el tipo del sombrero. No parece preocupado, es una simple comprobación rutinaria.

—Si a que te duelan todos los huesos a causa de la humedad le llamas estar bien, sí, estoy muy bien.

—Puedo ofrecerte un abrazo —grita desde la superficie.

—Yo había pensado en un Martini,

pero me conformaré con cualquier cosa —lo digo poco convencida, la verdad es que solo me conformaría con Eva, aunque a la vez la esté traicionando, me esté traicionando.

Sigo inspeccionando la pared. Es evidente que ahí hay una puerta, pero no encuentro forma de abrirla. Supongo que para conseguirlo no quedará más remedio que investigar un poco más. De todas formas, nunca me han gustado las cosas sencillas. La dificultad añade valor a los objetos, es como un baño de oro, hace que brillen.

Bueno, aquí abajo ya no pinto nada. Subo los escalones con un crujir de rodillas. Cualquier día se me desmontan en una de estas. Que llegue si tiene que llegar ese día, no pienso renunciar a nada, no pienso esperar a que me alcance la muerte haciendo calceta, sentada en una mecedora, convirtiéndome en una anciana.

—Está bien, chicos. Ahí abajo hay una puerta que no podemos abrir. Es nuestro trabajo, el mío en realidad, descubrir cómo forzar esa entrada. Por el momento, contamos con un escudo muy bonito y macabro a la vez.

—¿Tiene algún significado ese escudo? —pregunta el joven imberbe.

—Cualquier cosa tiene significado si sabes encontrarlo, querido. —Siempre he deseado usar esa expresión, querido, solo he tardado ochenta años en encontrar el momento adecuado.

El tipo del sombrero se revuelve

inquieto. Diría que quiere participar en la investigación, diría que sabe muchas cosas, diría que ha estado esperando esta oportunidad desde hace mucho tiempo.

—Tengo la impresión —añado—, de que alguien sorprendió a Mar cuando contemplaba esta tumba, y la metió a la fuerza ahí abajo. El resto ya os lo podéis imaginar: abrió la puerta oculta y se la llevó a alguna parte. Solo tengo que averiguar quién hay detrás de este rapto (por el momento prefiero no mencionar a Jimmy). Para ello, lo primero es conocer el motivo.

—No se me ocurre ninguno —dice el imberbe.

—Creo que nos lo revelará ese escudo. —Señalo la tumba que ahora nos da la espalda como una novia traicionada antes de su boda.

—Entonces será mejor que visitemos la biblioteca de Gijón —dice el tipo del sombrero—, si no yerro, existen ciertos documentos que podrían ayudarnos a desentrañar este misterio.

Vaya, parece que el tipo no es tonto después de todo. Tanta parafernalia esconde una mente lúcida, ágil, imaginativa. Lamento no poder decir lo mismo del otro. En esos ojos solo encuentro una mirada perdida. Tampoco es que importe, es el que aporta la pasta, cosa nada baladí.

En silencio nos dirigimos a la parada del autobús. El calor nos fríe el cerebro mientras pienso en Eva, en cómo explicarle por qué no estaré con ella en nuestro quincuagésimo aniversario.

Cómo me excita esa palabra, por Dios. Solo Eva me gusta más, pero me quedaré sin la una y sin la otra, y todo por encontrar a una chica que nunca he visto, aunque sé que alguna vez fui como ella. Es curioso descubrir en qué nos hemos convertido con el paso de los años. La verdad es que ya me he acostumbrado a eso. Ahora lo que me mueve es averiguar cómo fui.

El autobús se detiene frente a una cervecería. Nos apeamos y tomamos asiento en una terraza. Por fin un Martini sobre la mesa. Esto comienza a mejorar.

3

SENDEROS OCULTOS

Ya ha pasado la hora de la cena. Desde esa terraza vemos, en trío, cómo las edades hacen el cambio de turno en este movido sábado. Cómo los jóvenes asaltan la calle, los bares y la playa con algarabía. Será difícil que el silencio nos cuente nada mientras la luna presida esta noche.

Eva, lo siento. Te compensaré.

El imberbe cada vez se encuentra más nervioso y se come el suelo con los ojos. El hombre del sombrero parece escrutar a cada viandante sin malicia o lujuria, inerme. Me siento cansada, pero no por la edad o la nostalgia de mi otra mitad, la mejor mitad. Medito bien cada una de mis siguientes palabras como si importasen. Marcarán la diferencia

entre seguir o irme a casa, por fin.

—¿Qué pasaría si no volvieses a ver a Mar, muchacho?

Él levanta la cabeza, el otro también lo mira inquisitivo. La duda corrompe el tiempo. Exhala una respuesta.

—Creo que la quiero...

Imbécil. Joven e imbécil. Envidiable. Yo también amé de tal forma inconsciente, sin razón, sin motivo. Sé lo que debo hacer.

—Esperadme aquí. Aquí.

El hombre del sombrero se levantaba también hasta que repetí la orden. Se sienta. Ambos se ignoran, bien avenidos, pero de diferentes mundos, eras.

Termino el Martini en pie, pido otro al camarero de extensa barba impoluta y ropa rectilínea. Si la gente dedicase tanto tiempo al prójimo como a su propio aspecto, qué bien iría el mundo.

Rodeo la biblioteca de Jovellanos, no se trata de mi primera vez, ni tan siquiera la décima. Solo soy una anciana a paso lento, invisible para el mundo, más a ojos adolescentes. Podría irrumpir con un ariete y se reirían de mi senilidad sin reparar en el crimen. No necesito tanto estrépito.

Fuerzo una cerradura con la horquilla de mi pelo canoso, y bien orgullosa que lo luzco. Accedo sin disimulo. Nada. No hay reacción. Mucho menos alarma, no vivimos en la capital o en alguna ciudad de tronío, aquí nos gusta la paz, por eso sigo con vida, porque mis casos, la gran mayoría, excepto por

Jimmy, no revisten un peligro mortal.

Cierro y me deslizo por las salas iluminadas en luz de emergencia y astro nívico. Desmonto las secciones, las estanterías, a base de leer lomos de libros, más viejos, como yo misma o menos. No tengo nada que decir a estos últimos. Llego al apartado de historia, acaricio esos vetustos volúmenes. Sonrío como una gata abuela que se come a un ratón cojo. Saco el ejemplar de su anaquel. Lo reviso. Con detalle. Allí está, el escudo, la calavera con dos serpientes enroscadas. Su génesis, su maldición, su significado. Lo que vislumbro es malo, muy malo, la peor noticia del día, incluido el extravío de cena de quincuagésimo aniversario.

Lo siento, Eva, quizá tampoco llegue mañana, quizá ya nos hemos despedido por vez postrera.

Desenfundo un moderno teléfono que desentona en mis manos de pliegues. Marco un número de manera torpe, esperando que no me tiemblen los dedos cuando se apliquen sobre la pistola que esta noche volveré a usar tras años de abandono. Me responden al tercer tono. Una consulta rápida. Una respuesta igual de breve. Un síntoma de preocupación en la misma, todavía me queda algún amigo vivo de generación. Confirma mis sospechas. Algo sucede desde meses vista. Algo que mi exhausta percepción ha pasado por alto en breves artículos de periódicos, apuntes radiofónicos o miscelánea

de las noticias. Torpe. Vieja y torpe. Cuelgo. Salgo. Retorno a la tierra. Me acomodo bajo la curiosidad incipiente de mis dos acompañantes. Bebo de un trago la bebida carmesí. Dulce. Como la muerte. Sujeto sus ojos contra los míos con rudeza, primero los del imberbe enamorado, después los del hombre del sombrero. Te tengo calado. Los domeño a voluntad. De nuevo, uno agacha la testa, el otro sostiene la visual.

—Caballeros, nos vamos de vuelta al cementerio de Avilés. Les toca pedir y pagar un taxi, urge llegar cuanto antes, sobre todo si quiere recuperar a su enamorada, joven.

Reacciona. Salta de la silla. Se abalanza al abordaje sobre el primer vehículo de transporte que encuentra a pocos metros. Habla con el conductor, sube y nos aguarda.

—¿Vas a mantener la farsa, hombre del sombrero?

Se lo pregunto fuera del foco de mi empleador, para no despertar más sospechas que las mías.

—Mientras sea necesario.

Frío, ascético, impersonal.

—Tú mismo. Al final acabarán por caer las máscaras.

Asiente. Le da todo igual, aunque no todo, de lo contrario no permanecería a nuestro lado, que no de nuestro lado. Bien. Mejor eso que una aparición de la nada.

Subimos. El taxi acelera, rompe el crepúsculo, sale de la ciudad, devora la autopista solitaria como mi propia existencia ahora mismo sin Eva, que acumula llamadas y men-

sajes en este aparato infecto del que tanto dependemos.

Lo siento, Eva. No podría mentirte.

No hace falta entrar en la villa, nos dejan a la puerta del cementerio ya clausurado. De muros bajos para ellos, de acantilado interminable para mí.

—¿Haréis el favor de ayudar a una anciana?

El hombre del sombrero salta felino casi sin usar los brazos. Aparece en la puerta y la descerraja.

Avanzamos. Llegamos a la tumba, al escudo, a ese ataúd abierto que oculta una entrada ya franqueable.

Casi escucho al camposanto darme un abrazo de bienvenida, porque puede que venga para quedarse. El resto es silencio, y lo abrazo.

Huele a humedad, a muerte, a océano.

—Bajemos. Venís conmigo.

Pulso y palpo. Allí está, como dijo mi contacto. Aprieto. Se abre un pasadizo a la oscuridad. El fulgor de la linterna desde el teléfono del imberbe enamorado me deslumbra por unos instantes. Le digo que ilumine el camino. Arrullo la culata del arma presta para desenfundar. Lidero la comitiva, el hombre del sombrero la cierra. Accedemos. A las entrañas de la tierra.

El infierno nos espera. Jimmy nos espera.

En este instante me siento como la versión femenina de Indiana Jones, de edad andamos parejos. Claro que yo tengo mejor figura y una pistola con el cargador lleno. No entiendo de qué puede servir un látigo cuando el brazo lo tienes atrofiado.

La luz del móvil apenas alumbra un par de metros delante de mis pies. Las sombras titilan en el pasadizo según avanzamos. Siento la humedad en los huesos, las telarañas en el pelo, la maldad en la negrura que se presenta delante de nosotros. Fuera ya es noche cerrada, dentro nos aguarda lo ignoto, aunque quizá solo sea Jimmy. Deseo estar fuera de este sitio infecto antes del alba. A tiempo para que Eva me perdone.

Continuamos con un chapoteo de pies que se replica y se pierde en la galería. Este par de idiotas no dejan de cuchichear entre ellos. Deben creerse que Jimmy está teniente del oído. Qué le vamos a hacer, ellos pagan, y yo cumplo con mi trabajo.

El túnel tuerce hacia la derecha, el tacto de la piedra cambia, ahora es lisa como si alguien se hubiera tomado la molestia de pulirla.

—Chico rico, enfoca esa pared —le digo, y él se apremia en obedecer. Debe querer tanto a... cómo se llamaba... ah, sí, Mar, como yo amo a Eva. Tengo que centrarme en el caso, lo del aniversario me está trastocando la cabeza.

En efecto, la pared ahora es de mármol, el pasadizo ha ganado en dignidad y eso me dice que

nos acercamos a la sala del tesoro, por expresarlo de alguna manera. Espero que ese tesoro sea Mar, en otro caso, bueno... estaremos bien jodidos.

Siento el aliento del joven imberbe en la nuca. Nada me disgusta más que tener a alguien pegado a mí. Le doy un pisotón sin demasiado disimulo, tampoco voy a andarme con tonterías a estas alturas. Se queja de dolor, pero me concede unos valiosos centímetros de distancia. Al fondo creo atisbar una luz tenue que podría representar el final de nuestra investigación o el principio de una batalla.

—Creo que debería ir el primero —dice el tipo del sombrero—. Soy diestro en el manejo de las armas y, no es por desmerecerla, pero estoy en mejor condición física que usted.

Me ha llamado vieja sin pestañear, lo cual ha herido mi amor propio, sin embargo, bien pensado, si alguien tiene que recibir una bala cuando nos internemos en la catacumba, mejor que sea él. Comprendo que es una actitud egoísta por mi parte, pero no he llegado a los ochenta a base de interceptar disparos destinados a otras personas.

El tipo se adelanta un par de metros y encabeza la marcha hasta que alcanzamos la entrada entreabierta por la que se filtra un haz de luz. Es emocionante, parece mentira que después de tantos casos todavía sienta mariposas en el estómago en estas situaciones. Por eso no lo he dejado. Por eso quiero a Eva, por-

que me hace sentir lo mismo.

La puerta cede con suavidad. El pasadizo se inunda de luz y mis ojos se quejan. Coloco una mano a modo de visera. Una silueta se dibuja frente a nosotros. No la reconozco, podría ser cualquiera.

Sin embargo, no es cualquiera, cómo no.

Jimmy me mira solo Jimmy podría mirarme así.

Enemigo y enemiga.

Invierno y primavera trasnochada.

A mi lado, civiles (me encanta usar esa palabra).

Al lado de Jimmy, sobre un altar de piedra enmohecida y moralejas pornográficas, el cuerpo de la muchacha.

Mar.

Cuántos mares se toman en tu nombre.

—David —Jimmy, el viejo Jimmy, el gran Jimmy, no se dirige a mí. Sus ojos, ojos negros, estos sí son negros como la pérdida de todas las esperanzas, se clavan en el tipo del sombrero.

Ay, lo dije desde el primer minuto. Hay dos cosas en las que nunca se debe confiar: la mano enguantada de un médico cuando se coloca tras de ti.

Y un tipo con sombrero.

—Jimmy —responde David, inclinando un poco la cabeza a modo de saludo—. Dos más, como me pediste.

—Eres un tipo eficiente. —Jimmy pasea sus dedos por el antebrazo de la joven, tan lánguido e inerte

como la más fiel de las amenazas—. Una calavera y dos serpientes. Tres son tres, y tres se necesitan para comenzar el ritual.

Lo siento, mi madre me parió así y así sigo, así moriré cualquier día o quizá hoy, porque nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde para el encuentro con la parca. Debería tener miedo, quizá. Debería intentar, al menos, sacar al imberbe enamorado de allí, ya roto por la rotura de su dama. Debería ponerme seria, coger la pistola, apuntar a Jimmy y meterle un balazo entre ceja y ceja.

Lo único que consigo, mi gran acto final, mi actuación memorable... es ponerme a reír como una loca.

—¿Tres son tres? ¿De verdad? —río y río y el crujido me indica que el coxis me está gritando para ya, maldita vieja—. Joder, Jimmy. Qué bajo hemos caído.

5

¿ÚLTIMO ACTO?

Jimmy me lanza una mirada llena de un desprecio exagerado, imitando la pose del típico villano cutre de una película mala. Porque eso es lo que somos en este mismo instante: una película mala. O peor: la secuela de una película mala. Otro día os contaré la primera entrega, y de dónde vienen los roces entre Jimmy y yo.

Decido que ya está bien de palabrería y junto mis manos, doblando los dedos en la posición adecuada.

Cierro los ojos y realizo los giros de muñeca de rigor, los que dibujan esos circulitos en el aire que tanto me gustan. Son perfectos, y preciosos, aunque solo yo pueda verlos. Y ahora, el toque final. Como si tuviera una espada en las manos, voy a rasgar el espacio que me separa de Jimmy y...

Come on and cry, cry baby...

Abro un ojo, casi a modo de disculpa.

Cry baby...

Los tres hombres me miran, paralizados. Los rictus de sorpresa que muestran sus rostros les asemejan a búhos bobos.

Cry baby...

—Disculpadme un momento, por favor —suelto mientras saco el móvil de mi bolsillo y rechazo la llamada—. Perdón. —Observo la pantalla, llena de mensajes.

22:07 *Dónde estás, Amparo?*

22:07 *Esta me la pagas, como no aparezcas en diez minutos me busco una sustituta y la invito a cenar en Alfredo's. Tengo reserva para dos, ya me has fastidiado la sorpresa!!!*

22:08 *Vale, me estás asustando, es demasiado tarde hasta para ti. Dónde estás dónde estás dónde estás?????*

Ay, Eva. Ay. Gracias por salir en mi película, ahora mismo solo espero que pueda rodarse la tercera parte. Necesito acabar con esto y darte un beso como los de antes. ¡Ay!

Imberbe. Sombrero. Jimmy. Preparaos. Janis está furiosa.

Guardo el móvil. Mis tres acompañantes no salen del estupor. Suerte para mí. Repito la manio-

bra. La termino con el espadazo. La grieta dimensional se abre delante de mí y, esta vez, sí, todos pueden verla. Estamos en el corazón de un cementerio, Jimmy. Deberías saber que eso me da ventaja. Mucha.

Aparecen en avalancha, derramándose desde la grieta y girando en el aire. Son demasiados, no puedo contarlos. Les acompaña un murmullo que reverbera como el lamento de una procesión en el bosque. He visto de todo en mi larga vida, pero esto da *yuyu*, joder. Intento pensar en Martinis y en Eva para calmar los nervios. En aquella vez que nos bañamos desnudas de madrugada en una cala de Menorca. En ambas dormidas con los dedos entrelazados en un hotel de París. En su abrazo eterno cuando perdí a mi hermana. Algo ayuda, y más cuando veo que Jimmy está cagado de miedo. Los espíritus son como los de los dibujos animados, meras sombras blanquecinas que evolucionan por toda la cripta como si fuesen un cardumen de pirañas. Son una legión, el cementerio es grande. Y atizan a Jimmy. De alguna manera, saben quién es el malo. Él intenta protegerse con su magia; ejecuta movimientos raros con las manos, pero está demasiado nervioso y no surte efecto. No tiene nada que hacer.

El niñoato imberbe se ha desmayado. Un clásico. Sin embargo, el otro, no podía ser de otra manera, el otro se convierte en el factor sorpresa. Se quita el sombrero y busca algo en su interior. Lo que saca, bueno,

digamos que excede cualquier narración coherente. Es algo que tiene forma tentacular, que se retuerce y que, caiga yo ahora mismo en las ardientes simas del infierno si miento, crece. Y crece. Y crece.

Nunca he visto nada parecido. Ese calamar improbable se dedica a lanzar latigazos a diestro y siniestro, como si fuera un reparador de propaganda cabreado. A veces pasa muy cerca de mí, pero sin entender muy bien cómo, logro esquivarlo. Es como si una fuerza externa, una intención, me protegiera. Si algo he aprendido durante mi dilatada carrera como detective, es a no hacerme preguntas cuya respuesta conlleve estudiar toda la historia de la filosofía o la metafísica. Solo me dejo llevar, es algo que se me da bien.

El pulpo grimoso, pese a tener una indudable consistencia física, está masacrando a los fantasmas. Los parte en dos, los aplasta, los estrangula. Alguien dijo que no se puede matar lo que ya está muerto, y es esa una verdad absoluta en este universo nuestro. Los espíritus se lamentan con gañidos que preferiría no escuchar, y vuelven a la grieta de donde salieron, rechazados y heridos en su orgullo. En pocos segundos desaparecen y la grieta se esfuma. Se hace el silencio, y allí permanecemos todos en un instante de tregua, observándonos, Jimmy recuperando la sonrisa, el imberbe desmadejado en el suelo, el tío del sombrero sin quitar ojo a su criatura, que se vuelve pesa-

damente para enfrentarme. Y yo en el centro de ese escenario infausto. Esa es otra de mis palabras preferidas, infausto.

Avancemos.

El tentáculo es una masa asquerosa que se ramifica como las venas en el cuerpo de un albino. Cada vez ocupa más espacio, si sigue así nos va a engullir a todos. Se arrastra hacia mí y, sinceramente, no sé qué hacer.

—Detén esto, Jimmy —le grito, y mi voz vibra como un papelillo agitado por un ventilador, no como la cola de una serpiente cascabel—. Ni siquiera es propio de ti.

—¿Sabes, mi querida Janis? —responde—. Esto se nos ha ido de las manos, te prometo que no tengo nada que ver con esa cosa que tienes delante. Me temo que nuestro amigo del sombrero nos ha engañado a ambos. Te aprecio, querida, pero no he sobrevivido tanto tiempo sin tomar mis precauciones. Lo siento, pero es el momento de que abandone la partida. El ritual tendrá que esperar. ¡Chau!

Jimmy se escurre por una abertura que permanecía oculta en la pared, como la sabandija que es. Pienso que nos volveremos a ver, pero entonces vuelvo a fijarme en la monstruosidad que avanza hacia mí. Quizá también me toca salir del juego. Para siempre.

Qué se le va a hacer. He tenido una buena vida, me he divertido y he visto cosas que nadie creería. No todo el mundo puede decir eso. Abrir la grieta dimensional ha des-

gastado mis habilidades sobrenaturales. Ya no soy la que era, está claro. Lo que de verdad me apena no es que se baje el talón para mí, sino que suceda el día de mi quincuagésimo aniversario. De nuevo, lo siento, Eva.

—Acaba pronto, malnacido —espeto, dirigiéndome tanto al monstruo baboso como al hombre del sombrero.

Protejo mi rostro con los brazos, a sabiendas de que no es mayor escudo que una sábana ante un asesino con un hacha. Cuando espero que todo se funda a negro, avisto un resplandor por el rabillo del ojo. Miro a la fuente de luz y... ¿qué demonios es eso? Del cadáver de Mar emerge un cuerpo luminoso, una silueta gloriosa con forma de mujer, sin rasgos definidos, tan solo pura luz divina. El espectro fulgura hacia la pesadilla que me ataca, lo atraviesa como si fuera agua. La criatura tentacular se detiene, emite un canto horrendo similar a una olla a presión, o a miles de gases reventando en su interior, y de repente estalla en pedazos delante de mi rostro. Rostro que queda empapado en una sopa repulsiva de color amarillo verdoso.

Limpio mis ojos conteniendo las arcadas a duras penas, para ver cómo la silueta resplandeciente se posa sobre el desmayado chico imberbe. No estoy segura, pero juraría que le besa en los labios y un segundo después el chaval despierta, sus ojos llenos de lágrimas.

Una no puede dedicarse al oficio

de detective sin poseer la capacidad de adelantarse a los acontecimientos. Intuyo lo que está por venir, así que me acerco al chico y le digo que es hora de largarnos. Se resiste, no quiere despedirse de su amor, pero le miento, fingiendo que estoy herida y necesito ir al hospital. Cuando me lo propongo, puedo ser una buena actriz. Chúpate esa, Jessica Fletcher.

Antes de abandonar la cripta, veo cómo el espíritu de Mar se mete en el cuerpo del hombre del sombrero. Este comienza a levitar un metro sobre el suelo. Abre los brazos y las piernas, la clásica forma de estrella. Su rostro está congestionado, gira los ojos azules para encontrar los míos. Parece que me pide ayuda. Vuelvo el rostro y abandono el lugar con una falsa cojera, apoyándome en el chico enamorado. Mientras tratamos de orientarnos por las galerías para encontrar la salida, un grito espantoso nos hiela la sangre.

Doce horas más tarde, despierto en casa. Eva está sentada a los pies de la cama, con una sonrisa preciosa y una bandeja en la que reposa un desayuno con una pinta deliciosa. Estaba enfadada cuando llegué anoche, pero en cuanto vio mi aspecto salpicado de una extraña sustancia pringosa, entendió lo que había pasado. Te lo compensaré, Eva.

Zumo de naranja y pomelo, tostadas con mermelada de frambuesa, café cremoso. Mientras degusto el paraíso en mi boca, miro hacia la

puerta de la habitación, de la que
cuelga mi bolso. Está abierto, y
algo de color marrón asoma. Es el
sombrero. Juraría que se mueve.



